

ANÍBAL PONCE EN SU RECORRIDO DIALÉCTICO



CRISTINA MATEU

EA Editorial Agora

ANÍBAL PONCE EN SU RECORRIDO DIALÉCTICO

Mateu, Cristina

Anibal Ponce en su recorrido dialéctico. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Agora, 2014.
160 p. ; 14x20 cm.

ISBN 978-950-9553-60-6

1. Ensayo Político. I. Título
CDD 320

Diseño de tapa: Editorial Ágora

© **Editorial Ágora**

Justo Antonio Suárez 6796, 1er. Piso, depto 10.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.editorialagora.com.ar

Impresión y encuadernación:

Artes Gráficas Neiga SRL, Río Cuarto 2450 - CABA.
Fecha de impresión: marzo de 2014

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

ANÍBAL PONCE EN SU RECORRIDO DIALÉCTICO

CRISTINA MATEU

EA Editorial Agora

PRÓLOGO

Claudio Spiguel

Este trabajo de Cristina Mateu configura un valioso estudio sobre un momento clave de la historia cultural argentina. En él se analiza la revista *Dialéctica*, con sus siete ejemplares aparecidos en 1936, y a través de ella un período decisivo en el recorrido intelectual y político de Aníbal Ponce, su fundador, director y redactor.

Dialéctica fue un jalón fundamental en la difusión en la Argentina de las ideas marxistas y leninistas, en el terreno filosófico, histórico y cultural. En sus páginas se plasmó un rico trabajo de traducción de textos rusos, franceses y europeos en general, así como una elaboración crítica del propio Ponce en ensayos y comentarios que procuraban integrar la teoría marxista con diversas facetas del proceso social e histórico, la ciencia y la cultura. Una tarea escasamente desarrollada en profundidad hasta ese momento por los marxistas argentinos.

La autora encuadra esta producción intelectual en el contexto social y político de un año decisivo: el del estallido de la revolución, la guerra civil española y el sitio de Madrid, de resonancias políticas y culturales de alcance universal. Un año en que se despliega en la Argentina un ascenso de luchas obreras y el esbozo de un reagrupamiento de fuerzas sociales y políticas populares contra el régimen ferozmente antidemocrático y entreguista del fraude y la “década infame”. Un proceso en el que el Partido Comunista

Argentino –partido con el cual Ponce había desarrollado íntimos lazos ideológicos y prácticos– iba desplegando una intensa actividad, sobre todo en el movimiento obrero pero también en la intelectualidad democrática y antifascista.

El riguroso encuadre histórico y político, nacional e internacional, de la práctica de Aníbal Ponce para comprender a fondo el contenido de su producción y aporte intelectual diferencia positivamente a este trabajo de frecuentes abordajes de la historia de las ideas y de la cultura como un autodesarrollo escindido de la práctica, del proceso material-social y de la lucha política. A la vez se aborda la elaboración de las posiciones políticas y culturales del comunismo argentino y del propio Ponce en su íntima relación con las vicisitudes de la lucha de clases y la práctica política dentro de la Argentina y no como mero eco del proceso mundial, de las decisiones del movimiento comunista internacional o de la Unión Soviética.

Con esta concepción y método, el texto muestra que 1936 y la revista *Dialéctica* constituyeron una instancia decisiva en el intenso proceso que llevó a este destacado intelectual argentino a avanzar en la comprensión de la realidad política y cultural nacional y mundial. También a su posicionamiento y compromiso, asumiendo y defendiendo el papel de vanguardia de la clase obrera. En ese proceso Ponce jugó un rol decisivo en el campo intelectual argentino de aquellos años.

Discípulo y antiguo colaborador de José Ingenieros, la comprensión y el compromiso con la nueva realidad nacional e internacional supusieron en él un saldar cuentas con su formación anterior, revisando una a una sus premisas: Haciendo suya la tesis marxista de que “el educador debe ser educado”, fue revisando la matriz liberal y positivista de origen y se apropió de los fundamentos de la dialéctica materialista que en sus ensayos se destacan por una singular profundidad y esfuerzo de integración del método con

diversos fenómenos de la ciencia y la cultura, la historia y la política (Ver en Anexos los fragmentos de su “Examen de la España actual” donde despliega, lejos del demo-liberalismo antifascista, una lúcida comprensión de la teoría leninista de la hegemonía proletaria), en un campo cultural lastrado tradicionalmente por el positivismo, el materialismo mecánico y el evolucionismo. Mateu demuestra, refutando interpretaciones dominantes sobre el tema, que la apropiación por Ponce del marxismo leninismo y su compromiso y actividad política fueron también orientando los pasos de una transformación de sus concepciones con respecto a la historia nacional y la valoración de las masas populares, campesinas e indígenas, en ruptura con el “sarmientinismo”. Una transformación que culmina en su exilio mexicano (Ver en Anexos “La cuestión indígena y la cuestión nacional”) y se trunca con su muerte en 1938.

Por otro lado, este texto al reponer el contexto nacional y mundial en que Ponce produce esa transformación, al acercarnos a las grandes líneas y los principales acontecimientos de esos años, nos revela el entrecruzamiento de la política y la cultura en esa coyuntura decisiva y el papel de la clase obrera en interacción con la intelectualidad. Al hacerlo, descubre y pone de manifiesto el desarrollo de una línea de trabajo en el campo cultural por parte del Partido Comunista Argentino, presidida en esos años por un arraigo creciente en la clase obrera y por la política de Frente Popular. Línea de trabajo que iba avanzando, aún con limitaciones y a través de contradicciones internas, en la integración de sus postulados con una apropiación de la realidad cultural nacional-popular. Un curso de trabajo cultural que tuvo resultados fructíferos en el largo plazo aunque más tarde quedara secundarizado por el seguidismo político a la oligarquía liberal y la degeneración reformista del PCA.

También ilumina problemáticas y polémicas –en torno a la relación entre política y actividad cultural, entre el partido como

colectivo y los intelectuales, entre cultura obrera y producción del campo artístico e intelectual específico, en torno a lo universal y lo nacional, a la herencia, crítica y ruptura en el proceso cultural—, cuestiones poco exploradas en la historiografía y que conservan gran actualidad. Al respecto, el presente trabajo aporta elementos para una historia del comunismo y de la cultura argentina y sus elementos nacionales y populares, una historia que requiere ulteriores desarrollos en la perspectiva de la lucha por una nueva cultura nacional, popular, científica y democrática en una Argentina liberada.

Buenos Aires, Octubre 2013

Aníbal Ponce en su recorrido dialéctico

Introducción

Aníbal Ponce (1898-1938), reconocido intelectual crítico argentino, constituye un caso emblemático del proceso de reconfiguración político-cultural abierto en la década del 30, así como por ser exponente de un salto cualitativo en el influjo del comunismo sobre la intelectualidad y el campo cultural argentino. Durante las décadas del cuarenta y cincuenta, diversos ensayos en su homenaje y biografías reivindicaron su actuación y destacaron diferentes aspectos de su producción, actividades y posicionamientos políticos e ideológicos. Otros trabajos posteriores reivindicaron sus valores intelectuales y morales y la trascendencia cultural de su producción. Recientemente, algunas investigaciones sobre el campo cultural de los años 30 develan más detalles de su actuación, ahondando en las instituciones y los movimientos culturales de aquellos años como la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) o el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES); también se incluye su derrotero en trabajos centrados en la historia del Partido Comunista Argentino (PCA).

La producción de este intelectual, psicólogo, docente y ensayista, fue extensa y variada desde sus inicios. En estas páginas nos proponemos analizar sus concepciones en el proceso de su devenir

marxista, tal como se plasmaron en las páginas de *Dialéctica*. Esta revista, bajo su exclusiva dirección, contó con siete números a lo largo del año 1936. Ponce fue también el principal autor de sus notas.

Es decir, nos proponemos analizar a Ponce y la revista *Dialéctica* de 1936, en un contexto histórico de crisis económica del capitalismo, de agudos conflictos sociales y políticos y de intenso cambio cultural, en el mundo y la Argentina. 1936 constituyó un momento clave que condensó el proceso de la década, en el que todas las fuerzas sociales y políticas se manifestaron en violentos antagonismos, que interpelaron intensamente a la intelectualidad e impregnaron la producción cultural. En ese mundo en ebullición la figura de Aníbal Ponce se destacó por las circunstancias de su formación, por los alcances de sus aportes y por el periplo ideológico que recorrió en una Argentina dependiente, en la que los conflictos del mundo tomaban formas específicas vinculadas a su historia y a su estructura social.

Al ubicar el contenido político-ideológico de la publicación y la actuación de su director en ese año clave y en relación con los hechos y debates de la década, buscamos ahondar en las formas de la relación de un sector de intelectuales argentinos con la realidad política de su época, en la contradicción reiteradamente planteada entre “autonomía” y “compromiso” con relación a su incorporación orgánica a la actividad política, así como abordar la incidencia de sus acciones y toma de posición en la escenario político nacional e internacional y sus correlatos en la producción y el campo cultural.

Es necesario pensar los lineamientos políticos, ideológicos y culturales presentes en estos escasos números de la revista *Dialéctica* y en Ponce, en el marco de los conflictos y concepciones en juego, tomando en cuenta el entrelazamiento entre contexto internacional y proceso nacional, la crisis política y las derivas de la ideología de las clases dominantes, las concepciones político-culturales que despliega

el Partido Comunista y el nuevo rol e importancia que adquieren los intelectuales y sus agrupamientos en los movimientos democráticos en esa década fundamental del siglo XX.

Por qué Ponce

1936 es el año en que el reposicionamiento político y cultural de Ponce alcanza su mayor proyección en la escena pública nacional. Hechos locales y mundiales de enorme trascendencia social y política, promotores de los intensos debates y definiciones políticas a nivel nacional e internacional impactaron en las instituciones culturales y entre los intelectuales, en la Argentina y el mundo.

Como hemos señalado, fue el año en que Ponce editó por cuenta propia y bajo su absoluta dirección *Dialéctica*. Había publicado en los años anteriores innumerables ensayos para distintas revistas. Sus conferencias en el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES)¹ sobre educación durante 1934, en las cuales afirma su materialismo histórico, darían lugar al libro *Educación y lucha de clases*. Su fundamental obra *Humanismo burgués, Humanismo proletario*, redactada a principios de 1936 sobre la base de conferencias del año anterior, refleja concentradamente el reposicionamiento de Ponce y sus nuevas concepciones sobre el papel del intelectual. Esas obras se publicaron en los años siguientes. En cambio, fue en su revista *Dialéctica* en la que aparecieron entonces la mayor parte de sus nuevos escritos (veintidós de los veinticuatro artículos y ensayos publicados ese año).

¹ El Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) fundado en mayo de 1930, editó desde 1931 la revista *Cursos y Conferencias* y tuvo en Ponce a unos de sus principales impulsores. Ver Cernadas de Bulnes, M. N. "El entramado cultural de Buenos Aires desde las páginas de *Cursos y Conferencias*". En Biagini, H. A. y Roig, A. A. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Tomo II. Obreroismo, vanguardia, justicia social (1930-1960). Editorial Biblos, Bs. As., 2006.

Coincidentemente, fue también en ese año cuando el recrudecimiento de la censura y la persecución política en el país lo alcanzó particularmente, expulsándolo de la docencia por razones políticas. El 5 de noviembre de 1936, Aníbal Ponce fue excluido por el Ministro de Justicia e Instrucción Pública de su cargo docente del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, por su toma de posición a favor del comunismo aunque para la exoneración formal se alegó su falta de título habilitante.

Su exoneración no dio lugar entonces a una campaña política intensa por parte del Partido Comunista, hecho paradójico ya que la lucha contra la censura fascista constituía un elemento central de su línea política en la cultura y entre los intelectuales. Frente al hecho sólo se escuchó públicamente la denuncia de Lisandro de la Torre, que realizó una encendida defensa de su figura en el Senado. En cambio las instituciones culturales, en las que el docente y ensayista tenía incidencia, especialmente el CLES, no fueron firmes ni insistentes en el repudio a la censura.²

La pérdida de su cargo docente en este contexto de censura, persecución política y relativo aislamiento (había dejado ya la presidencia de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores [AIAPE]; no pudo continuar editando su revista *Dialéctica*) fueron el prólogo de su exilio en México desde 1937

² Miguel Carlos Lombardi, entre otros, hace referencia a la defensa de Lisandro de la Torre en su nota "Una nueva etapa en la cultura argentina", en *Cuadernos de Cultura*, N° 35. Año VIII, Mayo de 1958. Pág. 46. También Pasolini señala que, habiendo sido un referente clave, fue "escaso el apoyo recibido en el seno del AIAPE ante la exoneración hacia fines de 1936". En Pasolini, R. "Antifascismo, comunismo y mitos intelectuales: las representaciones de la figura de Aníbal Ponce". V° Jornadas de Historia Política. Mar del Plata, 29 septiembre al 1 de octubre de 2010. Otros autores que se refieren a esto: Celentano de Bulnes, M. "El entramado cultural de Buenos Aires desde las páginas de Cursos y Conferencias", Arpini, A. y Olalla, M. "Humanismo y cultura en el pensamiento marxista de Aníbal Ponce y Héctor Agosti". En Biagini, H. A. y Roig, A. A. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Tomo II. Obreroismo, vanguardia, justicia social (1930-1960). Editorial Biblos, Bs. As., 2006.

donde encontró trabajo y culminó, como veremos, su recorrido intelectual.³

A su muerte en 1938, fruto de un accidente de tránsito que sufre en su exilio mexicano, la AIAPE, el CLES así como las revistas *Claridad* y *Cursos y Conferencias*⁴ lamentaron su inesperada pérdida. Se sucedieron entonces artículos y conferencias a cargo de importantes figuras intelectuales y políticas del arco opositor al régimen fraudulento, desde el comunismo y el socialismo a la democracia liberal: Lisando de la Torre, Jorge Thénon, Roberto Giusti, Luis Reissig, Alberto Gerchunoff, Alfredo A. Bianchi, Emilio Troise, se contaron entre los que destacaron el compromiso y pensamiento del malogrado intelectual.

Al cumplirse en 1958 veinte años de su muerte se publicaron notas con análisis exhaustivos de sus diferentes facetas. La revista *Cuadernos de Cultura*, publicada por el Partido Comunista y dirigida por Héctor Agosti, dedicó su número 35 (Mayo de 1958) a su memoria y al rescate de su obra. Desde entonces se publicaron sus principales biografías: Juan Antonio Salceda editó *Aníbal Ponce y el pensamiento de Mayo* en 1957, en 1958 aparece *Ocho notas sobre Aníbal Ponce* de Juan Marinello. Más tarde, en 1969, Emilio Troise presenta *Aníbal Ponce. Introducción al estudio de sus obras fundamentales*. A inicios de la década del 70, Héctor P. Agosti publica *Aníbal Ponce, Memoria y presencia* y compila su obra completa en cuatro tomos.

³ La Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) fue fundada en 1935 y Ponce fue el primer presidente de esa entidad. Ver: Bisso, A. "La lucha antifascista en la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE)". En *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, tomo II, Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960), Ed. Biblos, Bs. As., 2006.

⁴ *Claridad*, revista de arte, crítica e ideas editada entre 1926 y 1941, dirigida por el editor de origen español Antonio Zamora –quien también editó desde 1922 *Los Pensadores*–, toma su nombre de la revista *Clarté* editada en Francia por Barbusse. Zamora tuvo la colaboración de destacadas figuras locales y extranjeras e intelectuales de izquierda comprometidos con la estética realista del Grupo de Boedo, que toman su nombre de la calle donde estaba radicada la Editorial Claridad.

Como destaca R. Pasolini “los episodios de exaltación biográfica de Ponce” tuvieron mayor intensidad en 1958, en contraste con lo ocurrido durante los últimos años de su vida.⁵

El periplo de Ponce

Aníbal Norberto Ponce nació a fines del siglo XIX (6/6/1898), en la ciudad de Buenos Aires pero criado y educado en Dolores provincia de Buenos Aires. Huérfano de padre desde muy joven se sobrepuso a avatares familiares y dificultades económicas desarrollando su vocación e interés por el estudio. En 1912 se radicó en la ciudad de Buenos Aires, y ya en 1915 se destacó con su primer escrito “Credo al Estudiante”, que recibió un premio. Un año más tarde ingresó a la Facultad de Medicina. En 1917 publicó su primer artículo en la revista *Nosotros* y casi inmediatamente aparecieron también sus ensayos *Eduardo Wilde*, *Lucio V. Mansilla* y *Nicolás Avellaneda*. En 1918 rindió su última materia de tercer año y abandonó la Facultad de Medicina. En 1920 entabló relación con quien sería su gran maestro, José Ingenieros, colaborando con él en la *Revista de Filosofía*. A su influjo se volcó al estudio de la psicología, disciplina que sería central en su actividad docente y en su producción intelectual. En 1923 fundó con Ingenieros la revista *Renovación*, que reivindicaba el espíritu de la Reforma Universitaria. Junto con Manuel Ugarte y Alfredo Palacios participó en la fundación en 1925 de la Unión Latinoamericana, organización continental que agrupaba a diversas figuras de la política y la cultura contrarias al intervencionismo imperialista norteamericano. A la muerte de su maestro se hizo

⁵ Un nudo interesante para la historia de la política cultural del PCA lo constituyen los cambios en la valoración de su figura, que van del relativo desentendimiento en ese año clave en la política nacional a la exaltación dos décadas más tarde. Ver al respecto: Pasolini, R. *Op. Cit.*

cargo de la *Revista de Filosofía* y de la Cátedra de Psicología del Instituto Nacional del Profesorado.⁶

Reissig, Salceda, Troise, Agosti y, posteriormente, Oscar Terán señalan distintas etapas en la historia de este intelectual. Periodizaciones marcadas por ciudades (Buenos Aires, París, Moscú), años y textos que constituyen hitos fundamentales en la evolución de su pensamiento y sus posiciones teóricas e ideológicas.

La primera etapa fue la del deslumbramiento juvenil, con su llegada a Buenos Aires en 1915, y que culminaría hacia 1927. En ese período, su obra clave fue *La Vejez de Sarmiento*, en la que desarrolló sus iniciales concepciones positivistas, a partir de su raigambre democrático-liberal, a través del ensayo histórico. Con sus viajes a París en 1927 y 1929 y su compilación de ensayos “Un cuaderno de croquis” se bosqueja su desvelo cientificista tanto como su preocupación por la psicología y una rigurosa formación en el método biológico. A la vez, fueron tiempos en los que también se acrecentó su interés por el arte y la cultura europea.

Una nueva etapa se inició sin duda tras el golpe de Uriburu y culminaría con su viaje a la URSS en 1935, momento que marcó otro punto de inflexión en su recorrido intelectual. Es el período en que se acrecienta su inclinación por las cuestiones sociológicas que lo conducirían a su adscripción al marxismo. Esta tendencia ya se perfilaba a inicios de la década del 30 en sus conferencias “Los deberes de la inteligencia” en la Facultad de Ciencias Económicas así como en “Elogio del Manifiesto Comunista” (Facultad de Derecho de La Plata, 1933). Más tarde llegaron las conferencias y cursos en el Colegio Libre que darían origen a sus ensayos sobre “Educación y lucha de clases” y “Humanismo burgués y humanismo

⁶ Salceda, Juan Antonio. *Aníbal Ponce*. Editorial Lautaro. Colección Pensamiento argentino. Bs. As., 1957, pág. 50.

proletario” en 1934. El contenido de estos textos marcó su adhesión a las concepciones marxistas. En ellos pasó a ser central su interés por comprender la cuestión de la lucha de clases e integrarla a las diversas dimensiones de la vida social, así como desentrañar las características de la época abierta con la Revolución Rusa.

Este recorrido político-ideológico de Ponce, fue comparado con el camino seguido por José C. Mariátegui en la década del 20, por Héctor Agosti. Aunque éste señala el impacto en el intelectual argentino de la crisis económica mundial y el golpe de Estado de 1930, afirma que Mariátegui había llegado al marxismo por necesidad política y Ponce por necesidad científica.⁷ En realidad, es imprescindible tener en cuenta que la realidad económico-social planteada a partir de 1930 y las consecuencias políticas que desató ese proceso desnudaron los límites del andamiaje teórico e ideológico con el que Ponce inició su formación juvenil. Es la crisis de la “Argentina liberal” y la quiebra de la concepción evolucionista del progreso y de las ilusiones democrático-burguesas. De este modo, su búsqueda de la explicación científica y el desarrollo de su conocimiento estuvo estrechamente imbricada con la necesidad de encontrar respuestas frente a una realidad crítica que ponía agudamente en cuestión las teorías e hipótesis previamente aceptadas con las que se había formado.⁸

Ponce, coinciden sus principales biógrafos, había abrevado en las concepciones liberales y positivistas impuestas y consagradas por la “generación del 80”. Agosti afirmaba que en aquella instancia inicial el joven ávido de conocimientos fue fascinado por el pasado liberal de

⁷ Agosti, H.P. *Aníbal Ponce. Obras Completas*. Ed. Cartago. Bs. As., 1974, pág.92. Oscar Terán también compara a Mariátegui y a Ponce en otros aspectos y circunstancias, al respecto ver: Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Catálogos Editora. Bs. As., 1986.

⁸ Diversos autores que jalonan el periplo de Ponce en torno a ciudades y obras fundamentales no toman en cuenta el golpe de 1930 y su impacto en la sociedad argentina al momento de explicar la evolución de sus posiciones teóricas y políticas.

la “pequeña París revolucionaria”.⁹ Ese amor por la París republicana y anticlerical, tan presente en la Generación argentina del 37 que la asimiló a la Revolución de Mayo en Buenos Aires, fue heredado por la intelectualidad socialista de fines del siglo XIX y acompañó el pasaje de algunos jóvenes intelectuales como Ingenieros, maestro de Ponce, desde la tribuna obrera al “socialismo de cátedra”.¹⁰ Este pasaje, de la lucha política en el llano a la elaboración teórica de estos intelectuales socialistas estuvo condicionado por dos factores: el principal, la hegemonía ideológica de la oligarquía argentina, aglutinada en el roquismo, que buscó congeniar la tradición y el elitismo aristocrático de los intereses terratenientes vernáculos con los impulsos “modernistas” promovidos por la penetración de los capitales extranjeros, elaborando una política de “seducción sistemática a los intelectuales”. El otro factor fue la matriz de pensamiento por la cual esta intelectualidad consideró y reconoció ese proceso histórico como el triunfo de la “civilización” sobre la “barbarie”: El cumplimiento de las postulaciones librecambistas, anticlericales y “modernizantes” se asociaban con el exterminio del indio y el sometimiento de criollos pobres y a fines del siglo XIX con el disciplinamiento de la inmigración europea. La homogeneización cultural desarrollada en la Argentina Moderna, pro-oligárquica y probritánica como programa para desterrar la barbarie persistente pese a la Revolución de Mayo, tuvo singular eficacia en aquella política de seducción de los intelectuales por parte del régimen oligárquico.¹¹

⁹ Agosti, H.P. *Op. cit.*, pág. 16.

¹⁰ Ver: Mateu, C. José Ingenieros: avatares de un espíritu crítico. En el 70° aniversario de su muerte. *La Marea, revista de cultura, arte e ideas*. Año II, Nº 5. Bs. As., 1995.

¹¹ Posición que asumió Aníbal Ponce hasta 1930. Al respecto ver: Terán, Oscar. *Op. Cit.* y Altamirano, C. y Sarlo, B. “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”. En *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Ariel. Bs. As., 1997. Posteriormente, frente al “aluvión migratorio” y la nueva amenaza del movimiento obrero, sobreviene el giro de un sector de la oligarquía hacia el rescate de una tradición hispano-colonial criolla con la crisis del liberalismo oligárquico.

Esa ideología impuesta por la oligarquía terrateniente a partir de 1880, que acompañó su consolidación y hegemonía económica y política, fue eficaz en impulsar una cultura europeísta en cuanto a las “Humanidades”, pero restringió la formación y los desarrollos locales en el plano científico-tecnológico, porque consideraba que su despliegue y el impulso de la moderna industria eran una inversión inútil: ya que el mismo únicamente podría provenir de las grandes potencias “civilizadas” de Europa y Estados Unidos. El papel asignado a la Argentina en la división internacional del trabajo y de las ventajas comparativas impuestas por el predominio imperialista de Gran Bretaña no contemplaba un desarrollo científico-técnico independiente, que interfiriera con la introducción de productos manufacturados europeos.

De tal modo, el humanismo y el científicismo que se desplegó hacia fines del siglo XIX y principios del XX –enfocado en los aspectos sociológicos, históricos, psicológicos y en menor medida económicos– provino de dos fuentes disímiles pero convergentes. Por una parte, del pensamiento oligárquico anticlerical y positivista; por otra parte, del humanismo idealista del socialismo bernsteiniano (esencialmente anticlerical), que se apoyaba en el positivismo para fundamentar sus tesis evolucionistas del desarrollo gradual en contra de la concepción dialéctica ya formulada por el marxismo de la lucha de clases y el desarrollo a saltos.¹²

Estos intelectuales –alejados y desconfiados del movimiento de masas a las que consideraban impregnadas de “barbarie” e inertes frente a los cambios– se movían dentro del marco impuesto por el

¹² En América latina, una parte importante de los intelectuales formados bajo estas premisas culturales entendían al positivismo como una vertiente progresista por su significado antirreligioso, anticlerical y anticatólico. Puesto que la preocupación de muchos de estos se focalizaba en el desarrollo de aspectos ideológicos y culturales antes que por las condiciones económicas y sociales del proceso americano.

régimen oligárquico, apostando al progreso “desde arriba y desde adentro del estado”, ignorando la subordinación y la dependencia que también en el plano cultural imponían el imperialismo y las clases dominantes argentinas. Para estos intelectuales el camino era la alianza y colaboración con un ala de la élite apuntando a “ilustrarla”. Es el caso de José Ingenieros, en su etapa roquista, habiendo dejado atrás sus posiciones revolucionarias iniciales.¹³

De la guerra a la crisis mundial: el impacto de un mundo en transición

La Primera Guerra imperialista de 1914 conmovió al mundo, abriendo y resquebrajando las concepciones positivistas de progreso indefinido que predominaron en la “belle époque”. En América latina la Revolución Mexicana mostraba la irrupción de las masas campesinas y la urgencia política y social de la independencia nacional frente al expansionismo norteamericano. Sobre todo, fue con la Revolución Rusa que amplios sectores de la intelectualidad democrática, pequeñoburguesa y burguesa en América latina comienzan a vislumbrar en el camino de la revolución social y del protagonismo de las grandes masas oprimidas la única salida frente a una barbarie surgida, con la guerra imperialista, de las entrañas mismas de las grandes potencias “civilizadas”.

En Argentina, desde la preguerra los conflictos sociales, con la Semana Roja de 1909, el Grito de Alcorta en 1912 y las revoluciones radicales, y luego la guerra agudizan la crisis del régimen oligárquico y tiñen el ascenso de Irigoyen al gobierno. A partir de entonces, con los ecos de la revolución rusa condicionando una oleada revolucionaria mundial en la posguerra, se abre un nuevo periodo histórico, signado por la Semana de Enero de 1919, o las

¹³ Mateu, C. “José Ingenieros: avatares de un espíritu crítico”. *Op. cit.*

luchas de la Patagonia Rebelde y del Chaco, y por la irrupción de la juventud estudiantil con la Reforma Universitaria de gran y prolongado impacto en el plano cultural. Avanzan en la posguerra los cuestionamientos a la Argentina oligárquica y dependiente y una búsqueda de caminos diferentes. Es en la década del 20 cuando las concepciones positivistas muestran su declinación. Por una parte se produce el avance del fascismo en Italia; por la otra crece el antiimperialismo y la radicalización política. El joven Ponce se encuentra con Ingenieros, en esta última etapa del periplo de su maestro caracterizada por su adhesión a la revolución rusa, la oposición al intervencionismo imperialista yanqui y la defensa de la Reforma Universitaria. A su muerte en 1925, Ponce debió asumir la dirección de la *Revista de Filosofía* y hacerse cargo de la cátedra de Psicología en el Instituto del Profesorado Secundario, afianzando su interés y formación en esa disciplina. Julio Luis Peluffo sostuvo que enfrentó la materia con “el severo método de la biología”; frente al oscurantismo religioso, defendió el método científico, “jamás en este terreno hizo concesiones y su fe en el hombre no quebró un solo instante”. Desde este punto de partida, su producción en la materia se desarrollaría, particularmente en psicología infantil, ampliando sus concepciones al compás de su transformación ideológica. Es el tiempo también de sus primeros viajes a París.¹⁴

El golpe uriburista, profascista y procatólico, que abrió el cauce al fraude patriótico de la Concordancia, encontrará en Ponce un crítico tenaz. Su capacidad intelectual para interpretar y cuestionar la realidad presente junto con su concepción anticlerical consecuente y de defensa de la ciencia le valieron el reconocimiento y prestigio

¹⁴ *Cuadernos de Cultura*, N° 35. Año VIII, Mayo de 1958. “Homenaje a Aníbal Ponce”, pág. 12. Ver: García, Luciano Nicolás. “La obra psicológica de Aníbal Ponce”. En Anuario de investigaciones de la Facultad de Psicología, UBA / Secretaría de Investigación. Volumen XVI, Bs. As., 2009, pp.173 a la 182.

creciente en el ámbito cultural y de la intelectualidad en la década del 30. Meses antes del golpe, en mayo, junto a Roberto F. Giusti, Carlos Ibarguren, Alejandro Korn, Narciso C. Laclau, y Luis Reissig había fundado el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES). Esta institución reeditaba o prolongaba otras iniciativas presentes en las décadas anteriores entre anarquistas y comunistas, tendientes a forjar una educación independiente y paralela a la órbita del Estado, en este caso de nivel superior. El Colegio se constituía en un instrumento para enfrentar una educación estatal que con la restauración conservadora avanzaba en su orientación procatólica, con el objetivo explícito de contrarrestar y desterrar en el movimiento obrero y popular las simpatías crecientes por el comunismo. Una corriente procatólica y anticomunista crecía con el gobierno conservador y se fortalecería con el Congreso Eucarístico Internacional que sesionó en la Argentina en octubre de 1934, precedido por cardenal Eugenio Pacelli, el futuro Papa Pío XII.¹⁵

En estos años de crisis, el reagrupamiento de la intelectualidad estuvo vinculado a la lucha política. Luego del golpe y bajo la dictadura uriburista, la confrontación política que se estaba librando en el país se expresó, por ejemplo, en el CLES cuando en 1931 se produjo el alejamiento de Carlos Ibarguren, como consecuencia de algunas conferencias que sobre la URSS había ofrecido Nicolai.¹⁶ Desde entonces el objetivo de esta institución educativa estaría cada vez más ligado a promover una educación explícitamente “reformista”

¹⁵ Si bien la corriente nacionalista antiliberal se consolidó después de 1930, hubo aglutinantes que fueron favoreciendo el crecimiento de esa corriente como fue la difusión del discurso religioso desde 1922 en Cursos de Cultura Católica y en 1928 con publicaciones como la revista *Criterio*. Fiorucci, Flavia. *Intelectuales y peronismo*. Editorial Biblos. Bs. As., 2011, pág. 20.

¹⁶ Ibarguren formaba parte de la Corte Suprema e integraba la corriente del nacionalismo restaurador; su participación, según Neiburg, muestra que en los inicios del CLES “no había una diferenciación entre liberales y nacionalistas”. Neiburg, Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza Editorial. Bs. As., 1998, pág. 143.

y “antifascista”, diferenciándose de la política estatal antirreformista en la Universidad que significaba un importante retroceso respecto a lo logrado por quienes protagonizaron la Reforma del 18. En el Colegio, el peso de la tendencia antifascista, tanto de los sectores de izquierda como los liberales que la integraban, se fortaleció a partir de entonces, nucleando a diferentes sectores sociales desde docentes y trabajadores hasta bancarios y empresarios y, en el orden político-ideológico, desde socialistas y filocomunistas a liberales. Una confluencia articulada por la oposición en el plano democrático al régimen oligárquico restaurado.¹⁷

A partir de estas contradicciones políticas se iban consolidando las tendencias ideológicas de la nueva década. Por un lado, las distintas vertientes del “nacionalismo oligárquico”, entroncadas inicialmente con el uriburismo, promovieron un sentido aristocrático y restaurador de la tradición hispánica y procatólica, críticas del liberalismo y del dominio de Inglaterra y deslumbradas por los procesos de Italia y Alemania. Por otro lado, en el marco de la crisis mundial crece un “nacionalismo popular”, nacido en el seno del radicalismo y fruto de sus contradicciones internas, cuyo núcleo más activo se constituyó en FORJA, entidad que se abocó a denunciar las problemáticas socio-económicas argentinas y latinoamericanas y el peso de la dependencia nacional respecto al capital británico.¹⁸

¹⁷ Neiburg, F. Op. Cit., pág.143.

¹⁸ Buchrucker, Cristian. *Nacionalismo y Peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires. 1987, p. 112. C. Manzoni señala que “Lo que se llamó ‘la república conservadora’, hegemonizada por grupos nacionalistas seducidos por el fascismo, o directamente fascistas, encontró una creciente oposición liberal, democrática y de izquierda que fue construyendo los cauces de nuevos reagrupamientos en los que durante un tiempo convivieron orientaciones diversas”. Manzoni, Celina. *Vacilaciones de un rol: los intelectuales en 1936*. Instituto Iberoamérica. Univ. de Salamanca. Seminario de investigación, Marzo 2011. <http://americo.usal.es/iberoame/>

En la izquierda, y particularmente dentro del PCA, se fue avanzando de manera desigual en un análisis de la realidad argentina más complejo y profundo, no sin renovados e intensos debates internos.

La línea política y cultural del PC hacia la década del 30

Un primer hito de ese proceso del PCA fue en noviembre de 1928, con el 8° Congreso que definió la estructura económico-social argentina como semicolonial. Se trataba de un país oprimido por los imperialismos inglés y yanqui de los cuales las clases gobernantes locales eran servidoras. El Congreso detalló las consecuencias de ese dominio sobre cada clase social y definió a la revolución necesaria como agraria y antiimperialista: en consecuencia, por sus tareas económico-sociales sería una revolución democrático-burguesa, aunque estas tareas sólo podrían ser realizadas con la hegemonía del proletariado. Esta formulación se afirmaba tanto en la Internacional Comunista (IC) como en el partido argentino en base a la concepción leninista de la hegemonía. Este pronunciamiento orientará a focalizar con mayor profundidad el carácter dependiente del país y la cuestión agraria. Paralelamente, el comunismo argentino comenzaba a constatar, a partir de su inserción y participación creciente en el movimiento obrero y entre los trabajadores rurales, las consecuencias de la penetración del capital inglés y norteamericano en las condiciones de explotación que generaban, lo que facilitaba reconocer prácticamente la penetración imperialista y las particularidades de la “cuestión nacional”. También sus vínculos con el movimiento comunista latinoamericano le permitieron conocer más profundamente la realidad social latinoamericana y desarrollar campañas contra la política imperialista norteamericana en el continente.

Estos nuevos abordajes del comunismo vernáculo facilitarán, aunque en un proceso que se plasmaría años más tarde, la elaboración de nuevos lineamientos en la política cultural del partido y en el trabajo con los artistas e intelectuales que apoyaron y adhirieron a su línea política. Esos nuevos lineamientos conducirían a prestar atención a contenidos y formas particulares de las culturas populares argentinas, comenzando a poner en debate las concepciones elitistas de la producción cultural. La creciente influencia político-ideológica del PC entre los intelectuales y artistas argentinos a lo largo de los años 30 contribuyó a la constitución de movimientos en distintas áreas y disciplinas y de una corriente cultural antiimperialista que, producto del proceso histórico-político de esos años, generaron un abanico de respuestas culturales muy diversas en contenido y formatos con las que expresaban la multiplicidad de afluentes sociales de los que se nutrían y en los cuales buscaban arraigar.

Desde fines de los años 20, entonces, el PCA avanzó en definir las características económico-sociales de la Argentina y las condiciones de la penetración del capital extranjero a partir de integrar la tesis leninista sobre el imperialismo al análisis de la Argentina y como también como productor de una inserción en la lucha política y sindical más amplia y profunda a nivel nacional. Sin embargo, la comprensión de estas cuestiones fue desigual en los distintos núcleos y ámbitos comunistas. La dispar apropiación y aprehensión de estos nudos esenciales de la realidad provenían tanto de una falta inicial de formación teórica en los principales tópicos del marxismo-leninismo como de la supervivencia de ideas de viejo cuño socialista no completamente revisadas. A consecuencia de los déficits señalados su prédica antiimperialista en los años 20 cuestionaba más la expansión norteamericana en la Argentina y América latina que la histórica dependencia argentina al imperialismo inglés. De todas formas, el PCA –en este proceso conflictivo y desparejo que

obligaba a la comprobación de la dependencia en la práctica política y sindical— se constituyó en un referente político indiscutible de la lucha antiimperialista.¹⁹

La línea antiimperialista que se constituyó en esos años como uno de los principios del comunismo argentino se vio condicionada, sin embargo, por la política de “clase contra clase” resuelta como orientación general mundial en el Sexto Congreso de la Internacional Comunista (Comintern) de 1928. Esta orientación llevaba a restringir las relaciones con otros sectores y partidos antiimperialistas, fuertemente antiyanquis, que crecieron en los años 20. Posteriormente, en el *Esbozo de Historia del Partido Comunista*— editado en 1948— se admitía respecto del tipo de revolución definida en 1928 y el proceso de integración con la realidad nacional que: “esa afirmación [la de la revolución agraria y antiimperialista] no se asentaba, aún sobre un análisis suficientemente profundo de la situación del país; capaz de dar una base sólida a la línea política y táctica del Partido en lo que respecta a los aliados susceptibles de marchar unidos a él en la realización de esta histórica tarea”.²⁰

¹⁹ Vargas, Otto. *Conferencias, Aportes al estudio de El marxismo y la revolución argentina*. Edic. Inst. Marxista-Leninista-Maoísta de la Argentina, Bs. As., 2005, pág.118. A fines de la década del 20, el PCA organizó importantes campañas antiimperialistas de frente único, por ejemplo, la que se hizo en favor del reconocimiento diplomático a la URSS por parte del gobierno argentino, que aunque no logró su objetivo específico, involucró a importantes figuras políticas, influyó sobre importantes contingentes de trabajadores, promocionó una política exterior de apertura de relaciones comerciales que convergía con los esfuerzos nacionalistas del gobierno de Yrigoyen. A través de esas campañas el PC estableció relaciones desde esos años con diversas personalidades de la intelectualidad, de la esfera política y miembros encumbrados de familias liberales de la elite. Al respecto, ver: Mateu, Cristina. “Solidaridad internacional y procesos nacionales: La Revolución Rusa, la lucha por el reconocimiento diplomático de la URSS y el desarrollo de políticas nacionalistas y antiimperialistas en la Argentina de los años 20”. XI° Jornadas Interescuelas. Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007.

²⁰ Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. Ed. Anteo, Bs. As., 1948, pág. 64. Con respecto a la orientación de “clase contra clase”, fue catalizada internacionalmente por la derrota del movimiento revolucionario chino, debido al viraje y represión del Kuomintang de Chian Kai Shek, a los prolegómenos de la crisis económico

En particular, durante todo ese período, tanto en la IC como en los partidos latinoamericanos, se consideraba que las burguesías nacionales de los países dependientes y semicoloniales formaban en bloque parte del campo enemigo de la revolución, negando la existencia de sectores intermedios con contradicciones con la oligarquía terrateniente exportadora, así como las contradicciones entre sectores de la burguesía nacional con el imperialismo.²¹

Esto tuvo consecuencias cuando el golpe de Estado de 1930 instauró la dictadura uriburista abriendo el camino a la restauración conservadora: frente al mismo el PCA no diferenció e igualó los aspectos reaccionarios del gobierno de Yrigoyen con los sectores e intereses de clase que empujaban el golpe, lo que lo neutralizó y lo tornó impotente para una política activa contra el mismo.

Durante la década del 30 el proletariado argentino, en su diversidad política y gremial, con importantes experiencias de lucha en su haber, comenzaba a plantarse con otros objetivos frente a la situación. Los trabajadores sufrieron reducciones salariales y una intensificación de la explotación, represión y censura por el estado de sitio y la persecución al anarquismo y el comunismo, al tiempo que, pasados los años más agudos de la crisis, el crecimiento de la industria por sustitución de importaciones generaba la apertura de nuevos puestos de trabajo. Las transformaciones económicas y la movilización obrera conducían a la necesidad de una reformulación de sindicatos por ramas industriales y reclamaban la unificación

mundial, a la lucha de líneas en la URSS entre la corriente de Stalin y la de Bujarin respecto de la colectivización. Señala Caballero que en los documentos de estos años se establecía, no sin titubeos, que los latinoamericanos eran “países semicoloniales donde domina el problema agrario y antiimperialista” y que, en consecuencia, el movimiento de transformación social a impulsar era uno “del tipo democrático-burgués”. Al mismo tiempo, a pesar de los aires etapistas de estas decisiones, la Internacional establecía que la estrategia a seguir sería la de clase contra clase”. Caballero, M. *La internacional comunista y la revolución latinoamericana* (1919-1943). Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1987, pág. 146.

²¹ Vargas, O. *El marxismo...*, *Op. cit.*, pág. 353.

sindical. Irrumpieron importantes luchas y nuevos planteos gremiales, organizándose nuevos sindicatos y la primera Confederación General del Trabajo. El PCA comenzó a adquirir una importante incidencia en este proceso a partir de 1932; organizó y dirigió varios sindicatos, protagonizando luchas trascendentales en la industria de la carne, el calzado, textiles, petroleros, construcción.²²

A mediados de 1935, los obreros de la construcción dirigidos por el partido iniciaron una huelga por el reconocimiento de su sindicato que se prolongó en huelga general en enero de 1936. Este proceso era simultáneo con la afirmación de una línea de frente único por parte del PCA, como veremos más adelante. Estudiantes, empleados, colectiveros, vecinos de distintos barrios apoyan a los huelguistas, registrándose enfrentamientos masivos a la represión con bloqueo de transportes, constituyéndose para algunos autores en un nuevo boceto insurreccional en la ciudad de Buenos Aires.²³

Ponce, el marxismo y el PCA

En este proceso de los primeros años 30, Ponce fue acercándose al comunismo: sus investigaciones y trabajos se orientaron crecientemente hacia el marxismo y en consonancia con el análisis y formulaciones del PCA. Este proceso se reflejó en sus cursos y conferencias en el CLES y participaciones políticas como en 1933 cuando presidió el Congreso antiguerrero de Montevideo.²⁴

²² Al respecto ver: Camarero, Hernán. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires, 2007.

²³ Ver Iñigo Carrera, Nicolás. *La estrategia de la clase obrera, 1936*. Imago Mundi, Bs. As., 2012.

²⁴ Algunas temas que estaban presentes en sus trabajos anteriores serán revisados por Ponce desde una perspectiva marxista y a la luz de los procesos abiertos en el 30 como por ejemplo una parcial revisión de su anterior visión idealizada de Sarmiento sobre la base de sus planteos incumplidos respecto del latifundio y el reparto de las tierras públicas.

En 1934 dicta un curso en el Colegio Libre sobre la relación de la educación con la lucha de clases. Ese análisis, posteriormente publicado, es señalado como un texto clave en su aproximación al materialismo dialéctico. Dice Berta Perelstein que en “Educación y lucha de clases” Ponce demuestra “que los ideales éticos, los fines educativos, el contenido y hasta los métodos y la disciplina están lejos de ser en cada caso el producto arbitrario de la voluntad independiente de un maestro genial, sino que expresan una etapa del desarrollo social y de la lucha que necesariamente surge entre los puntos de vista pedagógicos que pertenecen a las clases reaccionarias y los de las clases progresistas que se debaten en la misma”.²⁵

Ponce en este texto rompía explícitamente con el positivismo cientificista y biologista: cuestionaba la concepción de las “condiciones innatas del conocimiento” —que había sido un hito clave en el pensamiento de Ingenieros y un aspecto en el que se sustentaba su racismo—, y enfocaba la educación como un proceso social signado por la lucha de clases y el papel del estado como instrumento de las clases dominantes. Sin embargo, estas nociones no aparecían integradas aún a un análisis particularizado de la formación económico-social, de la historia y de la estructura de clases de la Argentina; cuestiones que —como ya vimos— implicaron un proceso complejo de definiciones en el propio PCA.

Al respecto, las deficiencias en la aprehensión de la realidad económico-social dominante del país también eran consecuencia de una falta de formación teórica y discusión colectiva y amplia. Raúl Larra decía autocríticamente que “infortunadamente leíamos los textos marxistas poco y mal. A menudo no sabíamos distinguir bien las diferencias entre burguesía y clase terrateniente. La ignorancia

²⁵ Perelstein, B. “Las ideas pedagógicas”. En *Cuadernos de Cultura*, N° 35. Año VIII, Mayo de 1958. “Homenaje a Aníbal Ponce”, pág. 33.

y la suficiencia nos hacían sectarios”.²⁶ No es de extrañar entonces que también los términos “progresista” y “reaccionario”, heredados del socialismo, fueran utilizados en la literatura partidaria y en los medios de izquierda en general de modo impreciso sin una fundamentación en las características sociales objetivas de clase y sin definir ni poner en cuestión su contenido. Así, posteriormente, ante el ascenso del fascismo podían integrar las fuerzas progresistas sectores liberales proyanquis o probritánicos de origen terrateniente o de burguesía intermediaria (en algunos casos solo por su concepción anticlerical). Mientras que, por el contrario, otros sectores sociales y políticos podían ser calificados de reaccionarios por ser ideológicamente nacionalistas, como ciertos exponentes y corrientes de la burguesía nacional o pequeña burguesía urbana y sectores del radicalismo.²⁷

De todas formas y en relación a estas insuficiencias, se debe destacar la tenaz tarea pedagógica de Aníbal Ponce en la difusión del marxismo en el seno de la intelectualidad y su esfuerzo por integrar sus concepciones al análisis de las diversas dimensiones de la vida contemporánea, en particular de la cultura y de la propia actividad intelectual.

Precisamente, el cuarto centenario de la muerte de Erasmo fue ocasión para dictar en 1935 otro de sus cursos en el Colegio Libre

²⁶ Larra, R. Aníbal Ponce y la AIAPE. En *Cuadernos de Cultura*, N° 35. Op. cit., pág. 61.

²⁷ Arpini, A y Olalla, M. *Op. cit.*, pág. 33. Así, el campo que definía a los enemigos de clase del pueblo argentino no estaba definido a partir de los intereses y dominio de clase que predominaba en la estructura económica-social nacional, ni en relación a la vinculación con el capital extranjero o a las formas de explotación de la mano de obra ni en cómo se expresaba su hegemonía política, sino que se absolutizarían los posicionamientos respecto a la nueva situación política internacional abierta en la entreguerra frente al fascismo. Las consecuencias de estas concepciones generarán mayores contradicciones con la emergencia de la Segunda Guerra Mundial y el surgimiento del peronismo. Por ejemplo, en 1937 y 1938 en el semanario *Orientación* frente a las elecciones presidenciales en las que se mantenía el fraude y la proscripción política, un debate intenso fue si Ortiz, presidente por la Concordancia, era o no fascista.

sobre del rol de la ideología, la cultura y de los intelectuales en el proceso de transformación de la sociedad publicado por primera vez en México en 1938 con el título *Humanismo burgués y Humanismo proletario, De Erasmo a Romain Rolland*.²⁸ Resultaba también esta obra una forma de saldar cuentas con su propia formación teórica y poner en cuestión el papel de los intelectuales con relación a la lucha de clases. En este ensayo ahonda en un análisis de las condiciones socioeconómicas que dieron origen al humanismo renacentista y su desarrollo, y en los límites históricos de la cultura burguesa, enfrentada a la clase obrera en la época contemporánea. Esta época sometía al intelectual a una disyuntiva histórica: servir, aún inconscientemente y pensándose autónomo, a la burguesía imperialista y la reacción fascista o unirse a las masas proletarias y reconocer no sólo su carácter de destinatarias sino de productoras de una nueva cultura, un nuevo humanismo proletario, forjado en la unidad entre teoría y práctica. En este relevo de clases la figura de Romain Rolland adhiriendo a la Revolución Rusa plasmaba para Ponce el camino que la hora exigía a la intelectualidad. Por su parte, el proletariado debía heredar “los conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo capitalista y bajo el yugo feudal”.²⁹ Esta obra fue un importante aporte para la producción marxista argentina en aquellos años en que el avance del fascismo exigía una toma de posición de los intelectuales a escala mundial. Una toma de posición efectivamente asumida en el marco de la Guerra Civil Española y más tarde con la Segunda Guerra Mundial por

²⁸ De Erasmo a Romain Rolland fue el subtítulo que Héctor Agosti le agregó al libro publicado en Buenos Aires.

²⁹ Agosti, Héctor P. Aníbal Ponce. *Memoria y presencia*. Editorial Cartago. Bs. As. 1974, Tomo IV, pág. 518. Sobre el tema: Arpini, Adriana. *Aníbal Ponce: el trabajo del pensamiento*. Política y humanidades, N° 16, 2006, pp. 226-247 y Farace, Rafael. *Aníbal Ponce: El rol del intelectual humanista*. *Question*, Vol 1, No 29 (2011). <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/viewArticle/943>

un sustancial contingente de artistas y escritores, científicos y educadores que adhirieron al comunismo y buscaron orientar su producción al calor de esa lucha e impregnarla de la ideología que adoptaron en diverso grado.³⁰

A la vez, las conferencias de Ponce de 1935, representaban también un balance de su recorrido personal así como un resumen teórico-político de prácticas en ciernes y una orientación hacia el futuro para la militancia comunista en el campo cultural y para ganar la adhesión de los intelectuales. En estrecha vinculación con esto, el problema de la “herencia cultural” por parte de la clase revolucionaria no era solo una cuestión teórica en aquel momento sino una exigencia de la práctica política más inmediata. Como hemos señalado, el avance del fascismo y la lucha contra él ponía en primer plano esta cuestión que se había presentado anteriormente de otro modo en el proceso revolucionario ruso y el acento en la continuidad o la crítica y la ruptura, como dos aspectos de esa herencia, definieron diversas orientaciones de la línea cultural del comunismo internacional. Ponce aquí resaltaba, y lo veremos también más adelante en las páginas de la revista *Dialéctica*, la continuidad frente a lo que se presentaba en el fascismo como la destrucción de la cultura, en el marco de la nueva política de frente único que se empezaba a practicar y que el mismo Ponce plasma en esos años con sus intervenciones en el campo de la intelectualidad democrática, antifascista. Por otra parte, se debe destacar que la concepción de las masas populares como productoras de la nueva cultura, el hecho de que ella no surgiría de un “laboratorio de especialistas”, llevando

³⁰ Esta obra tuvo una amplia difusión en América latina a partir de entonces. Como es conocido, al influjo de la Revolución Cubana, R. Fernández Retamar retoma sus contenidos incorporando más ampliamente, junto al proletariado, a los pueblos y naciones oprimidas como forjadores de lo nuevo en la cultura. Ver: Fernández Retamar, R. *Todo Calibán*. Clacso, Buenos Aires, 2005.

hasta el final la tesis marxista de que el educador debe ser educado, implicaba una ruptura explícita, al menos en el plano teórico, con las concepciones “sarmientinas”, respecto de la educación, la cultura y el papel de las masas, concepciones que habían impregnado la práctica socialista y que fueron heredadas en parte por el comunismo vernáculo. Por eso, si Ponce resaltaba la necesidad de la herencia de la cultura humana por parte del proletariado, con énfasis en la continuidad, planteaba que la misma debía ser concebida como “asimilación crítica” por parte de las masas, recogiendo los elementos revolucionarios y transformadores de la cultura burguesa y criticando su desarrollo reaccionario, encubridor y decadente. Dicha asimilación requería de la apropiación del conocimiento humano por las masas en el proceso revolucionario. También su propio quehacer en el plano teórico y cultural que veremos desplegar al año siguiente con la revista *Dialéctica*, presentando una amplitud de temas y problemas culturales e históricos “a la luz del marxismo”, reflejaba una voluntad de abordaje crítico de aquella herencia, una brega “por la hegemonía” desde el punto de vista marxista en los marcos de esa unidad antifascista que se preconizaba en el plano cultural.³¹

Los acontecimientos políticos vertiginosos de la década del 30, con la movilización y propuesta activa del proletariado tanto en la Argentina como en España frente al fascismo, llevan a Ponce a profundizar en el marxismo y su estrategia revolucionaria. El impulso que lleva a Ponce a profundizar en el marxismo como teoría de la revolución e integrarlo a la diversas dimensiones de lo real – incluida la cultura y el problema de los intelectuales– es inescindible

³¹ El rol de los intelectuales en la lucha de clases, así como los problemas de la herencia cultural y la nueva cultura en los procesos revolucionarios fueron temas que de una u otra forma están presentes en las reflexiones de Gramsci, Mariátegui, Brecht, Lukacs y otros tantos. Con respecto a dicha cuestión en los marcos de la lucha antifascista es conocida la polémica entre Lukacs y Brecht.

de la agudización de la lucha social y en particular del proletariado en la Argentina, y en un mundo en el que a la vez avanza el fascismo.

En octubre de 1934 la insurrección de Asturias en España marca el inicio una crisis política que forjará la unidad de socialistas y comunistas, desatando la reacción derechista y abriendo paso a la conformación del Frente Popular, su triunfo electoral, el golpe franquista y el proceso revolucionario contra el mismo, desencadenándose la Guerra Civil Española. Mientras que los sectores latifundistas y financieros españoles buscaban frenar los procesos abiertos por la lucha popular, la clase obrera forja la unidad para enfrentar al fascismo y motoriza la acción revolucionaria en las filas republicanas. El proceso impactó en el mundo entero y en particular en América latina. También en Francia la respuesta de la movilización obrera en las calles contra el peligro de un golpe derechista o fascista en 1934 impulsa la confluencia de comunistas y socialistas, que se articulará en el Frente Popular Francés que en 1936 con hegemonía socialista ganará las elecciones.

Por entonces el mundo asistía a una polarización creciente entre la reacción fascista y la resistencia obrera, popular y democrática a la misma. Nuevamente, como frente a la Gran Guerra y a la Revolución Rusa, todo empujaba a los intelectuales a comprometerse y definirse política e ideológicamente. Así como en 1927 se había realizado en Moscú la Conferencia Internacional de Escritores Revolucionarios con la participación paradigmática de Henri Barbusse,³² en 1930 una Segunda Conferencia promovió la creación de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR). “Todo va confluyendo, entre bruscos golpes de timón, hacia la ampliación del

³² Henri Barbusse (1873-1935), periodista y escritor, fue uno de los primeros intelectuales que se pronunció contra la Primera Guerra Mundial a través de su novela “El fuego” (1916). Con el Manifiesto de los intelectuales y en sus siguientes novelas muestra su adhesión a la Revolución Rusa, en 1923 se afilia al partido Comunista y se radica en la URSS.

frente antifascista que culmina con el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura realizado en el Palais de la Mutualité entre el 21 y el 25 de junio de 1935. Sería difícil exagerar la importancia simbólica que para los escritores comprometidos de los años treinta tuvo este congreso que, entre escándalos, discutió: ‘La herencia cultural’, ‘El papel del escritor en la sociedad’, ‘El individuo’, ‘Nación y cultura’, ‘Los problemas de la creación y la dignidad del pensamiento’, ‘La defensa de la cultura’ y una de cuyas creaciones fue la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura que rápidamente se extendió en expresiones universales y que tuvo en Argentina un rápido desarrollo”.³³

Como ya señalamos, en la Argentina las consecuencias del golpe de Estado contra el yrigoyenismo, la dictadura uriburista y el reforzamiento de la dependencia graficado en el Pacto Roca-Runciman habían desnudado la opresión imperialista y, por ende, se replanteaba “la cuestión nacional”, estrechamente entrelazada con la lucha democrática, puesta en primer plano por la represión y la forma de dominación del régimen fraudulento.³⁴

En este contexto fue que, en ese año de 1935, Ponce recorrió París, España y viajó a la Unión Soviética, no como simple turista u observador del proceso –como le cuestionaron algunos de los intelectuales con los que compartió las nuevas actividades culturales de carácter antifascista– sino comprometido con la lucha esencial de aquel momento. En abril llega a España integrando la comisión investigadora de los crímenes de las fuerzas de represión

³³ Manzoni, C. Op. cit., pág. 4.

³⁴ El VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista (IC) realizado en agosto de 1935 tuvo como centro el análisis del fascismo, como monopolio político de la burguesía más reaccionaria, y la necesidad constituir frentes únicos en la lucha para enfrentarla. Al respecto ver: Mateu, Cristina. “Antiimperialismo y la cuestión nacional en la política cultural del Partido Comunista Argentino de los Años 30: Un planteo general de la Cuestión”. XII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia / 28, 29, 30 y 31 de octubre de 2009.

contra los insurrectos de Asturias, “esa comisión rinde su informe a la Conferencia Europea de Ayuda a las Víctimas del Fascismo en España, celebrada en París, de la que Ponce es partícipe activo”.³⁵

En esa práctica su compromiso político-ideológico con el comunismo se fue afianzando, pese a las críticas que desde las filas del propio partido argentino recibió, como por ejemplo, de Córdova Iturburu. En algunas de estas críticas se conjugaban suspicacias izquierdistas frente a la intelectualidad burguesa y pequeño burguesa. Esto tenía sus raíces en la historia previa de una línea cultural del partido, centrada en las actividades obreras, y carente de un trabajo particular con la intelectualidad desde el punto de vista de sus reivindicaciones y su actividad específica.

Ese compromiso político e ideológico de Ponce se refleja de modo consistente en su famoso discurso “Condiciones para una universidad libre”, pronunciado en el acto de organizado por la Federación Universitaria de Córdoba en el 17° aniversario de la Reforma de 1918. Allí polemiza abiertamente con las antiguas ilusiones del movimiento reformista afirmando la necesidad de la revolución “para confiscar los latifundios, arrojar a los banqueros invasores y aplastar al enemigo de tanto siglos”, de la hegemonía del proletariado para lograr ese objetivo exaltando los logros culturales y educativos del socialismo en la Unión Soviética y, en la hora, de la unidad antifascista, llamando a los estudiantes a enfrentar al fascismo que “no solo es la guerra el terror y la miseria; el fascismo es también la cultura estrangulada, la universidad convertida en un cuartel, la inteligencia envilecida y muda”. Retoma nuevamente allí el tema de la herencia de la Reforma, “con otra doctrina, con otros métodos”, oponiendo al ideal de

³⁵ Lombardi, M. C. *Op. cit.*, pág. 52.

los intelectuales al servicio del fascismo el reconocimiento del proletariado como “heredero legítimo de la cultura humana”.³⁶

Toda la ebullición y debate político favoreció la creación el 28 de julio de 1935 de la Asociación de intelectuales, artistas, periodistas y escritores (AIAPE) de la que fue su primer presidente. Cuenta Raúl Larra: “asistí esa noche del mes de junio a la creación de la AIAPE. No alcanzaban al centenar los asistentes. Junto a mi Rivas Rooney y Vicente Barbieri redactaban la declaración de solidaridad con Raúl González Tuñón, detenido bajo proceso en los Tribunales por su poema *Brigadas de Choque*, que la asamblea aprobaría por unanimidad. El encargado de abrir la sesión intentó explicar sus objetivos, creo que se embarulló y salió hablando de la necesidad de difundir el marxismo entre nosotros. Hubo un remezón en los asientos, pues si bien la mayoría era proclive a esa filosofía, había otros de ideología estrictamente liberal que se sentían convocados por propósitos distintos. Los impresionantes autos de fe que iluminaban el cuadro europeo se reflejaban y caldeaban ya el aire de nuestra tierra. La ofensiva reaccionaria en el país era un hecho cierto. Y el proceso a un poeta, su signo más alarmante. Se trataba entonces de defender la inteligencia, la cultura. La inquietud de la sala se encalmó cuando Ponce adelantóse a pronunciar su discurso”.³⁷

En agosto de 1935, un hecho político de transcendencia consolidaría la tendencia a la unidad antifascista en los movimientos populares a escala mundial: el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista tuvo como centro el análisis del fascismo, régimen que procuró definir con precisión, corrigiendo valoraciones previas y en polémica con concepciones que separaban ese régimen político del interés de clase al que beneficiaba o que, por el contrario,

³⁶ Agosti, Héctor P. *Aníbal Ponce. Obras completas*. Op. cit., Tomo IV, pp. 539/42.

³⁷ Larra, R. *Op. cit.*, pp. 57 y 58.

subvaloraban su especificidad. Se trataba de la dictadura terrorista, los elementos más reaccionarios del capital financiero, de la burguesía imperialista, y afirmaba la necesidad constituir frentes únicos en la lucha para enfrentarla.³⁸ El antifascismo impulsado por IC, a partir fundamentalmente de la experiencia europea, que asumieron los partidos comunistas del todo el mundo tuvo como objetivo aislar a la variante fascista de las clases dominantes y ganar a los sectores populares (campesinos, intelectuales, pequeña burguesía y sectores “vacilantes”) y a las masas obreras más atrasadas que por sus necesidades más urgentes y por sus sentimientos de justicia era engañadas por la demagogia fascista. La IC proponía la unidad para aislar al fascismo, fortalecer los partidos comunistas y unir a los obreros, campesinos y pequeña burguesía con una política justa, que mediante amplias acciones de masas tuvieran en cuenta sus necesidades. Promovía el frente único antifascista en los países imperialistas planteando la posibilidad de gobiernos de frente único para frenar al fascismo, como camino de aproximación a la revolución socialista. En los países coloniales y dependientes se formulaba la consigna de frentes únicos “antiimperialistas y antifascistas”. Afirmaba que era preciso promover la educación comunista, preparando a la clase obrera para los cambios de métodos y formas de lucha, pero al mismo tiempo se debía impulsar la creación de acciones conjuntas de autodefensa de los intereses juveniles, femeninos, culturales, deportivos, de ayuda a los presos políticos; creando de comités de enlace comunistas y socialistas, asociaciones de intelectuales, científicas, culturales, de

³⁸ En su informe Jorge Dimitrov, secretario del Comité Ejecutivo de la IC, sostenía que las clases dominantes y el imperialismo necesitaban descargar todo el peso de la crisis sobre la clase obrera y los pueblos oprimidos y para ello apelaban a “la dictadura terrorista descarada de los elementos más reaccionarios” del capital financiero como “pelotón de choque”. Elementos reaccionarios que se disfrazaban –según el informe– con una demagogia social con la que se arrastraba a las capas más atrasadas del proletariado y de la pequeña burguesía aterrada por la crisis. Sostenía en el informe que el fascismo pudo triunfar porque la clase obrera estaba dividida, además de política y organizativamente desarmada.

jóvenes, de mujeres, cooperativas y deportivas, y fundamentalmente, organizaciones de frente único que nuclearan a las masas no organizadas, más vulnerables a la imposiciones de la ideología dominante.³⁹ Las resoluciones del VII Congreso no involucraban solamente la táctica política de frente único; suponían consiguientemente una orientación de integración del marxismo y el comunismo con las realidades y la historia de cada nación, lo que tenía implicancias indudables sobre la línea cultural. Por otra parte, todas estas definiciones y orientaciones no surgían de una elaboración teórica de laboratorio ni provenían solamente de las necesidades diplomáticas de la Unión Soviética, como se ha afirmado muchas veces de modo unilateral. Capitalizaban en realidad la experiencia de los años previos al Congreso de la IC, de derrotas del movimiento obrero como en Alemania de 1933 y de movilización, unidad y avance antifascista, como en España.

La situación internacional, como había analizado en 1935 la Internacional, suponía que la política de frente único antiimperialista en los países coloniales y dependientes y, particularmente, América latina —en sus diversas condiciones político-sociales— tendría mayores posibilidades para constituir los frentes populares, con la unidad del proletariado y los partidos comunistas, en aquellos países en donde los movimientos nacionales estuvieran lo suficientemente maduros para encarar el problema de la liberación nacional e influir sobre las extensas masas. El Congreso destacaba las experiencias de Brasil, la India y China.⁴⁰ Es en base a esta estrategia que el PC Brasileño impulsó la Alianza Nacional Libertadora, que cuajó en alzamiento cívico-militar sin apoyo de masas. Por otro lado, las propia formulación del VII° Congreso de la Internacional reflejaban en parte la política de frente único antijaponés del PC Chino, que

³⁹ Dimitrov, Jorge. *Fascismo y Frente Único*. Nativa Libros, Buenos Aires, 1974, pág. 56.

⁴⁰ Idem, *op. cit.*, pág. 97.

orientó la Larga Marcha del Ejército Rojo campesino hacia el Norte para combatir al Japón, con complejas relaciones de unidad y disputa con el gobierno nacionalista del Kuomintang de Chiang Kai Shek.

Ponce en un año clave

Ponce había vuelto al país en 1935 cuando se intensifican los debates y denuncias políticas que revelaban sin mediaciones la esencia de esa década: crisis, fraude, represión, corrupción, provocada por las clases dominantes que remachaban al país a una extrema dependencia. Pero, simultáneamente, también en Argentina, la creciente movilización de los trabajadores sembraba esperanzas y favorecía el aglutinamiento de diversos sectores sociales y políticos frente al régimen oligárquico.

El año 1936 se inauguraba con la huelga general en solidaridad con los obreros de la construcción, escenario de los combates porteños ya mencionados, con protagonismo del sindicalismo clasista orientado por el PCA. La creciente combatividad y organización del movimiento obrero, así como el ascenso de la oposición antioligárquica que abría un nuevo auge de luchas del movimiento popular, obligó a la CGT a convocar a un acto de unidad por el Primero de Mayo, al que asistieron radicales, demócratas progresistas, socialistas, comunistas e intelectuales. Parecía perfilarse una confluencia social y política de oposición popular al régimen.

La importancia que tuvo este proceso político en el reagrupamiento cultural y de los intelectuales que promovía el comunismo argentino puede percibirse en las palabras de Raúl Larra cuando relata la participación de la AIAPE presidida por Aníbal Ponce en aquella manifestación del 1° de Mayo de 1936: “AIAPE se incorporó con sus estandartes, con inmensos retratos de Gorki y

Barbusse que se confundieron con otros de Agosti que empuñaban estudiantes fervorosos”.⁴¹

En realidad, en el campo cultural argentino y entre los intelectuales reconocidos y nucleados a partir de su participación en diversas publicaciones del período, avanzaban las definiciones antifascistas que, en algunos casos, se ligaban a los cuestionamientos de carácter democrático y laicista contra la represión, la censura y las expresiones reaccionarias en el terreno cultural en el ámbito nacional. La revista *Sur*, de matriz liberal y que se caracterizaba por abstenerse de comentarios o editoriales políticos, dejó de incluir escritores nacionalistas y artículos de escritores sospechados de fascistas. Señala Fiorucci que las cuestiones políticas e ideológicas “influyeron en la dinámica del campo intelectual y monopolizaban en gran parte el contenido de los debates, lo que claramente iba en detrimento de la anhelada autonomía”.

En septiembre de 1936, se reúne en Argentina el PEN Club,⁴² lo que suscitó un profuso seguimiento periodístico e interés cultural y abrió expectativas debido a la difusión que en el exterior podría tener la producción literaria local. Sin embargo, en ese encuentro de poetas, escritores y novelistas el debate se concentró con intensidad en los acontecimientos internacionales que conmovían al mundo y al país e impactaban vivamente en la sensibilidad y en quehacer de los intelectuales.⁴³

Ya los sucesos en España, a partir del 18 julio de 1936, con el golpe franquista, la organización de las milicias obreras en Madrid y

⁴¹ Larra, R. *Op. cit.*, pág. 61-62. Agosti fue el preso político estudiantil del PCA y la lucha por su libertad signó muchas actividades del partido y su juventud.

⁴² Asociación mundial de escritores, creada en Londres en 1921 con el objetivo de promover la amistad y cooperación entre “Poetas, Ensayistas y Novelistas”.

⁴³ Manzoni, M. *Op. cit.*, pág. 1.

otras ciudades y, luego, el sitio y la defensa de Madrid conmovieron a la Argentina y el mundo. Fue un combate que mantuvo en vilo la atención mundial y marcó a toda una generación, movilizándolo a la juventud y los intelectuales a la solidaridad internacional, incluyendo su forma más elevada en la acción militar de las brigadas internacionales. Estos sucesos no fueron soslayados por ninguno de “los intelectuales, escritores y artistas” (como aparecen mencionados en declaraciones y manifiestos de la época) que comenzaron a pronunciarse y tomar partido, generándose una intensa producción cultural y artística.⁴⁴

La AIAPE, formada el año anterior, también transitó un camino de definiciones con diversos matices y debates que debieron ser intensos. Ponce no solo promovió los pronunciamientos contra el fascismo. Todas las actividades que impulsó y realizó en las distintas instituciones y foros tendían a la unidad antifascista. Esta definición política fue desplegándola a partir de una concepción de unidad amplia que conjugaba, diferenciándose de los sectores liberales “democráticos”, con la afirmación explícita del papel dirigente del proletariado (la hegemonía proletaria) como garante de esa unidad y del triunfo por un camino revolucionario, a la vez que defendía las realizaciones del comunismo.⁴⁵

Al cumplirse en julio el primer año del AIAPE, Aníbal Ponce dejó la presidencia y publicó su balance de la institución, dando cuenta

⁴⁴ Ver Miranda, Julia. “Escrituras bajo fuego: Incidencia de la Guerra Civil Española en las poéticas de la vanguardia literaria argentina”. Universidad Nacional de Rosario Argentina. En el Congreso Internacional La guerra civil española 1936-39. En http://www.secc.es/media/docs/16_3_MIRANDA.pdf.

⁴⁵ Esos contenidos que había expresado, como ya vimos, en su discurso “Condiciones para una universidad libre”, volverán a aparecer brillantemente condensados en su reconstrucción de la historia de España y del movimiento revolucionario de 1936 contra el golpe franquista. Ver: “Examen de la España actual”, *Dialéctica* N°7, Setiembre 1936. En este volumen reproducimos en el Anexo la tercera y cuarta parte de este texto.

de lo actuado, en el número 6 de su revista *Dialéctica*: “[...] estamos en condiciones de afirmar que no ha ocurrido un solo atropello a la cultura nacional sin que AIAPE, no lo haya denunciado a la opinión del país”.⁴⁶ Su papel de dirección había sido cuestionado por algunos jóvenes del PCA que le recriminaban una escasa disposición a salir a la calle y una presunta falta de verdadero espíritu revolucionario. También en estos cuestionamientos se reflejaba una concepción “obrerista”, presente en años anteriores, que solo consideraban como cultura revolucionaria a las expresiones emergentes de la propia clase obrera.

Córdova Iturburu resumía así, luego de la muerte de Ponce, los cuestionamientos de aquel momento: “Con una serenidad imperturbable de maestro, que contrastaba agudamente con nuestra turbulencia” (...) “debía frenar cada día impulsos impremeditados. Su ponderación se nos antojaba, entonces, excesiva. Y, preciso, es confesarlo, nos descontentaba. «Ponce –solíamos murmurar con desconsuelo– es, en definitiva, un hombre de gabinete. Le tiene miedo a las masas. Le tiene miedo a la calle» (...) Nosotros hubiéramos querido echarnos de inmediato en medio del tumulto de las luchas políticas y sindicales y participar en ellas enarbolando banderas categóricas, con olvido evidente de nuestra función específica de aglutinantes de un vasto movimiento posible de intelectuales antifascistas”⁴⁷.

Entre las actividades desplegadas por la AIAPE, hasta ese momento, según Raúl Larra, se contaban la declaración en defensa de González Tuñón y contra la censura, un homenaje a Barbusse ante su fallecimiento, una exposición Plástica en el Salón Municipal de Bellas Artes que reunió a importantes artistas plásticos, jornadas

⁴⁶ *Dialéctica*, Año I, N° 6, Agosto 1936. “El primer año de A.I.A.P.E.”

⁴⁷ Córdova Iturburu, C. “Aníbal Ponce”. En *Cuatro Perfiles*. Editorial Problemas. Bs. As., 1941, pág.54.

médicas, debates sobre la realidad americana y la publicación de la revista *Unidad*. El primer número de la misma, superando las dificultades económicas, se publicó en enero de 1936. Al respecto dice Larra: “Recuerdo la sesión autocrítica de la semana siguiente. Nydia Lamarque me enfocaba con sus impertinentes (sic) como preguntándome qué hacía yo en esa reunión. Me impresionó, sobre todo, el análisis despiadado que se hizo de la revista. Todos coincidieron en la principal falla: la falta de temas nacionales ¿cuál era la razón? ...La natural tendencia de los colaboradores a seguir la línea del menor esfuerzo: es mucho más fácil escribir un buen artículo sobre temas que ya han sido objeto de numerosos y serios estudios en publicaciones europeas que hacer un análisis original de un problema nacional, campo casi todavía virgen”.⁴⁸ Estos debates, en torno a la orientación y los destinatarios de la publicación, sus condiciones de difusión, etc., se articularon con las dificultades económicas para sostener la publicación. Así, al dejar Ponce la presidencia de la asociación, *UNIDAD por la defensa de la cultura* sólo se habían editado dos números, hizo un balance de las dificultades para su edición. A la vez estas contradicciones constituyen una pista para pensar en qué condiciones Ponce, siendo miembro activo del AIAPE y contando con aquella revista, se embarca paralelamente en la publicación de una nueva: *Dialéctica*, en absoluta soledad, en la que por otra parte inicialmente se abordan muy pocos temas vinculados con el quehacer nacional.

Los debates que seguramente recorrían al PCA ante las reformulaciones tácticas y los nuevos posicionamientos políticos en torno a la política de frente único en el plano nacional e internacional, debates en torno a sus contenidos, sus integrantes, a su hegemonía, estaban también presentes en la AIAPE, que articulaba a distintas

⁴⁸ Larra, R. *Op. cit.*, pág. 60.

corrientes y era ella misma una organización de frente único. La dirección de Ponce recibía críticas de jóvenes estudiantes y escritores, formados por el PCA y nucleados anteriormente en Insurrexit o en la Agrupación de Jóvenes Escritores Proletarios (AJEP), devenida luego en Agrupación de Jóvenes Escritores, compuesta por Alfredo Varela, Emilio Novas y Raúl Larra, entre otros. Otros, como vimos, discutían la falta de temas nacionales en la revista *Unidad*. Por otra parte, los sectores más liberales impulsaban pronunciamientos en los cuales los aspectos antiimperialistas y populares quedaban ausentes, así como la perspectiva marxista.

Por tanto, Ponce decidió editar una revista cuyo título certificaba su posicionamiento en el marxismo: *Dialéctica*. Los datos de edición lo señalaban, como único responsable y principal autor de las notas, con una evidente ausencia de colaboraciones de firmas relevantes, salvo en las traducciones y en los comentarios de libros, del CLES y la AIAPE.⁴⁹

Los siete números de *Dialéctica*

El objetivo de la revista estuvo explicitado en la retiración de tapa a lo largo de sus siete números:

“La revista DIALÉCTICA aspira a poner al alcance de los estudiosos, con un mínimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura.

Universal por la amplitud de su horizonte, DIALÉCTICA hará accesible una multitud de ensayos y monografías no

⁴⁹ Según se desprende del índice año por año de su obra compilada por Agosti. Ponce, *Aníbal. Obras completas*. Revisadas y anotadas por Héctor P. Agosti. Editorial Cartago, Bs. As., 1974.

traducidos jamás al castellano o que aún en el caso de haber sido traducidos, continúan siendo una rareza de bibliófilos. En el momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer, —mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado,— los caminos que conducirán a la liberación del hombre”.

Así, Ponce se proponía generar un acceso a textos no traducidos, inéditos, conjugando una amplitud de horizonte y temas con una definición explícita de la concepción filosófica e histórica para analizar la realidad. Tal vez era consciente de la falta de formación marxista del grupo en que se insertaba y también de la necesidad de afirmar su propia perspectiva y concepciones, integrándolas al análisis de los diversos fenómenos de la cultura y las ciencias sociales (las “humanidades”). Así se trataba de una tarea didáctica, con un importante esfuerzo de traducción en el amplio sentido de la palabra, tarea en la que desplegaba con gran erudición su capacidad de adentrarse en todos los tópicos que circulaban en el ámbito cultural por aquellos años. A la vez, resultaba fundamentalmente una manera de sentar su propia posición en el debate cultural.

Historia, Filosofía y Educación fueron los ejes centrales de la publicación. El tono general de los comentarios marginales y de los comentarios de revistas y libros era más informativo que polémico. Ponce ampliaba datos sobre las notas y sus autores, recomendaba lecturas complementarias, reponía procesos históricos ausentes en los artículos y siempre opinaba, interpretaba, sentenciaba, sopesando pro y contra, procurando superar enfoques unilaterales, teniendo en cuenta los aspectos contradictorios, desde una interpretación de la dialéctica marxista que parecía estar incorporando. La revista tuvo una fuerte inclinación hacia los textos europeos y rusos en sus inicios pero, a partir del número 4, comenzó una nueva sección: “De la vida argentina”, también de libros nacionales (pero que no apareció en

todos los números) con lo que se iniciaba una incipiente apertura a los temas de la realidad nacional.⁵⁰

La sección “Comentarios marginales”, siempre a su cargo, era la que resumía el objetivo fundamental y la línea esencial de la publicación. Es en esta sección en la que Ponce da muestras de sus conocimientos y experiencias, su erudición en varias materias, su vocación y avidez por el estudio, sus alcances en la comprensión del materialismo dialéctico y también su apertura. Desde luego sus posicionamientos en la arena política. Con la firma de Luis Muriel y Ernesto Quijano, heterónimos de Ponce, se comentaban libros y revistas, mientras que las traducciones del ruso, inglés, francés e italiano fueron realizadas por Alicia Ortiz, Emilio Molina Montes, Rafael Río, Laura Lafargue, Cora Ratto, Teodora Efrón, M. Alberti, entre otros.⁵¹

En el primer número, de marzo de 1936, publicó *Dialéctica* “Simón Bolívar” de Carlos Marx, junto con “Dialéctica y Lógica” por Jorge Plejanov, y otros artículos inéditos de Lunatcharsky y Lukacs.

Con respecto a la nota sobre Bolívar, constituía la primera reproducción de este polémico texto en Argentina y abrió un largo debate sobre la pertinencia del análisis de Marx sobre el libertador latinoamericano que continúa hasta nuestros días. Ponce puntualiza, frente a la versión apologética de Haya de la Torre y de Vasconcelos, que la historia de Bolívar seguía envuelta en “una nube de espesas de leyendas”. Señalaba la situación de “excepcionalidad de Marx” como extraño al ambiente americano y destacaba lo jugoso del texto, aunque cuestionando la “aspereza y sequedad” con la que

⁵⁰ Ver índice de todos los números en el anexo de este libro.

⁵¹ En el Anexo de este libro se reproduce un fragmento de *Examen de la España actual* publicado en *Dialéctica* N° 7.

Marx presentaba la vida de Bolívar así como la falta de un análisis minucioso del Código bolivariano que, según Ponce, servirían para fundamentar mejor su valoración. Concluía que Marx no hubiera podido decir, “por las circunstancias de la publicación” (una nota de enero de 1858 por encargo para *The New American Cyclopaedia*, como las que usualmente escribía para obtener algún recurso monetario), lo que se desprendía de su texto: que Bolívar representaba a la nobleza criolla, que era terrateniente, hacendado, propietario de minas y de esclavos, que “no sólo interpretó los intereses de su clase, sino que los defendió contra la pequeña burguesía liberal y las todavía inconscientes masas populares” buscando imponer una dictadura. Además, Ponce agregaba en su comentario que Bolívar fue apoyado por Inglaterra, y “al igual que todos los restantes revolucionarios del continente, es difícil comprender cómo Bolívar puede servir honradamente al llamado «bolivarismo democrático y antiimperialista»; y cuestionaba el hecho de que se pasearan retratos suyos en las recientes manifestaciones opositoras de Caracas. “Si Bolívar hubiera vivido, con seguridad que no hubiera estado entre los estudiantes y los obreros” y señalaba que los homenajes más elocuentes rendidos en su memoria eran los de dos dictadores: Antonio Guzmán Blanco que adquirió oficialmente el Archivo de O’Leary, y Juan Vicente Gómez que ordenó, con análogo carácter, la edición completa de las «Cartas»”.

Los comentarios de Ponce a propósito del texto de Marx sobre Bolívar se cruzaban con el debate que en el comunismo argentino se estaba dando respecto al proceso de Mayo de 1810 y el papel histórico regresivo de la aristocracia criolla en la lucha anticolonial. Es preciso considerar dos aspectos en este énfasis en el origen de clase de Bolívar. Por un lado, al igual que en Marx, una unilateralidad que los conducía a subvalorar la centralidad que la lucha anticolonial había tenido en la América española y el papel histórico de sus líderes. Por otro lado,

conllevara una caracterización de la aristocracia terrateniente, de la que provenía Bolívar, apuntando a un análisis de las clases sociales en aquel proceso. Con ella Ponce también aludía a debates presentes en la nueva época histórica del siglo XX con respecto a los terratenientes y el papel del latifundio en América latina, en su relación con el imperialismo y en función de determinar los enemigos políticos a enfrentar con la política de frente popular.⁵²

La filosofía marxista y el acento en la dialéctica es un eje clave en la revista, como su nombre a todas luces ponía al descubierto. Las notas sobre temas específicamente filosóficos constituían un importante aporte, siendo que, aún en los años 30, estas cuestiones, y más aún la dialéctica materialista, eran escasamente difundidas entre la intelectualidad y poco estudiadas por los militantes comunistas, que tenían de ella una apropiación limitada y una comprensión simplificada y esquemática. Dentro del PC, en esos años, los temas históricos, y dentro de ellos los referidos a la historia nacional, concitaban la atención mientras que los filosóficos generalmente quedaban confinados a lo antropológico y lo ético-moral.

Ya en el primer número de *Dialéctica* apareció “Dialéctica y Lógica” de Plejanov y en la sección de libros se recomendaba el texto de Federico Engels *Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía*

⁵² El texto de Marx refleja en sus errores, una desinformación (dadas las fuentes que utilizó de un enemigo jurado de Bolívar) y también una subvaloración de la lucha anticolonial hispanoamericana y del papel de las masas populares en ella. Sin embargo, algunos autores han decretado a partir de este texto una supuesta incomprensión del hecho nacional en Marx, congelando su pensamiento en un instante y sin abordar todo su recorrido intelectual y político en el que precisamente desarrolló la integración del materialismo histórico con la cuestión nacional (recuérdese su posición sobre la cuestión de Irlanda en relación a la lucha de clases en Inglaterra, o su juicio sobre el papel histórico de las rebeliones anticoloniales en Asia). Algunas de esas críticas tienen por blanco precisamente el esfuerzo por parte de Marx de desarrollar un análisis de clase de las dirigencias patrióticas americanas y, en particular, su señalamiento respecto del carácter reaccionario de la clase terrateniente criolla. Esos críticos convalidan así el proceso de conformación de los Estados oligárquicos. Ver al respecto: Aricó, J. M. *Marx y América latina*. FCE. Bs. As., 2010 y la crítica de Vargas, Otto. *El Marxismo y la revolución argentina*. Tomo II. Ed. Ágora. Bs. As., 1999.

clásica alemana. Posteriormente, Ponce publicará en el número N° 4 (junio de 1936) *Inglaterra y el Materialismo* de Engels, ocasión en la que aprovechó para resaltar que todos los textos de este pensador eran temas de interés poco estudiados y que, hasta ese momento, su obra aparecía mal compilada. Tiene importancia este comentario de Ponce, en contradicción con una corriente dentro de la intelectualidad de izquierda argentina –de la que formó parte Rodolfo Mondolfo, filósofo italiano posteriormente radicado en la Argentina– que devaluó el fundamental aporte de Engels a la dialéctica materialista.⁵³

Precisamente, en el número 2 aparecía la traducción de “Gérmenes en Bruno, Bacon y Espinosa del concepto marxista de la historia” de Rodolfo Mondolfo. Para Ponce, el texto de Mondolfo tenía la virtud de esclarecer la IIIª tesis sobre Feuerbach de Marx, aquella que afirma que “son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado” y que “la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria”.

Es preciso notar que en ese texto Mondolfo revisaba el término “práctica revolucionaria” al introducir el concepto de “praxis” al que entendía como la unidad indisoluble entre la acción y la teoría.⁵⁴ La postulación del concepto de “praxis” como “la indisolubilidad del hacer y del conocer”, al que adhirió Ponce (y que también predominó

⁵³ A propósito de Engels, Ponce publicó también en el N° 3 de *Dialéctica* su texto “Contribución a la Historia del Cristianismo Primitivo” y destacó en polémica con difundidas interpretaciones del Beer, Barbusse y otros, la afirmación engelsiana de que el fenómeno no implicó una revolución social luego traicionada por la iglesia. Al mismo tiempo, la propia publicación de ese texto, que ubica las raíces sociales del cristianismo primitivo como respuesta a la opresión de clase, también apuntaba desde el ángulo marxista contra la crítica ilustrada de carácter liberal y burgués a la religión que en Argentina portaba el anticlericalismo positivista.

⁵⁴ Mondolfo, R. “Gérmenes en Bruno, Bacon y Espinosa del concepto marxista de la historia”. En *Dialéctica* N° 2, Abril, 1936, pág. 64.

en muchos intelectuales marxistas como Troise), en nombre de la dialéctica abandonaba en realidad el principio central de la misma, la unidad de contrarios en identidad y lucha (interpenetrados y excluyentes), sustituyéndola por la concepción de la convergencia de los contrarios y comprendiendo a la unidad como “síntesis”, siguiendo la concepción de la dialéctica hegeliana.

En cuanto al proceso de conocimiento se desconocía el aspecto de no identidad entre práctica y conocimiento, pues estos dos aspectos no cristalizan en una unidad permanente, pues la práctica desborda y se anticipa o la teoría prefigura aspectos aún no comprobables en la práctica inmediata. A la vez, aunque práctica y conocimiento se remiten recíprocamente, en cada momento uno de los dos aspectos domina y, a la vez, lo que fue dominante puede resultar subordinado. Es así que la práctica se transforma en teoría y lo que fue teoría genera, y debe verificarse, en una nueva práctica. Lo que es efectivamente indisoluble en el seno del proceso de conocimiento resulta, de todos modos, relativo y en permanente cambio. Esto supone reconocer, con el materialismo, la independencia del objeto respecto del sujeto que conoce.⁵⁵

De todas formas, la utilización del término “praxis” que absolutizaba la unidad –en realidad transitoria, relativa y precaria– de práctica y teoría, perduró en las filas del comunismo argentino y de la intelectualidad de izquierda.⁵⁶

⁵⁵ Al respecto ver: Lenin, V. I. *Materialismo y empiriocriticismo*. Ed. en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975. Nassif, R. *¿Es posible conocer la realidad?. Nuevos y viejos debates en el siglo XXI*. Ediciones Cinco, Bs. As., 2011. Mao Tse Tung, “Sobre la Práctica (Julio de 1937)” y “Sobre la Contradicción (Agosto de 1937)”. En *Obras Escogidas*, Volumen I, Ediciones de La Rosa Blindada, Nativa Libros, Bs. As., 1973.

⁵⁶ Mondolfo sostenía que: “(...) la exigencia de la indisolubilidad del hacer y del conocer, del vivir y del interpretar, del transformar y del entender, significa, para cada uno de estos binomios, unidad y dependencia recíproca (no unilateral y unívoca) de ambos términos entre sí; tesis y antítesis que sólo en la unidad dialéctica de la síntesis tienen su

Más allá de estas precisiones, se debe destacar la importancia de estos textos en la difusión de la dialéctica en la Argentina, la afirmación de la misma como concepción del movimiento y del cambio.

La vocación de Ponce de revisar y cuestionar sus propias concepciones e introducir reflexiones amplias y abiertas con respecto a la teoría le permitió también publicar, en la edición número del 5 de julio de 1936, el meduloso artículo “Materialismo Dialéctico y acción recíproca” del francés Georges Friedmann, que ofrece otro enfoque, diferente al expuesto por Mondolfo. Sobre este texto, Ponce advertía que sin ser un estudio acabado ahondaba en los desarrollos filosóficos de Engels y Lenin que Friedmann reponía en el texto. Subrayaba en este sociólogo francés su aporte en la revisión dialéctica de la historia de la filosofía, revalorizando el factor de interdependencia de los fenómenos y la concepción de desarrollo en espiral que tomaba de Lenin. En este sentido Friedmann procuraba, rescatando los desarrollos engelsianos (en su famosa carta a Schmidt, y otras a Labriola, etc.), refutar a los críticos del marxismo que condenaban su presunto fatalismo económico, destacando el papel de la acción humana operando sobre las condiciones materiales (son los hombres los que hacen su propia historia). Efectivamente el texto publicado constituía una contribución importante para la época de premisas básicas de la dialéctica

realidad concreta y viva”. *Dialéctica*, Año I, N° 2, op. cit., pág. 62. Estas concepciones pervivieron más allá de la década del 60, en lo que José Ratzer consideró una influencia del nuevo positivismo lógico. En términos del pensamiento revolucionario, al absolutizar la insolubilidad y negar la contradicción en el proceso de conocimiento y la existencia independiente del objeto, alentaba ya al dogmatismo, ya al revisionismo del marxismo. Sobre el tema ver Ratzer, J. *La consecuencia antimarxista de Rodolfo Mondolfo*. Ediciones Cinco, Bs. As, 1984.

materialista escasamente difundidas en el Río de la Plata, en polémica con el materialismo mecanicista.⁵⁷

Al mismo tiempo, Ponce observaba que, a pesar de su preocupación por la dialéctica histórica, Friedmann no reponía de todos modos el enfoque global de los fundadores del marxismo con respecto a la reacción de la superestructura sobre la base económica. Aunque el texto puntualizaba la acción recíproca y la interdependencia, Ponce enfatizaba en su comentario la interconexión y complejidad del todo. “Al desarrollo rectilíneo que otras teorías de la evolución adoptan como premisa, el marxismo opone con la interpretación que le es propia, el «desarrollo en espiral» de que hablaba Lenin. Como fenómeno aislado, *A* no existe jamás. Considerarlo «en su pureza» o en su «esencia» es renunciar por anticipado a la esperanza de abarcarlo en toda su complejidad. No es posible conocer el fenómeno *A*, sino después de estudiarlo en todas sus relaciones. Semejante estudio no podrá ser nunca exhaustivo; pero para evitar los errores y las deformaciones no hay más camino que el que Lenin aconsejaba en su polémica con Bujarin a propósito de los sindicatos: enfocar cada fenómeno en su «omnilateralidad». ¿Se podría encontrar una palabra más exacta para exhibir en toda su desnudez el gratuito reproche de unilateralidad que al marxismo se le hace?”.

Ponce refleja una preocupación por las simplificaciones derivadas del materialismo mecánico, que conducían a un reduccionismo

⁵⁷ Friedmann explicaba que: “Dejemos de lado, por el momento, el carácter idealista de la dialéctica hegeliana (...). Queda la ley fundamental de ese desarrollo –y es eso lo que interesa a nuestro estudio– que implica relaciones complejas y necesarias entre los diferentes elementos del movimiento. Las tres fases de la tríada dialéctica no son etapas abstractas del razonamiento, conceptos desprovistos de objetividad, simples consideraciones del espíritu. Son momentos perfectamente concretos de la realidad, plenos de movimientos y de energía potencial. A la tesis viene a oponerse antítesis. Pero ésta, una vez realizada, actúa a su vez sobre la tesis y la obliga a superarse en la síntesis. Así, al desarrollo rectilíneo, concebido según las filosofías *mecanistas* como una sucesión de series causales a la manera de los anillos de una cadena, la lógica hegeliana [lo] sustituye [por] un desarrollo circular o mejor, según la imagen propuesta por Lenin un desarrollo en espiral. En *Dialéctica*, Año I, N° 5, Julio 1936, pág. 232.

del marxismo, concebido como un “determinismo económico” en desmedro de los fenómenos superestructurales. En sus comentarios marginales insistía frecuentemente en la diferenciación del materialismo dialéctico con respecto al mecanicista, señalaba las consecuencias de asimilar el fenómeno de antítesis y síntesis de la dialéctica con el de “causa y efecto” del materialismo estrecho, que conducía a una visión “causal unilateral” de desarrollo rectilíneo, ajeno al marxismo en el que “todo lo que existe lo ve «moverse, transformarse, vivir, influirse mutuamente». Por eso, le recriminaba a Friedmann que sobre esta fundamental cuestión omitiera el capítulo I del *Anti-Dühring* de Engels, donde Ponce encontraba el desarrollo más profundo del abordaje dialéctico de este problema: “...No solo abundan en la obra de los fundadores los pasajes terminantes que completan o corrigen el pretendido descuido o la explicable premura – “no siempre tuvimos tiempo”, dice Engels–, sino que en el primer capítulo del “*Anti-Dühring* ha sido expuesta ampliamente la concepción del marxismo sobre la interdependencia (Zusammenhang) y la acción recíproca (Wechselwirkung). Es inexplicable que Friedmann ni siquiera lo mencione entre tantas otras citas oportunas. Por la sencillez y la precisión me parecen de un conocimiento obligado”.⁵⁸

También revelaría la misma preocupación crítica con respecto a los enfoques de Plejanov, de quien publica el texto “Agustin Thierry y la concepción materialista de la historia”. En sus comentarios Ponce destaca la claridad en su identificación de las clases motrices y dirigentes de la Revolución Francesa en el seno del Tercer Estado y del punto de vista de Thierry, que se reconocía plebeyo. Sin embargo, Ponce afirma que en esta cuestión el marxista ruso era unilateral porque olvidaba la “acción recíproca” y consideraba al hombre solo efecto y no causa de su propia historia, remitiendo al lector a las notas

⁵⁸ A. Ponce, Comentarios marginales en *Dialéctica*, Año I, N° 5, julio 1936, pág. 257.

ya publicadas en números anteriores para comprender este fenómeno de la acción recíproca. Así, el blanco de la crítica de Ponce a Plejanov era una concepción mecanicista respecto a la relación entre lo objetivo y lo subjetivo en la historia.

Como ya señalamos, la concepción dialéctica revestía para Ponce un valor sustancial en relación a la cuestión de la herencia cultural, ya que tanto Mondolfo como Friedmann referían a la herencia filosófica de la burguesía en su etapa revolucionaria. En el comentario marginal Ponce pregunta: “La idea de progreso que se afirmaba orgullosa por entonces [en los ideólogos de la naciente burguesía: Bruno, Bacon y Espinosa] ¿no implica una actitud a la vez de interpretación e innovación? (...) En la manera de oponerse al feudalismo, que la burguesía negaba para superarlo –que negaba al modo dialéctico, **sin anular ni destruir**–, ¿no se observa una situación lejana similar a la que asume hoy el proletariado victorioso frente a la burguesía moribunda?”.⁵⁹ También al formular los objetivos de la revista *Dialéctica*, Ponce afirmaba: «*El No –decía Hegel– es la palanca del devenir*». ***Pero la negación que la dialéctica impone no es destrucción ni aniquilamiento. De la cultura que agoniza, ella tomará los elementos legítimos para incorporarlos y desenvolverlos en la cultura más perfeccionada que le seguirá*** (negritas mías). Y así, ***negando y afirmando***, la marcha en espiral de la dialéctica nos conducirá victoriosamente hacia adelante. Demasiado bien sabemos lo que implica en el momento actual la responsabilidad de un pensamiento para quien no existen ***los distinguos de la teoría y de la práctica***” (subrayado nuestro).⁶⁰ Es sabido que la negación en la dialéctica implica sí la destrucción del polo o aspecto caduco, al romperse la unidad de aspectos contradictorios en la que ese aspecto dominaba: en el plano

⁵⁹ *Dialéctica*, Año I, N° 2, Abril 1936, pág. 92. Subrayado del autor.

⁶⁰ Ver retirada de tapa en todos los números de *Dialéctica*.

cultural, lo que ha de ser destruido no son tanto los elementos que integran la vieja cultura como fundamentalmente el modo en que se organizan y articulan dentro de la misma, que se impone como dominante con el sello de la ideología de la clase reaccionaria. Sin duda, el énfasis de Ponce en la negación “sin anular ni destruir” expresaba tal vez un lastre de las concepciones evolucionistas en las que se formó pero, al mismo tiempo, toda la reflexión dialéctica sobre la cultura reflejaba, además de la lucha política de aquella hora con blanco en el fascismo, una preocupación sobre qué rescatar (“los elementos legítimos”) y que negar de la herencia cultural, lo que se correspondía con su propio periplo personal, del liberalismo al marxismo, y que se plasmaba en dos planos distintos: el del proceso mundial “del humanismo burgués al proletario” y también, como veremos, en un proceso de cambios en sus concepciones sobre la historia y la cultura nacional.

Otro de sus comentarios se refiere al texto de Anatolio Lunatcharsky sobre “Fantasía” de Rimsky-Korsakov, en forma de reportaje imaginario al compositor. Ponce destacaba, en ese diálogo supuesto, las concepciones de su autor sobre la herencia cultural y “las líneas generales del criterio que dirigió y dirige la lucha intelectual frente a los clásicos”, preconizando la necesidad de juzgar el pensamiento y la obra de los hombres más representativos “según las relaciones de clases de cada época”. Ponce insistía en la cuestión planteada en “Humanismo burgués, humanismo proletario”: con el triunfo de la clase obrera y el predominio de la concepción materialista-dialéctica, el desarrollo de una nueva cultura implicaba no una ruptura, una inversión o eliminación/destrucción de las formas y contenidos desarrollados por la burguesía sino una reelaboración necesaria de lo heredado culturalmente en el pasado poniéndolo al servicio del proletariado.

Es preciso señalar que Ponce, al introducir estos tópicos propios del debate político y cultural del proceso revolucionario europeo y ruso, intervenía directamente en el debate político y estético que en los años 30 surcaba el campo cultural argentino. Como hemos señalado anteriormente, su acento en la crítica a los vanguardismos que preconizaban la “ruptura sin rescate” de la herencia cultural (reivindicando las críticas de Lenin a los impulsores del Proletkult en la joven Unión Soviética), se inscribía por un lado en las necesidades políticas de la táctica de frente popular y la lucha antifascista. En esa dirección iban también sus críticas al irracionalismo en ascenso en el seno de la cultura burguesa de la época. Sin embargo, consideramos que no es ya la suya una posición de “herencia sin crítica” con respecto a la cultura burguesa y la tradición liberal argentina de la que provenía. Por el contrario, en el trasfondo de su recorrido intelectual y político se desarrollaba un quiebre esencial: su adhesión al marxismo y su nueva intervención en el campo cultural argentino revelaban el esfuerzo por una reelaboración crítica, que resultaba precisamente en una ruptura progresiva con las concepciones liberales y evolucionistas.

En torno a la cuestión de la herencia cultural giraban muchas discusiones de la intelectualidad de izquierda. ¿Cuánto asimilar, rechazar, reformular de la cultura de las clases dominantes del capitalismo e incluso de la etapa feudal para el desarrollo de una nueva cultura? Ponce valoraba las apreciaciones de Lenin sobre Tolstoi reproducidas en el número 2 de *Dialéctica*. Eran las conocidas notas: “Tolstoi, espejo de la Revolución Rusa” (1908), “L. N. Tolstoi” (Noviembre de 1910) y “León N. Tolstoi y el movimiento obrero contemporáneo” (Diciembre de 1910). Allí Lenin destacaba los límites y aportes del escritor ruso y la importancia de su obra como crítica al capitalismo y lo relevante para una nueva cultura: “El proletariado ruso toma posesión de esta herencia, y la adopta. Él explicará a las masas de trabajadores y explotados cual era el sentido de la crítica

tolstoiana al Estado, a la Iglesia, a la propiedad privada, no para que las masas se reduzcan a un “auto-perfeccionamiento interior, y a lamentaciones, sino para que se rebelen y asesten un nuevo golpe a la monarquía zarista y a los terratenientes apenas lastimados en 1905”. Ponce en sus comentarios repone la historia de Tolstoi, las debilidades del partido bolchevique en la revolución de 1905, así como la hipocresía de la Iglesia y de las clases dominantes rusas que luego de muerto lo reivindicaron, y a partir de este caso nuevamente discute el papel del intelectual en la lucha de clases, el de la cultura en los cambios sociales y políticos y su vinculación con las formas estéticas.⁶¹

Abunda en la misma cuestión, editando los textos de Gorki y Lenin y otros, como “Zola y el realismo” de George Lukacs; “Eugenio O’Neill, el renegado” de A. Abramof; “Marx y la literatura mundial” de F. Schiller.⁶²

En el comentario marginal sobre la nota de Abramof, Ponce intervenía en la polémica sobre el origen de clase de los intelectuales y sus trasmutaciones ideológicas. Abramof analizaba a O’Neill y su obra literaria, de la bohemia rebelde y anarquizante impregnada de ilusiones individualistas pequeño-burguesas al pesimismo psicologista y la renuncia a buscar valores sociales positivos. Nuestro editor al comentar este ensayo repone los distintos textos publicados en *Dialéctica* en los que también se reflexionaba sobre la

⁶¹ Dice Ponce de Tolstoi: “Vocero del campesinado en la etapa preparatoria de la revolución, Tolstoi sólo puede enseñar a los obreros su crítica implacable del Estado explotador. El proletariado se apropiará de esa herencia y la incorporará a su cultura; y aunque rechazará como ajeno a la Revolución el tolstoianismo sensible y gembundo, no por eso dejará de comprenderlo como «reflejo» de las debilidades que llevaron al fracaso a la revolución burguesa campesina de 1905. En la herencia que el proletariado ha recogido entre todas las grandes obras del pasado, sobrevivirá la protesta de Tolstoi, pero no su desesperación”.

⁶² Un anexo al final de este trabajo se encuentran los números de edición, fechas y traductores de cada artículo.

intelectualidad y sus conflictos, el origen de clase y el compromiso social frente a las coyunturas críticas. Ponce también opinaba sobre O'Neill y su producción y recomendaba lecturas y traducciones de obras literarias de distintos autores norteamericanos. Ensayó una comparación entre el dramaturgo norteamericano y su amigo, John Reed, representantes ambos de la pequeña burguesía, pero que expresaban “dos actitudes, dos caminos. Por un lado, el que lleva a creer que es la vida un «extraño interludio» en la obra de Dios [O'Neill]. Por el otro, el que conduce a descubrir la bruma rosada del amanecer, que sólo la Revolución puede devolver al hombre la «fertilidad perdida» [Reed]”.⁶³

Sin duda, la revista era para su editor un instrumento de revisión ideológica. Por ejemplo, el comentario en el primer número al texto de Lukacs sobre el realismo de Zola resulta ineludible leerlo en una suerte de paralelismo implícito entre Zola e Ingenieros, con cuyas concepciones positivistas Ponce había roto.⁶⁴ Con Lukacs, al considerar la crítica de Zola al régimen social capitalista, Ponce afirmaba que hasta el final de sus días el escritor francés se decía socialista pero solo cuestionaba los “lados malos” del capitalismo y sostenía un organicismo social caracterizado por la armonía entre las partes. Para Ponce la obra de Zola sobrevivió porque desmentía su doctrina y demostraba que detrás de las armonías propias de la sociología burguesa se presentaban las contradicciones reales.

El ensayo de Gorki “A propósito de la cultura” le sirve a Ponce para exponer algunos tópicos abordados en el Congreso de escritores de París del año anterior con respecto a la intelectualidad contemporánea y sus disyuntivas históricas. Los análisis de Gorki

⁶³ *Dialéctica*, Año I, N° 4, Junio 1936.

⁶⁴ En 1937 en un reportaje que le hacen en la ciudad de México ubica a Ingenieros como un precursor, maestro de su juventud, pero “cuya ideología no podemos mantener”. Ver: Terán, O. “Aníbal Ponce o el marxismo sin nación”. Op. cit., pág. 174.

sobre Tolstoi, Chejov y Andreiev le ayudan a explicar el devenir del propio Gorki. Ponce afirma que en Tolstoi el pensamiento era un mal, en Chejov era el desconcierto y en Andreiev una mala pasada que el demonio jugó al hombre. Oponiendo la “verdad” y el “realismo” de Gorki a la “libertad” del artista perseguida por Andreiev, cita al primero: “sucede muy rara vez que la realidad sea más hermosa que el relato”. Ponce considera de conjunto las idas y vueltas de Gorki, con sus zigzags, y encuentra que su impulso vital fue apostar al éxito del proletariado. “Suerte envidiable la suya” decía Ponce, Gorki “pudo afirmar que «tuvo la suerte de vivir en la edad más extraordinaria de la humanidad», para quien la Historia tenía reservado el espectáculo inenarrable de una realidad social mucho más hermosa que los sueños”.⁶⁵

El texto “Marx y la literatura mundial” de F. Schiller publicado en *Dialéctica* N° 6 resumía los conocimientos de Marx y Engels en la materia y el vínculo entre condiciones económicas y representaciones subjetivas que estos autores descubren y desmenuzan en las obras. Ponce, en su comentario, se posiciona a favor de un arte realista diferente del arte burgués (que reproduce el orden establecido y exalta el talento individual), preconizando la búsqueda de un arte requerido por la sociedad socialista. Glosa unas cartas a Mehring, no traducidas hasta ese momento, en las que tanto Marx como Engels lo invitaban a que se “shakespearizara”. Según Ponce “el consejo llevaba consigo toda la doctrina actual del realismo socialista”. Nuevamente, se trataba de enfocar dialécticamente la relación entre política y arte, evitando el mecanicismo y jerarquizando la especificidad del arte. Agregaba: “Para los artistas de la izquierda de hoy que no conciben el arte sino como un enorme afiche, ¡qué impresión más extraña han de causarles estos fundadores del

⁶⁵*Dialéctica* N° 5, *op. cit.*, pág. 259.

marxismo que señalan como un defecto gravísimo, la tendencia política demasiado visible!”.⁶⁶

La lucha entre fascismo y democracia, tal como se presentaba en el momento, obligaba a los intelectuales a tomar posición y ponía en cuestión el conservadurismo burgués, el individualismo y el afán de evasión de alguno de ellos. Esta toma de partido implicaba para Ponce la recuperación de la herencia cultural de la humanidad reelaborada desde el punto de vista del proletariado. Sin embargo, no siempre se encuentra en sus escritos una jerarquización de las bases materiales que sostienen y reproducen la cultura como monopolio de las clases dominantes, su relación con la lucha por el poder, y con él por los medios de producción, comunicación y distribución de la cultura, cuestiones que por el contrario aparecen esbozadas en su discurso “Condiciones para una universidad libre”, ya citado. Es que la lucha planteada en la cultura nunca podría ser reducida a los contenidos y las formas sin atender a las condiciones objetivas que la producen: para una recuperación crítica y una reelaboración de la herencia cultural era y es necesario destruir las estructuras materiales sobre las que se sustenta aquella herencia, a partir de la transformación de las condiciones de existencia de las grandes masas y de un trastocamiento de las relaciones sociales vigentes.

Donde podemos encontrar un tratamiento explícito por parte de Ponce de la cuestión del poder, superando las limitaciones de su primer obra marxista “Educación y lucha de clases”, es en las páginas de *Dialéctica* dedicadas a la educación y a los análisis históricos. En el comentario marginal referido a “La instrucción Pública bajo la Comuna” de Maurice Dommanget (maestro rural, sindicalista docente francés) Ponce entrelaza varios conceptos

⁶⁶ *Dialéctica* N° 6, *op. cit.*, pág. 319.

clave del materialismo histórico. Allí, explicando el hito histórico para el socialismo que significó la Comuna de París, destaca, con Marx y Lenin, la necesidad de la toma del poder y la destrucción del aparato estatal burgués para lograr el cambio educativo, alertando también sobre los límites de la Comuna por la falta de preparación del proletariado (carente de organización política y de claridad en los objetivos). El texto de Ponce se iniciaba con el saludo de Marx a pocos días de instalada la Comuna, y volcaba conceptos similares de Lenin, en particular respecto al impulso que la Comuna dio a la instrucción gratuita. Siguiendo a Dommanget nuestro editor afirmaba que: “El primer poder obrero que la historia conoce protegió la cultura, defendió los museos, alentó a los artistas y a los sabios, abrió las escuelas para todos, afirmó la necesidad de la enseñanza integral... Si es verdad que alguien sentenció cierta vez que una ‘revolución no necesita sabios’, no ha sido el poder obrero quien lo dijo”. Y agrega que “entre tantas emociones que le debo al París actual del ‘Frente Popular’, un mitin clamoroso en la sala de la Mutualité, en que se codeaban los obreros y los sabios” (...) y “un enorme cartel –de pared a pared– gritaba con la voz de los obreros: ‘la ciencia y el arte están con nosotros’.”⁶⁷ Seguramente discutía con aquellas visiones economicistas y pragmáticas del comunismo argentino que minimizaban el valor de la cultura para la lucha revolucionaria, reduciéndola a un “pasatiempo” o “entretenimiento” para las masas o a una simple fuente de “recursos” para el partido. Por el contrario, el énfasis de Ponce en este plano impulsaba otro desarrollo de la línea cultural del comunismo argentino que se desplegaría en el período siguiente.⁶⁸

⁶⁷ *Dialéctica* N° 2, *op. cit.*, pág. 9.

⁶⁸ En tal sentido, un exponente destacado de esta vertiente sería Atahualpa Yupanqui quien en 1946 consideraba, desde las páginas del periódico partidario, a la cultura como

Entre las reseñas de libros y revistas vinculados al tema educativo hay que destacar la mención y comentario de la revista mensual de Madrid “La nueva pedagogía”, haciéndose eco de las novedades que la lucha del pueblo español promovía. También destaca la nota del soviético B. Gruzdev sobre “El proletariado y la educación”. En su comentario, Ponce insiste en develar el papel del Estado en la educación, papel que en “Educación y lucha de clases” aún no había sido profundamente abordado desde la perspectiva marxista. Sostiene Ponce que Gruzdev –a quien considera conocedor profundo del pensamiento pedagógico de Marx y Engels y el más actualizado con respecto a sus contemporáneos– combate la “ilusión muy difundida en los ambientes pedagógicos de la pequeña burguesía que mediante determinados tipos de ‘escuelas nuevas’, o de ‘repúblicas escolares’, se podrá algún día, renovar la sociedad”(…). “Ingenua porque demasiado bien sabemos hoy que ninguna transformación profunda en las escuelas ha precedido sino seguido a las revoluciones”(…). “Aparato al servicio de las clases dominantes –a igual título que el ejército, la policía o la justicia– la escuela se ha propuesto siempre conformar la mentalidad de las clases explotadas para que acepten en buen grado su situación nada envidiable” (...) y agrega que durante el siglo XIX la burguesía se proclamó campeona de la educación popular y esto en sus manos condujo a un desastre. El tratamiento por Ponce de estos aspectos decisivos del problema educativo no ha sido suficientemente valorado por la bibliografía sobre su obra. Esto resulta importante para evaluar el grado de ruptura de nuestro autor con la tradición “sarmientinista”, que fue la suya, en torno al papel de la educación.

fruto gestado en la producción popular y un reservorio a través del cual –mediante la práctica, la crítica y el conocimiento creativo– las masas sacan a luz sus sufrimientos y esperanzas, toman también conocimiento de las causas de su opresión y se acercan al marxismo como instrumento para eliminarlas. Federici, Rita. La voz de los pueblos originarios en la obra de Atahualpa Yupanqui. Actas de las II Jornadas de Historia, Arte y Política, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 2011.

En lo referente a los temas históricos, en los comentarios de Ponce hay un esfuerzo por integrar el análisis de las condiciones económicas, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción, con los procesos sociales y políticos y la lucha de clases.

La muestra más destacada en esta búsqueda suya de integración del materialismo histórico con la realidad es el ensayo titulado “Examen de la España actual”, publicado en septiembre de 1936, a escasísimos dos meses de iniciada la guerra civil en ese país y en pleno despliegue de la defensa de Madrid, de tanta resonancia internacional. El texto tuvo como base las conferencias pronunciadas en el Colegio Libre entre el 16 y 18 de agosto y constituyó el artículo principal del último número de *Dialéctica*, coronando así su tarea intelectual en aquel año decisivo en Argentina y el mundo.

Allí avanza en delinear los rasgos esenciales de la formación económica y social española. En dicho análisis, retomaba una apreciación que hiciera Sarmiento en 1846: “España marcha a destiempo”. Éste era el disparador para fundamentar desde el materialismo histórico la encrucijada de la revolución española abierta con la guerra civil. Remontándose hasta el siglo XIII, señala que el feudalismo se perpetuó por el trabajo campesino y el oro del botín colonial americano, con una burguesía incapaz de generar riqueza, débil y decapitada, cuyo brotes iniciales fueron cercenados para siempre en Villalar en 1521. “Primera de todas las burguesías revolucionarias”, esa burguesía precoz tenía entre sus filas un importante núcleo que sostenía incluso una rebeldía religiosa contra el poder de Roma.⁶⁹ La España negra monárquica y feudal derramó los “frutos del árbol de oro” americano y el pillaje

⁶⁹ En Villalar se libró la batalla final entre los comuneros de las ciudades castellanas alzadas contra el absolutismo de Carlos V en 1521.

colonial solo le sirvió para importar manufacturas y endeudarse, arrastrando una crisis entre dos vecinas “afebradas, la Inglaterra y la Francia: la Inglaterra que había iniciado ya la formidable revolución industrial del siglo XVIII; la Francia, que maduraba la más perfecta de las revoluciones de la burguesía”. Destaca Aníbal Ponce que “la burguesía española, deshecha en el siglo XVI, algo más entonada durante el curso del siglo XIX, pretendió en seis ocasiones arrebatarse el poder al feudalismo: 1808, 1812, 1820, 1854, 1868 y 1873”. En las seis oportunidades fue derrotada.

La breve reseña histórica que ofrece al lector permite trazar un bosquejo de la formación económico social española, explicando el predominio reaccionario y feudal a partir del análisis de la estructura latifundista que perdura hasta casi la Primera Guerra mundial, mostrando la castración de la burguesía española, el peso de la Iglesia como la gran propietaria feudal y la existencia de una burocracia monárquica y militar parasitaria: “Latifundistas, clero, ejército y burocracia formaban en conjunto el edificio enorme que se mantenía casi por entero del trabajo campesino”.

Por otro lado, rastrea la génesis y características particulares de la clase obrera española, y su crecimiento al calor de desarrollo de la industria local, estimulada luego por la Primera Guerra. Señalaba sin embargo que “con una agricultura en las condiciones feudales que conocemos, la industria se sentía trabada. La rivalidad económica del Norte contra el Sur —carbón, hierro y algodón, contra el aceite, el vino y el trigo— adquirió por momento una violencia que presagiaba la insurrección”. Analizando en cada etapa las relaciones sociales dominantes y la lucha de clases, va caracterizando a las particularidades de la clase obrera española, de la pequeña burguesía y de la burguesía. Con la repercusión española de la crisis mundial, durante la República instaurada en 1931, finalmente, la pequeña burguesía, el campesinado y una parte

de las masas obreras comprendieron que “no por decirse república era tal”. Con un detallado análisis histórico de las clases y de sus expresiones políticas e ideológicas, explica las causas de la crisis que se abrió con la Insurrección de Asturias en 1934 y su derrota, como así también el decisivo papel de la clase obrera y del Frente Popular contra la derecha, los monárquicos y el golpismo fascista de Franco y Sanjurjo, en un relato que articula íntimamente el pasado y el presente español, la base económica y la superestructura, las condiciones objetivas y la acción subjetiva de clases y grupos sociales. Extrae una conclusión general: “La república de «over-all», que está ahora con el arma al brazo, es el hecho más decisivo de la historia de España (...) Desde la actual república en traje de mecánico, España acaudilla a los trabajadores del mundo (...) El proletariado en armas que ha salvado al gobierno del Frente Popular (...) tiene ya a su lado a todas las fuerzas vacilantes de la pequeña burguesía que hasta ayer lo miraban con recelo. Y si esa alianza se ha formado sobre todos los frentes es porque resulta indudable que en este momento de la evolución del mundo no hay más que dos líneas de enemigos: de un lado, un puñado de explotadores que el capitalismo internacional apoya; del otro, la totalidad de los explotados que la vanguardia proletaria arrastra. No es la defensa de un orden lo que ha hecho levantar a España su puño cerrado: es la convicción ardiente de que ha llegado la hora de cumplir las promesas tantas veces traicionadas. Y puesto que la burguesía se mostró incapaz, ahí está la clase obrera para cumplirlas con sus propias manos. Con esta diferencia que señala la altura del tiempo en que vivimos: cuando la clase obrera de hoy se dispone a realizar la revolución democrática ésta no puede ser sino el prólogo de la revolución socialista”.

A pocos meses de la guerra, este profundo y notable análisis, lejos de toda interpretación demo-liberal de la lucha antifascista, integraba la teoría leninista de la hegemonía proletaria con la realidad española

y le permitía sopesar las dificultades que amenazaban al campo popular alertando contra las perspectivas abiertas por “el golpe restaurador” y el terror blanco que impondría el fascismo en España. Respecto del campo popular constataba que el bloque antifascista apenas había atenuado sus diferencias políticas. Y se preguntaba: “En el supuesto de que la insurrección quede deshecha, ¿las milicias obreras que han salvado a la república, serán capaces del suicidio que implicaría deponer las armas? Si las retienen, y se convierten de hecho en el brazo armado de la nueva república, ¿podrán resistir la ofensiva fascista internacional que apoya a los insurrectos y que provocará después la inevitable intervención? ¿Disponen las masas obreras, en este mismo instante, de la organización adecuada y de los ‘cuadros’ suficientes? Las dos primeras preguntas son imposibles de contestar, pero dependen, en gran parte, de la última”. Así, apostando al desarrollo del factor subjetivo, inspirándose en Lenin, sostenía que las “deficiencias del movimiento obrero español” irían desapareciendo en el curso mismo de la lucha.

Ponce no viviría para conocer la derrota republicana de abril de 1939 ni su eslabonamiento con la Segunda Guerra Mundial. Pero su apuesta a la victoria contra el fascismo de la mano de la clase obrera, a partir del análisis histórico, expresaba una tendencia universal en desarrollo.

Dialéctica y los ecos de la AIAPE

El posicionamiento particular de Ponce respecto del rol de los intelectuales en la coyuntura política, de una forma u otra se iba desarrollando a lo largo de los números *Dialéctica*. Pero es en el N° 6, donde explícitamente formula el papel que los intelectuales deben jugar en esas horas decisivas. Con respecto a la AIAPE, destacaba la importancia de que “por primera vez trabajadores intelectuales” [80 artistas y escritores] “acostumbrados al individualismo díscolo” se

reunían ante el llamado imperativo de la historia, porque “no actuar empezaba a ser una de las formas de la complicidad”. Y agregaba: “Un año ha transcurrido desde entonces. La oportunidad de este mensaje –desmesurado en opinión de algunos; injustificado para otros– resalta hoy, tal vez más que ayer, con evidencia plena”. Ponce reivindicaba: “Desde el frente cultural que nosotros defendemos, nos cabe el honor de haber señalado la amenaza cuando eran muchos todavía los que nos acusaban de alarmismo, o de dócil imitación de extranjerías”.

Evidentemente, le resultaba imprescindible enumerar los logros de ese año en que estuvo en la dirección de la asociación. De un centenar de asociados se había llegado a dos mil; se ampliaron las regiones de influencia y fue creciendo el número de filiales que adoptaron las bases de la asociación en Rosario, Tandil, Paraná, Corrientes, Tucumán, Tala y Crespo; y en tres países: Chile, Uruguay y Paraguay. Con ello daba cuenta de la extensión y profundidad de la influencia alcanzada a solo un año durante su gestión. Además destacaba las menciones elogiosas que recibió la AIAPE en ese período por parte del *Comité de Vigilance* des Intellectuels Antifascistes (1934-1938) en París. Subrayaba especialmente la coherencia en sostener los principios del “Manifiesto” inaugural de defensa de la cultura nacional frente a la ofensiva fascista, promoviendo actos públicos, pronunciamientos y declaraciones.⁷⁰

Entre las actividades realizadas mencionaba: el acto en homenaje a Barbusse, la declaración contra la condena a Raúl González Tuñón, la lucha contra la expulsión de quince alumnos de la Escuela de Bellas Artes, pronunciamientos ante los agravios a escritores

⁷⁰ El Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas (CVIA) fue fundada en marzo de 1934 en París, reunía a los intelectuales franceses decididos a oponerse al ascenso del fascismo. Algunos consideran que este nucleamiento fue un precursor del Frente Popular.

argentinos por parte de la derecha en la Cámara de Diputados. Se trataba de los pronunciamiento por el derecho a asilo del exilado boliviano Tristán Marof (uno de los fundadores del POR), contra el irregular encarcelamiento del escritor Héctor Agosti, contra el secuestro del libro “Tumulto” de José Portogalo, el repudio a las acusaciones contra este último autor y la censura contra el pintor Demetrio Urruchúa, todos ellos militantes comunistas. A la vez, se habían organizado charlas en las filiales del interior y enviado oradores y guías de lecturas requeridas por los interesados.

Ponce también opinaba sobre los aciertos, errores, críticas y límites de los tres números de revista *Unidad*, órgano de AIAPE. La publicación, hermosamente presentada, había producido un primer número monótono pero que se transformó “en riqueza de variedad de voces y temas en las siguientes ediciones”. Sin embargo, no había logrado superar “la estrechez económica” ni pudo ser un factor de aglutinamiento de los socios dispersos. De todas formas, Ponce anunciaba, el problema económico quedaría resuelto a partir de su negociación con una editorial que concretaría las próximas ediciones sin costos para la asociación.

En una reflexión de balance más profunda, respecto del campo de los intelectuales a aglutinar, ratificaba que “el educador necesita ser educado”: advertía sobre la dificultad en modificar lo ya aprendido y también los grados en que se ignora la realidad en que se vive. “Años y años de educación inspirada en un criterio más o menos «humanista» han interpuesto entre nosotros y la vida una cortina tan tupida que los científicos y los artistas desconocen por igual las realidades sociales en que viven. A punto tal que la tarea más concreta o el problema más trivial resultaba muchas veces una audaz exploración en lo desconocido”. Toda una orientación de largo plazo, articulando acción política y debate ideológico en el campo cultural, podía inferirse de sus palabras.

Finalmente, con una metáfora elocuente concluye: “Por eso al entregar a otras manos el comando honroso, la comisión saliente no quiere disimular que ha tenido el honor de dirigir una agrupación en la que están ya algunos de los profesores más insignes, algunos de los escritores más ilustres. Deja su sitio, por eso, sin temor y sin dudas. Grave es la hora argentina que vivimos. Pero la humilde patrulla de hace un año casi no se reconoce en esta fuerte columna de hoy en día. Que ella resuelva ahora, a través de su asamblea soberana, a quiénes ha de entregar de nuevo la dirección que un día nos confió a nosotros. La devolvemos hoy, enriquecida con nuestra experiencia, aliviada de nuestros errores”.

Estas formulaciones de balance, publicadas por Ponce en *Dialéctica*, aparecen como una defensa de un posicionamiento político-cultural que se abrió paso frente a cuestionamientos y críticas en el seno de la intelectualidad de izquierda a los que ya hemos referencia. A la vez, se debe destacar el decisivo influjo que su figura tuvo en la joven generación que se nucleó y salió a la lucha política en esos años.

La exoneración y su último giro, ignorado por sus biógrafos

En septiembre de 1936 aparece el séptimo y último número de *Dialéctica* con el único artículo: “Examen de la España actual”, al que ya nos referimos, y abundantes comentarios de revistas y libros.

En esos meses se discutía el proyecto de ley para la represión de las actividades comunistas, propiciado por el senador por la provincia de Buenos Aires, Matías Sánchez Sorondo, y Carlos Serrey de Salta. El 24 de noviembre de 1936 Matías Sánchez Sorondo pronunció en el Senado su proyecto a favor de la ley de represión al comunismo. Días antes, el 5 de noviembre de 1936, Aníbal Ponce fue exonerado de su cargo por el Ministro de Justicia e Instrucción Pública Jorge

de La Torre. Aunque la exoneración formal se fundamentaba en no tener “título habilitante”, resultaba evidente que en el trasfondo se castigaba su adhesión al comunismo.

Más aún, el Rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario en su nota a Ponce le anunciaba la exoneración “por considerar que su actividad como director y colaborador de la revista *Dialéctica* y como autor de otras publicaciones que llevan su nombre... están dentro de las actividades condenadas por el Ministro de Instrucción Pública”.⁷¹

Se ha sostenido que la cesantía de Ponce así como la de Gregorio Bermann y otros estudiantes y docentes formaban parte de una ofensiva para avanzar en la implantación de la enseñanza católica en las escuelas públicas. “Fue Lisandro de la Torre en el Senado quien defendió a Ponce de los ataques reaccionarios de Sánchez Sorondo y Martínez”.⁷²

La situación de Ponce en 1936, a partir de la exoneración, fue compleja. Sin cargo rentado como docente del Estado, sin apoyo económico, ni estipendio por parte de la CLES o de algunas de las instituciones en las que participaba, con pocas posibilidades de transformar la publicación *Dialéctica* en un medio rentable, no se desplegó una campaña activa a su favor ni se registran pronunciamientos con esa orientación por parte de los referentes culturales del PCA. Ponce eligió el autoexilio.⁷³

⁷¹ Según Manzoni, la revista *Criterio* del 5 de noviembre de 1936, comentando favorablemente resolución sentenciaba que “enfermos de esa peligrosa índole no pueden ser profesores, ni funcionarios, ni pueden ocupar sitio alguno en el servicio de la Nación. Manzoni, C. Op. cit. Pág. 2

⁷² Miguel Carlos Lombardi. “Una nueva etapa en la cultura argentina”, en *Cuadernos de Cultura*, N° 35. Año VIII, Mayo de 1958. Pág. 46.

⁷³ Se debe tomar en cuenta que en esos años Córdova Iturburu, crítico como ya vimos de la figura de Ponce, escribía en *Orientación*, semanario de actualidad del PCA, con varias páginas dedicadas a temas culturales: arte, historia, música, plástica, teatro. El semanario desarrollaba en ese momento una campaña intensa por la libertad del joven estudiante

El Primer Congreso Nacional de la SADE realizado en noviembre del mismo año, como reconocimiento a su labor, eligió a Ponce para la vicepresidencia: “Este congreso probó que los escritores argentinos [...] reclaman como cosa vital la de expresar libremente su pensamiento. [...] Una de las afirmaciones de esa actitud, “fue la elección de Aníbal Ponce para la primera vicepresidencia”, quien “con extremada delicadeza no aceptó el honor ni asistió al congreso”, según Giusti.⁷⁴

Desde 1937, ya en México y bajo el gobierno de Cárdenas, ejerció la docencia en psicología, ética y dialéctica en distintas universidades. No se le cuestionó allí su falta de títulos para ejercer la docencia ni sus posicionamientos políticos constituyeron un obstáculo para ello. Seguramente fueron valorados sus conocimientos y calidad docente, en contraste con lo sucedido en la Argentina. Al mismo tiempo, se integró a la vida política, pronunció conferencias, colaboró con artículos en distintas publicaciones y se afilió a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. En ese país que había sido profundamente conmovido por la revolución, con la irrupción de las masas campesinas más oprimidas movilizadas, y en un período de reactivación de los movimientos populares y de reformas nacionalistas, Ponce pudo palpar allí simultáneamente la dimensión de la lucha nacional y la presencia activa de las poblaciones indígenas. Nuevamente, es a través del contacto práctico con los procesos sociales que lo ponen de cara a realidades que confrontan sus conocimientos y sus posturas previos, como avanza en revisar sus concepciones sobre “la cuestión indígena y la cuestión nacional”.

Héctor Agosti, como parte de las acciones políticas del PCA. Por su parte, Terán interpreta que Ponce, con el autoexilio mantenía “el gesto romántico que inaugura Marx del que no podían sustraerse los primeros marxistas latinoamericanos”. Terán, O. “Aníbal Ponce o el marxismo sin nación”. En *En busca de la ideología argentina*. Catálogos Editora. Bs. As., 1986. Pág. 173.

⁷⁴ Citado por Manzoni, C. *Op. cit.*, pág. 5.

Siguiendo la propuesta de aquellos biógrafos que reconstruyen su itinerario político-ideológico según las ciudades que visitó, los años de su vida o los textos de viraje en sus concepciones, su estadía mexicana en 1937 y su ensayo sobre “La cuestión indígena y la cuestión nacional” constituyen a todas luces una nueva etapa con la que culmina su trayectoria.

Efectivamente, este texto marca un salto –poco considerado por sus biógrafos– en la profundización del marxismo. Oscar Terán afirma: “Quiso la ironía brutal de la expatriación que Aníbal Ponce entreviera los rostros hasta entonces ciegos de la nacionalidad y aún del indigenismo desde una América tan diversa de aquel Buenos Aires que identificara más de una vez con la civilización, el euro-peísmo y la revolución”.

Consideramos que ese contacto práctico con la realidad mexicana se articula en esta cuestión con su profundización en el conocimiento del marxismo revolucionario a través del leninismo, implícita ya en su análisis de la historia de España. Al respecto, Ponce afirma sobre el problema nacional en los países latinoamericanos: “«El problema de la liberación nacional» se ha revelado tan inextricablemente unido a la lucha antiimperialista que lo que fue, hasta ayer, consigna de la burguesía, ha pasado a ser, con distinto contenido, consigna del proletariado. Ese cambio radical en la manera de plantearlo –no hay solución al problema nacional sin ruptura con el imperialismo– nos está indicando no sólo el nuevo clima dentro del cual ha comenzado a vivir la «cuestión nacional», sino la jerarquía que ha asumido en la lucha revolucionaria de las grandes masas”.

Para Terán, por esta vía, Ponce “parece desanudar la antinomia civilización/barbarie”, pero este proceso, interrumpido por su muerte, se habría detenido “en los prolegómenos de lo que podría haber desembocado en la revisión de ciertas matrices teóricas desde

las que acuñaban su marxismo”, reelaboración con “un marcado aire de exterioridad e incluso de sobreimpresión de categorías”.⁷⁵

Ciertamente, entender la cuestión nacional y la cuestión indígena en la Argentina requerían a la vez de una comprensión del carácter dependiente, oprimido por el imperialismo, de la formación económico social del país, así como de un acercamiento y una práctica colectiva común, en particular con los pueblos originarios que habitaban el territorio nacional, doblemente oprimidos en tanto integrante de las clases explotadas y en tanto pueblos, desterrados en su propia tierra, ignorados sistemáticamente por la ideología dominante, y desvalorizados por las concepciones predominantes tanto de la izquierda como del nacionalismo que ponían a foco en esa década la dependencia argentina sin profundizar en la crítica a fondo de la concepción de “nación blanca” impuesta por la ideología dominante.⁷⁶

En el caso del PCA su vinculación con las comunidades originarias –invisibilizadas y negadas su identidad incluso por ellas mismas– y la influencia que este vínculo podía brindar a los intelectuales amigos y allegados al partido durante la década del 30, habían estado restringidas por las discusiones en torno a la estrategia y la táctica desplegadas desde 1928 a 1935.

Iniciada ya la década del 30, dentro del PCA y entre los intelectuales democráticos y de izquierda avanzaron los debates sobre la cuestión nacional y la cuestión indígena. Algunos de ellos

⁷⁵ Terán, O. *Op. cit.*, pp. 173 a 177.

⁷⁶ Al respecto, una excepción entre los intelectuales de izquierda en ese período lo constituirá Liborio Justo, quién valorizó la lucha antiterrateniente de las poblaciones indígenas o la de algunos escritos y artistas que indagan, por ejemplo, sobre la situación de los mensúes y de los obreros rurales en el interior del país. Ver: Mateu, C. « Encuentros y desencuentros entre dos grandes obras: El río Oscuro y Las aguas bajan turbias (Argentina, 1943/1952) », Nuevo Mundo Mundos Nuevos n°12-2012, Images, mémoires et sons, 2012. URL : <http://nuevomundo.revues.org/63148>.

se cifran en la valoración de la figura del gaucho, en torno a la existencia y organización de las poblaciones indígenas en aquellos momentos, en torno a qué rescatar de la historia y la cultura nacional frente a la penetración imperialista. En este sentido, Ponce habría ido haciendo un recorrido al compás de los posicionamientos más avanzados del PCA al respecto. Al mismo tiempo y por eso mismo, los alcances y límites de su comprensión y conocimiento de estos temas estuvieron menos ligados a su formación previa y sus capacidades personales que a la síntesis de la experiencia política que un colectivo partidario pudiera brindarle. Una tarea que implicaba un proceso de conocimiento y de práctica en las zonas rurales, en particular de las regiones extrapampeanas, y con los sectores sociales invisibilizados y más alejados de las grandes ciudades, lo que conducía a una ampliación y complejización de la caracterización de las clases y sectores oprimidas del país.

México, efectivamente, le facilitó la visualización y comprensión de las masas indígenas, su ser social y las condiciones de su opresión. Enfocando el rol de la conquista española y la evangelización del indio, dirá Ponce: “Frente a la cruda explotación de las masas indígenas, resultaron de un humorismo sangriento las graciosas mercedes de las Leyes de Indias (...) Las reservas enormes de los trabajadores indígenas permiten que el capital invertido consiga un resultado imposible de lograr en los países no fascistas del mundo occidental. Salarios miserables, jornadas de trabajo incontroladas, debilidad o ausencia del movimiento sindical, venalidad escandalosa de gobernantes y burócratas...”

Respecto de la Argentina decía “Verdad es que la revolución de la Independencia multiplicó las proclamas y las promesas. «Nosotros y vosotros que hemos nacido en este suelo, seremos los gobernadores», decía un emisario de la Revolución, en 1812, a los indios pampas de la Argentina. Pero «nosotros» y «vosotros», una

vez conseguida la independencia de España, continuaron viviendo con el abismo de por medio que la Colonia había cavado”.

Con respecto a la figura del gaucho, también Ponce, a lo largo de su recorrido intelectual, fue poniendo progresivamente el centro en las condiciones de explotación de ese sujeto social tan frecuentado por la literatura. En 1929 asumía todavía el desprecio sarmientino contra la “barbarie” del gaucho. Enfocando su origen en el período rosista, sostenía que: “Los elementos conservadores del país tuvieron en él [el gaucho] su aliado natural, y frente a la sociedad “civil” por la cual se venía luchando desde Vértiz a Rivadavia [sic], la barbarie gaucha echó las bases de una sociedad “militar”, el caudillismo y la tiranía. Incapaz de trabajo por inveterada indolencia, pendenciero y anarquista por hábito de guerra, no pudo hacer de la Nación sino un conglomerado de pequeños señoríos”. La caída del Rosas habría permitido retomar el camino de la revolución de Mayo y el gaucho se habría convertido en leyenda por mérito de la literatura que lo exalta como “Sombrío caballero perseguido a quien dioses extraños arrebatában la tierra”.⁷⁷ Es decir, campea en él aún la visión de la historia y de la sociedad impuesta por la oligarquía liberal.

Sin embargo, en agosto de 1934, aquellos “dioses perseguidores del gaucho” comienzan a tener identidad social para nuestro autor. A propósito de los discursos del diputado Demetrio Buira pronunciados en 1933 en ocasión de la ley de carnes, donde afirmaba que “mientras que por un lado podemos observar el refinamiento de las haciendas por el alto grado de su mestización, por el otro contemplamos acongojados la degeneración del peón criollo por la bárbara e inhumana explotación de que es objeto”, Ponce se suma a la denuncia de Buira contra los privilegios de los grandes terratenientes ganaderos. Distanciándose de lo que

⁷⁷ “La leyenda del gaucho”. En “El viento en el mundo”. OC, T 3, pág. 156

considera una óptica “nacionalista”, subraya sin embargo que Buira hacía un análisis necesario para enfocar adecuadamente la realidad campesina, calificando a los gauchos como “nuestros obreros del campo”, “los que después de haber gemido durante años en un trabajo que agota quedan abandonados a su propia suerte «como el basto que pierde la paja o la cerda y no sirve para armar el recado»”.⁷⁸

En diciembre de ese año comentando “Vida de Martín Fierro” del español José María Salaverría, Ponce argumentaba que era la falsa la afirmación de que el Martín Fierro “traduce las angustias de una raza hasta ayer varonil e independiente, pero a la que inmigrante gringo fue hundiendo en la miseria con su codicia sin alma” pues considera que el dolor gaucho era anterior a la “invasión del gringo”: “mucho antes de «la civilización de la máquina», en tiempos de «la civilización del caballo», ya andan a millares los gauchos arrojados de su propia tierra por la codicia de algunos compatriotas influyentes”.⁷⁹

Destaca, por otra parte, la importancia del documentado libro de Rómulo Muñiz, “El Gaucho”, porque aporta y ordena materiales de primer orden para clarificar los rasgos más esenciales de “este extraño tipo social que apareció en la colonia”, que demuestran que fueron “las clases dirigentes durante el virreinato y la república las que más contribuyeron entre nosotros a la miseria y barbarie rural argentino”. Por eso mismo, critica el elogio fervoroso de este autor al “antiguo espíritu patricio de las clases directrices”.

Finalmente, encontramos en 1937 y ya en México, otro texto en el que valoriza la figura de Pepe Podestá, quien llevó el folletín más popular del teatro “del picadero al tablado”, reiniciando “el teatro

⁷⁸ “Demetrio Buira: «Dolor gaucho»”. En “Los autores y los Libros”. *O.C.* Tomo 4, pág. 488.

⁷⁹ José María Salaverría: “Vida de Martín Fierro”, en *Los autores y los libros*, *O.C.* Tomo 4, pág. 149

argentino sobre un plano muy distintos: lejos del falso ambiente culterano, junto al corazón de las masas populares”. En particular, destaca Ponce su representación de “Juan Moreira”, “símbolo del gaucho perseguido” y en él valora ahora que “encarnaba las protestas todavía inconscientes de las masas populares contra el capitalismo imperialista que la trituraba”.⁸⁰

Ponce, emblema del intelectual de izquierda

La crisis de la década del 30 y la agudización de los antagonismos entre las fuerzas político-sociales emergentes, mostraron sin cortapisas el vínculo estrecho entre las condiciones político-económicas y el proceso cultural, imponiendo un nuevo rol de los intelectuales en la arena política. En ese sentido, Ponce como referente de intelectualidad argentina adquiere un papel activo, aportando con investigaciones y la producción de ensayos, también participando en diversas iniciativas de información y difusión de las propuestas políticas más avanzadas para enfrentar el ascenso del fascismo (y sus correlatos culturales) en ese momento, motorizadas fundamentalmente por la URSS, el movimiento comunista internacional y en la Argentina el PCA.

El papel de Aníbal Ponce en este sentido fue clave en la formación de la corriente antiimperialista y democrática por aquellos años. Innumerables testimonios y biografías de militantes e intelectuales de izquierda, de diversas y prolongadas trayectorias en el campo político y en el campo cultural, dan cuenta de la importancia iniciática o reveladora que en su formación política e ideológica tuvieron muchos de sus textos y su figura.

⁸⁰ Pepe Podestá, O.C, T4, pág. 647

Sin duda, Ponce inicia desde joven el mismo recorrido que hicieron por entonces muchos de los intelectuales de la Argentina y del resto del mundo, conmovidos por el avance del proletariado, acercándose a las posiciones del comunismo y en muchos casos incorporándose al partido. Recorridos, que en un proceso histórico inaugurado con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, se orientan al compromiso político y social con la función esencial de comunicar la verdad, denunciar las injusticias del capitalismo y producir orientaciones culturales e ideológicas en esos momentos de grandes mudanzas políticas y sociales. La adhesión a la revolución triunfante obligaba a desocultar las formas de explotación, cuestionar al sistema capitalista y difundir las transformaciones revolucionarias necesarias, rompiendo con las viejas tradiciones culturales dominantes.⁸¹

Aníbal Ponce siguió un derrotero vertiginoso que fue desde el intelectual formado en el humanismo y positivismo decimonónico, paradigmático para el caso argentino, al intelectual comprometido con la causa proletaria en el siglo XX.⁸² Fue un factor esencial en ese viraje su participación activa en el campo cultural, su inserción y preocupación por la política nacional y mundial que condujeron a cuestionar su viejo andamiaje teórico y a acercarse y profundizar en el materialismo dialéctico.

Para definir su grado de compromiso político y orgánico con el PCA es necesario tomar en cuenta la relación que la organización partidaria estableció con aquellos intelectuales que se incorporaron masivamente a sus filas al calor de los conflictos políticos y sociales en esa década del 30.

⁸¹ El concepto de intelectual que utilizamos es el elaborado por Gramsci que reconoce al intelectual como aquel que en sus diferentes categorías y niveles se constituye en reproductor o crítico de la ideología dominante.

⁸² Zermeno, Guillermo. El concepto intelectual en hispanoamérica: génesis y evolución. En http://www.historiacontemporanea.ehu.es/s0021-con/es/contenidos/boletín_revista/00021_revista_hc27/es_revista/adjuntos/27_18.pdf.

Como se percibe por el funcionamiento de muchas de las entidades culturales hegemonizadas por la participación de militantes y amigos del PCA, las agrupaciones de artistas e intelectuales no funcionaban como las células de fábrica o como lo habían hecho los artistas e intelectuales comunistas antes de la década del 30, en tanto equipos de trabajo orientado a objetivos políticos concretos para vincularse con las masas en un sector específico de actividad. Uno de los integrantes de la Mutualidad Popular de Estudiantes y Artistas Plásticos organizada por Berni en 1934 en Rosario, Juan Grela, da cuenta de las formas de la práctica política en este sector. Aunque describía el funcionamiento de esa entidad como “una célula más”, dado que tenían que “brindar un informe todos los meses y recibíamos orientación en política nacional e internacional”, en realidad de su descripción emerge un funcionamiento de reuniones a modo de plenarios, alejados de la concepción bolchevique de la célula.

Uno de los que orientaba a “estas agrupaciones culturales era Rodolfo Ghioldi, valorado en los círculos de artistas e intelectuales comunistas “como un estudioso marxista de la historia nacional y cuyos juicios tenían además el peso indiscutido que le otorgaba su condición de dirigente del PC”. “Ghioldi operaba como una suerte de nexo entre la dirigencia partidaria y los artistas e intelectuales”, afirma Grela.⁸³

Es preciso aclarar que este dirigente, clave en la relación con los intelectuales, no pudo cumplir esta función política orientadora con Ponce, en el período que abordamos ya que entre 1935 y 1940 Ghioldi estuvo fuera del país: participó en el levantamiento

⁸³ Lucena, D. Arte y comunismo argentino. Debates estéticos y políticos en la década del '30. http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/5jornadasjovenes/EJE4/Mesa%20/Lucena.pdf.

revolucionario de Prestes contra el gobierno de Vargas por lo que estuvo preso durante cuatro años.⁸⁴

Por otro lado, luego de la Primera Guerra Mundial, se fue verificando un nuevo posicionamiento de los intelectuales, consagrado socialmente: al agremiarse y manifestarse críticamente, afirmaban una nueva “autoridad moral”, emergente de la “inteligencia especializada”, concibiéndose como “promotores de una nueva crítica”, independiente de los dictados de las clases dominantes. Este posicionamiento tuvo una importancia singular en los nuevos movimientos políticos latinoamericanos. El nuevo lugar que fueron ocupando las “nuevas” capas de intelectuales surgidos de las filas de la burguesía y pequeña burguesía en la sociedad argentina –a partir de la profesionalización de sus actividades (en la educación, el arte, el periodismo), escapando al esquema del intelectual oligárquico tradicional de tanta presencia en la cultura política argentina decimonónica, generó debates en las organizaciones partidarias comunistas con respecto al trabajo con ese sector y a la formación de intelectuales propios. Estos debates estuvieron también condicionados por los conflictos en torno a las coyunturas políticas y en torno a las concepciones estratégicas, impregnados por la lucha de líneas y posicionamientos internos dentro del partido que también se manifestaron en el campo cultural influido por el partido.

En su seno, la incorporación masiva de intelectuales en la década del 30 generó un sutil cuestionamiento o resquemor interno sobre el grado de compromiso de estos intelectuales que no habían sido

⁸⁴ El movimiento antifascista y antiimperialista, Alianza Nacional Libertadora, constituida por socialistas y comunistas, intentó derrocar al gobierno de Getulio Vargas. En julio de 1935 lanzó un manifiesto con el que se inició la sublevación. El movimiento concebido como una insurrección masiva finalmente quedó confinado a un *putch* cívico-militar que fue derrotado. Rodolfo Ghioldi fue encarcelado por cuatro años en la isla Fernando de Noronha.

formados en su seno,⁸⁵ como si lo fueron Agosti, Varela o Larra, entre otros. Los intelectuales con una formación previa ajena al marxismo-leninismo adhirieron al comunismo, como ya señalamos, a partir de búsqueda de respuestas a coyunturas políticas inéditas (el golpe de Uriburu o la Guerra Civil Española, el auge de luchas obreras de la segunda mitad de la década) o preocupados por la amenazas de un mundo en crisis económica y convulsionado por el ascenso del fascismo y los nubarrones de guerra. Venían en su mayor parte impregnados de la ideología liberal tradicional y en sus prácticas políticas y culturales mantenían resabios elitistas o pedagogistas e individualistas inherentes a la misma. Para estos intelectuales sus conocimientos, las más de las veces, los predisponían a considerarse como autoridades intelectuales incuestionables, por encima de las masas. Para el caso de los intelectuales democráticos estas concepciones fueron forjadas en el modelo sarmientino.

En realidad, la incorporación al comunismo y la transformación ideológica de esos intelectuales requería, junto al conocimiento teórico, de su acercamiento a una práctica político-social que facilitara la comprensión de los problemas de los sectores más oprimidos, un relevamiento de sus condiciones económico-sociales menos visibles y de su práctica en la lucha de clases. El estudio de los principios políticos e ideológicos del comunismo debía permitirles focalizar a los sujetos reales que podrían constituirse en vanguardia y motor de las realizaciones culturales necesarias y un ejercicio crítico que saldara cuenta con las concepciones y prácticas propias, heredadas de la ideología dominante.

Frente al cuestionamiento que algunos militantes y dirigentes comunistas le hacían por su individualismo o elitismo, o la exigencia

⁸⁵ En la década del 30 se incorporan al Partido varios intelectuales muchos de los cuales luego se alejan en los cuarenta, como R. Puigrrós, C. Córdova Iturburu, entre otros tantos.

de una adhesión incondicional al comunismo sin vacilaciones ni actitudes díscola o críticas, la cuestión de la asimilación de estos intelectuales reclamaba en realidad una crítica específica de la ideología dominante en diversos planos de su quehacer y sobre todo su mayor y constante participación en los debates internos sobre la coyuntura política y la estrategia revolucionaria. En ese sentido, la escasa celularización de la militancia comunista en el campo cultural y los dificultades para una integración con las masas, con los militantes de base y sus actividades culturales, parecen haber condicionado la política cultural del PCA en esos momentos, no solo en función de la incorporación de los nuevos intelectuales sino también para poder desarrollar los elementos de una nueva cultura, nacional-popular, reelaborando el acervo cultural popular argentino con la guía de las concepciones culturales proletarias. Ese objetivo venía perfilándose –muy condicionado por las diferencias y conflictos de línea política dentro del partido– en algunos rumbos de la práctica cultural de intelectuales y artistas comunistas, que dejaban atrás el anterior obrerismo y también a aquellas vertientes tributarias de una concepción cultural liberal.⁸⁶

En ese año clave de 1936, con su revista *Dialéctica* Ponce realiza un salto en focalizar la cuestión de la dialéctica e indagar en los debates respecto a qué cultura requería la nueva situación política, y se esfuerza por incorporar el análisis marxista al estudio de la historia, la filosofía, la música, la literatura, la educación, buceando en la especificidad que estas distintas disciplinas requerían en polémica con las concepciones de la ideología dominante. A la vez,

⁸⁶ En otros trabajos abordé las características de la política cultural del PC en la década del 20, los debates en ese campo y los cambios que se producen respecto a los contenidos, las formas y los protagonistas. Ver: Mateu, Cristina. “Expresiones de la cultura de clase en la cultura nacional. 2° Foro por los derechos de la cultura, Pinamar, julio 2000 y “Política e ideología de la Federación Deportiva Obrera, 1924/1929”. En *Deporte y Sociedad*, Eudeba, Bs. As. 1998.

Ponce fue acompañando los lineamientos generales de la táctica y estrategia política del comunismo de esos años aunque mostrando una relativa independencia respecto a las estructuras partidarias. Este ejercicio de autonomía respecto del grupo con el que se ligaba orgánicamente le posibilitaba una flexibilidad para el despliegue de elaboraciones propias que con amplitud alimentaban el desarrollo de las posiciones ideológicas y culturales del partido. En cuanto a su posición pública, afirmaba en su carta al ministro de Justicia e Instrucción Pública Jorge de la Torre, quien al parecer firmó la destitución de su cargo con fundamentos en informes policiales sobre presuntas “intromisiones extrañas y antipatrióticas” de Ponce: “no he escrito jamás una línea que no haya tenido por objeto la liberación de las masas laboriosas de mi patria: liberación del latifundista que las explota, del industrial que las desangra, de la Iglesia que las adormece, del político que las entrega maniatadas a los *trust* del extranjero. (...) No he pertenecido jamás a ningún partido político”.

La autonomía de la que Ponce hacía gala, avalada por una práctica de intelectual brillante y carismático con alto impacto en el campo específico, era cuestionada por una tendencia obrerista dentro del comunismo argentino que había predominado en la década del 20 y que reducía la concepción de la cultura obrera a la emergente de la propia clase obrera.⁸⁷ Esa tendencia obrerista fue producto de una práctica inicial en la que muchas actividades estaban en manos de militantes de origen obrero devenidos en artistas, periodistas, ensayistas, a partir de su militancia activa política y sindical.

En *Dialéctica* la producción de Ponce se diferenciaba tanto de las tendencias sectarias que, pese a la táctica de frente popular,

⁸⁷Algunos de esos artistas e intelectuales de origen obrero fueron A. Vigo, Elías Castelnuovo, etc.

seguían existiendo entre los intelectuales que militaban del partido, como de los sectores liberales nucleados en Sur o vinculados al PEN Club, que se pronunciaban contra el fascismo pero sin inclinarse al comunismo ni aceptar el socialismo de la URSS. Operando en un campo común de lecturas, tópicos y destinatarios, Ponce explicitaba su compromiso con el proletariado.⁸⁸

La línea editorial de *Dialéctica* estuvo a tono con las orientaciones del PCA. Aunque escasamente centrada en temas nacionales su esfuerzo de traducción y comentarios incidió notablemente en la difusión del marxismo en la intelectualidad argentina.

Tomando en cuenta el criterio de los biógrafos de Ponce de caracterizar las etapas de su recorrido intelectual a partir de marcar ciudades, años y textos que signaron momentos de su evolución política e ideológica, es imprescindible incluir su final etapa mexicana de 1937-38 y su ensayo sobre “La cuestión indígena y la cuestión nacional”. En tanto las ciudades y los textos son hitos que permiten jalonar su transformación ideológica en su acercamiento al materialismo dialéctico a partir de no solo de su actividad intelectual sino también de su experiencia política, esa última etapa implicó una profundización en la comprensión de la importancia de las reivindicaciones nacionales en las luchas sociales de los países dependientes.

⁸⁸ Véase su juicio sobre Victoria Ocampo respecto de la recepción al español G. Marañón crítico del bando Republicano en la Guerra Civil Española y las posiciones de la directora de *Sur* sobre la neutralidad política del arte. Dice Ponce: “¿se puede atribuir «responsabilidad moral» a una escritora que frente al drama más agudo de su siglo (...) nos sale de pronto que son iguales para ella los rojos y los blancos, los criminales y las víctimas, a condición de que se encuentren «moralmente destrozados»?...” “La señora Ocampo ha coleccionado *vedettes* intelectuales como otros coleccionan tapices y marfiles.” Agosti, H. A. *Aníbal Ponce, Obras Completas*, op. cit., Tomo IV, pág. 654.

Cada uno de esos lugares, escritos y fechas determinan un salto cualitativo en la transformación político-ideológica de Ponce, en tanto contradecían las teorías aprendidas en su juventud y lo obligaban a repensar y refutar sus propias concepciones con nuevas experiencias y conocimientos. El periplo intelectual y político de Ponce, que implicó la negación de la matriz teórica en la que se había formado en su primera juventud, como discípulo paradigmático de José Ingenieros, fue el producto de un proceso social e histórico. En este proceso, Ponce se destacó no solo por sus calidades intelectuales sino por su saldar con sus posiciones pasadas sin aferrarse neciamente a teorías previas, sino por el contrario acecharlas con espíritu crítico en un permanente contraste con la realidad circundante.

Se debe notar que este recorrido del positivismo al marxismo, del liberalismo sarmientino a posiciones revolucionarias afirmando la hegemonía proletaria en la revolución necesaria, expresó una interacción de Ponce con el partido comunista que germinó a mediados de los años 30 en coincidencia con un salto en el desarrollo del comunismo argentino en la actividad sindical y política, afianzando una corriente clasista en los sindicatos por ramas y una ampliación de su influencia en otros sectores populares, en un contexto internacional de gran polarización contra el fascismo y, a la vez, de auge de luchas obreras. Este recorrido culmina para Ponce en una comprensión más profunda del hecho nacional latinoamericano, que le iba permitiendo saldar cuentas con el sarmientinismo en la valoración de las masas populares argentinas, indígenas y criollas. Un proceso truncado por su muerte.

Ese influjo del comunismo que observamos en Ponce es el que también condicionó favorablemente durante todo un período nuevos desarrollos de la política cultural del partido, que se abrió al conocimiento y asimilación de las culturas populares haciendo posible un salto fundamental en los contenidos antiimperialistas, democráticos y proletarios de nuevos productos de la cultura argentina en todos los campos creativos.

Contradictoriamente, las posiciones políticas del PCA evolucionarían en los años posteriores, como es sabido, desde posturas seguidistas de la burguesía y de los terratenientes liberales, que el propio partido criticó como oportunistas de derecha, hasta la alianza que supuso la Unión Democrática, que tomó como blanco principal al peronismo, al nacionalismo burgués, revisando de hecho la concepción leninista del imperialismo y haciendo suyas las concepciones “browderistas”.⁸⁹ Esta evolución política, junto con las consecuencias que conllevó en la reducción de la influencia del PC en el plano sindical y político posterior, condicionó negativamente aquellos nuevos desarrollos de su política cultural. Lo que en Ponce fue un punto de llegada se convirtió en una orientación secundarizada por la línea que predominó en el PCA en los años 40.⁹⁰

⁸⁹ Earl Brower, Secretario General del Partido Comunista Estadounidense, alimentó entre los partidos comunistas latinoamericanos una concepción conciliadora que suponía que la alianza antifascista soviético-estadounidense podría mantenerse concluida la segunda guerra mundial e impulsaba la vía de la coexistencia pacífica. Ver Vargas, Otto. *Op. cit.*

⁹⁰ La exégesis de Ponce en las décadas del 40 y 50, por parte de intelectuales y dirigentes comunistas argentinos, por lo general partía de una exaltación de su figura, en tanto talento individual, inigualable, inédito, excepcional, que es propia de la concepción burguesa, tan cuestionada por Ponce pues niega el carácter social del conocimiento. Por otro lado, esas biografías suelen desvincular el recorrido político e ideológico de Ponce de los alcances y los límites teóricos e ideológicos de la organización partidaria, que había logrado una decisiva influencia sobre una parte de la intelectualidad y en particular sobre nuestro editor.

Las distintas evocaciones y homenajes que promovió el PCA y los acentos en el rescate de uno u otro aspecto de su vida y su obra, estuvieron teñidos por los avatares y debates políticos de cada momento. En los cuarenta, promovidos por la irrupción del peronismo, lo que produjo el alejamiento o expulsión de intelectuales comunistas. Más tarde por el anticomunismo que echó por tierra la línea browderista y debilitó sus alianzas con los intelectuales demoliberales. A fines de los 50, Ponce rescatado por Agosti como modelo de intelectual pasa a operar como figura paradigmática para el PCA en la disputa por la influencia en el campo intelectual frente a las esperanzas y desilusión generadas por el frondicismo y frente a la crítica de izquierda a las posiciones antiperonistas y filo liberales del comunismo argentino. Desde los años 60, con el predominio de una línea reformista en el partido, al influjo de la Revolución Cubana y la radicalización política mundial y nacional, y nuevas fugas de intelectuales y jóvenes, vuelve a aparecer una valoración de Ponce como intelectual comprometido abocado a la producción teórica y ajeno a la coyuntura política.

Bibliografía consultada

Acha, Omar. *Historia crítica de la historiografía argentina*. Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX. Prometeo, Bs. As., 2009.

Agosti, Héctor P. *Aníbal Ponce. Obras completas*. Editorial Cartago. Bs. As. 1974.

Altamirano, C. y Sarlo, B. “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”. En *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Ariel. Bs. As., 1997.

Arico, J. M. *Marx y América latina*. FCE. Bs. As., 2010.

Arpini, Adriana. *Aníbal Ponce: el trabajo del pensamiento*. Araucaria. Rev. Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades | Año 8, N° 16, Segundo semestre de 2006. <http://institucional.us.es/araucaria/nro16/perfiles16.htm>

Biagini, H. A. y Roig, A. A. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Tomo II. Obreroismo, vanguardia, justicia social (1930-1960). Editorial Biblos, Bs. As., 2006.

Bisso, Andrés. *El antifascismo argentino*. Cedinci Edit., Bs. As., 2007.

Bobbio, N.. *Diccionario de política: L-Z Siglo XXI*. México. 1994.

Caballero, Manuel. *La internacional comunista y la revolución latinoamericana (1919-1943)*. Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1987.

Camarero, Hernán. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires, 2007.

Cane, James. “‘Unity for the Defense of Culture’: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943”, en *The Hispanic American Historical Review (HAHR)*, volume 77, number 3, August 1997.

Casas, S. L. *El antifranquismo y la lucha política en la Argentina en el contexto de la guerra civil española (1936-1941)*, UNLP, 2006. En <http://www.secc.es/acta.cfm?id=1582>

Cattaruzza, Alejandro. “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista argentino (ca.1925-1950)” *A contracorriente*, v.5, n° 2, p.169-195, 2008. Sitio: <http://www.ncsu.edu:80/project/acontracorriente/>. ISSN/ISBN: 15487083

Claridad, Número extraordinario. N° 326 y 327. Año XVII. Bs. As., Junio-Julio de 1938.

Córdoba Iturburu, Cayetano. *Cuatro Perfiles*. Editorial Problemas. Bs. As., 1941.

Cuadernos de Cultura, N° 35. Año VIII, Mayo de 1958. “Homenaje a Aníbal Ponce”.

De Micheli, Mario. *Las vanguardias artísticas del siglo XX*. Alianza Editorial. Madrid, 2006.

Dialéctica, dirigida por Aníbal Ponce. Año I, del N° 1 al N° 7, 1936.

Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. Ed. Anteo, Bs. As., 1948.

Idem. “Política e ideología de la Federación Deportiva Obrera, 1924/1929”. En *Deporte y Sociedad*, Eudeba, Bs. As. 1998.

Idem. “Expresiones de la cultura de clase en la cultura nacional. 2° Foro por los derechos de la cultura, Pinamar, julio 2000.

Idem. “Solidaridad internacional y procesos nacionales: La Revolución Rusa, la lucha por el reconocimiento diplomático de la URSS y el desarrollo de políticas nacionalistas y antiimperialistas en la Argentina de los años 20”. XI° Jornadas Interescuelas. Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007.

Idem. “Antiimperialismo y cuestión nacional en la Política Cultural del Partido Comunista Argentino de los Años 30: Un planteo general de la Cuestión”. XII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia / 28, 29, 30 y 31 de octubre de 2009.

Manzoni, Celina. *Vacilaciones de un rol: los intelectuales en 1936*. Instituto Iberoamérica. Univ. de Salamanca. Seminario de investigación, Marzo 2011. <http://americo.usal.es/iberoame/>

Miranda, Julia. *Escrituras bajo fuego: Incidencia de la Guerra Civil Española en las poéticas de la vanguardia literaria argentina*. Universidad Nacional de Rosario Argentina. En el Congreso Internacional La guerra civil española 1936-39. En http://www.secc.es/media/docs/16_3_MIRANDA.pdf.

Nassif, Rosa. *¿Es posible conocer la realidad? Nuevos y viejos debates en el siglo XXI*. Ediciones Cinco, Bs. As., 2011

Neiburg, Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza Editorial. Bs. As. 1998.

Orientación, Director Cayetano Córdova Iturburu. Años 1936, 1937, 1938. Archivo CEDINCI.

Paso, Leonardo. "Argentina los primeros movimientos antiimperialistas". *Revista Nueva Historia*. Noviembre, 1994. Año III, N° 4.

Pasolini, R. "Antifascismo, comunismo y mitos intelectuales: las representaciones de la figura de Aníbal Ponce". V° Jornadas de Historia Política. Mar del Plata, 29 septiembre al 1 de octubre de 2010.

Pasolini, R. "Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras". *Prisma. Revista de historia intelectual* N° 12, UNQ, 2008.

Ponce, Aníbal. Educación y lucha de clases. Ediciones El Viento en el Mundo. Bs. As., 1972.

Ponce, Aníbal. *José Ingenieros. Su vida, su obra*. Axioma Editorial. Bs. As., 1977.

Ponce, Aníbal. *Obras completas*. Revisadas y anotadas por Héctor P. Agosti. Editorial Cartago, Bs. As., 1974.

Ponce, Aníbal. *Obras*. Compilación y prólogo de Juan Marinello. Casa de las Américas. Habana, Cuba. 1975.

Ratzer, J. *La consecuencia antimarxista de Rodolfo Mondolfo*. Ediciones Cinco, Bs. As., 1984.

Salceda, Juan Antonio. *Aníbal Ponce y el pensamiento de Mayo*. Editorial Lautaro. Colección Pensamiento argentino. Bs. As., 1957.

Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Colección La Ideología Argentina. Ed. Puntosur. Bs. As., 1991.

Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Catálogos Editora. Bs. As., 1986.

Troise, Emilio. *Aníbal Ponce. Introducción al estudio de sus obras fundamentales*. Ediciones Sílabas. Bs. As., 1969.

Vargas, Otto. El Marxismo y la revolución argentina. Tomo II. Ed. Ágora. Bs. As., 1999.

Vargas, Otto. *Conferencias, Aportes al estudio de El marxismo y la revolución argentina*. Edic. Inst. Marxista-Leninista-Maoísta de la Argentina, Bs. As., 2005.

Anexos:

- Índice temático de los siete números de *Dialéctica*.
- Reproducción de la presentación de la revista *Dialéctica*.
- *Examen de la España actual*. (Aníbal Ponce)
- *La cuestión indígena y la cuestión nacional*. (Aníbal Ponce)

Índice temático de los
siete números de *Dialéctica*

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE



MARX - Simón Bolívar.

PLEJANOV - Dialéctica y Lógica.

**LUNATCHARSKY - Fantasía
sobre Rimsky - Korsakov.**

LUKACS - Zola y el realismo.



Año I-N: 1 - BUENOS AIRES - Maipú 220

MARZO 1936

Precio 0.50 cts.

Dialéctica, Año I, N° 1, Marzo 1936, a 50 centavos

-Simón Bolívar por Carlos Marx. Traducción del original inglés por Emilio Molina Montes

-Dialéctica y Lógica por Jorge Plejanov. Traducción del ruso. Revisado de acuerdo al original por H. G.

-Fantasía sobre Rimsky-Korsakov por Anatolio Lunatcharsky. Traducción del ruso por Vera Smercos.

-Zola y el realismo por George Lukacs. Traducción del Francés de Rafael Río.

-Comentarios marginales por Aníbal Ponce

-Las revistas y los libros:

Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.

Ediciones Europa-América. Barcelona.

Biagini, H. A. y Roig, A. A. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Tomo II. Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960). Editorial Biblos, Bs. As., 2006.

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE



LENIN - Notas sobre Tolstoi.

MONDOLFO - Gérmenes en Bruno,
Bacon y Espinosa de la
concepción marxista
de la historia.

DOMMANGET - La instrucción
pública bajo la Comuna.



Año I-Nº 2 - BUENOS AIRES Maipú 220

ABRIL 1936

Precio 0.50 cts.

Dialéctica, Año I, N° 2, Abril 1936, a 50 centavos

-Notas sobre Tolstoi por Lenin. Traducción de R. Goñi.

Tolstoi, espejo de la revolución rusa

L. N. Tolstoi

Leon N. Tolstoi y el movimiento obrero contemporáneo

-Gérmenes en Bruno, Bacon y Espinosa del concepto marxista de la historia por Rodolfo Mondolfo. Traducción del italiano de M. Alberti.

-La instrucción Pública bajo la Comuna por Maurice Dommanget. Traducción del francés de Alicia Ortiz.

-Comentarios marginales por Aníbal Ponce

-Las revistas y los Libros: no hay comentarios.

DIALÉCTICA

**Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE**



**ENGELS - Contribución a la
Historia del Cristianismo Primitivo.**

**ZOZULIA - Meyerhold
en los ensayos.**

**GRUZDEV - El proletariado
y la Educación.**



Año I - N.º 3 - BUENOS AIRES - Maipú 220

MAYO 1936

Precio 0.50 cts.

Dialéctica, Año I, N° 3, Mayo 1936, a 50 centavos

-Contribución a la Historia del Cristianismo Primitivo.

Traducido de la versión francesa de Laura Lafargue por Julia Laurencena y Notas de A.P.

-Meyerhold en los ensayos por E. Zozulia. Traducido del francés por Rafael Río.

-El Proletariado y la Educación por B. Gruzdev. Traducido del ruso por Aída Vaisman.

-Comentarios marginales por Aníbal Ponce

-Las Revistas y los Libros

Marx y los sindicatos de A. Losovski. Editorial Claridad. Buenos Aires. Sin nombre de traductor por Luis Muriel.

Lenin. Recopilación por Lila Guerrero, bajo la dirección de M. Gliasserl, jefe del departamento biográfico del Instituto Lenin de Moscú. Ediciones Europa-América. Barcelona, 1936 por Elena Soria.

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE



**LAFARGUE - El mito de la
Inmaculada Concepción.**

**ENGELS - Inglaterra y el
materialismo.**

**ABRAMOV - Eugenio O'Neill,
el renegado.**

ANIBAL PONCE - Comentarios Marginales:

ANÁLISIS DE LIBROS Y REVISTAS

FURMANOV: *Tchapaiev*. — MOUSSINAC: *Un viaje con
los comediantes soviéticos*. — BEBEL: *Socialización de la
sociedad*. — A. F. A.: *La mujer argentina y sus derechos,
a la paz, al trabajo, a la cultura*.

DE LA VIDA ARGENTINA

ANIBAL PONCE - *Astronomía y Petróleo*.



Año I - N.º 4 - BUENOS AIRES - Maipú 220

JUNIO 1936

Precio 0.50 cts.

Dialéctica, Año I, N° 4, Junio 1936, a 50 centavos

-El mito de la Inmaculada Concepción por Paul Lafargue.
Con traducción de Teodora Efrón y notas de A.P.

-Inglaterra y el Materialismo por Federico Engels.
Traducción de M. Alberti y notas de Engels y Lafargue.

-Eugenio O'Neill, el renegado por A. Abramof.
Traducción del inglés por Rafael Río.

-Comentarios marginales por Aníbal Ponce

-Las Revistas y los Libros

Un viaje con los comediantes soviéticos. Leon Moussinac.
Editorial Juan Cristobal, Bs. As., 1936. / Matilde
Cárdenas

Tchapaief, el guerrillero rojo. D.Fumanof. Ediciones
Europa-América. Barcelona, 1935. / Lila Guerrero.

-De la vida argentina

Astronomía y Petróleo: sobre el libro "Milenios,
Planetas y Petróleo" de Martín Gil editado por la Standard
Oil y distribuye gratuitamente.

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE

●

LASSALLE - De la esencia de una
constitución.

FRIEDMANN - Materialismo dialéctico
y acción recíproca.

GORKI - A propósito de la cultura.

ANIBAL PONCE - Comentarios Marginales.

ANÁLISIS DE LIBROS Y REVISTAS

LAFARGUE: Porqué cree en Dios la burguesía. — MALLEA:
Nocturno Europeo. — ACEVEDO DIAZ: Argentina te llamas.
DIAZ USANDIVARAS: Carta abierta al Intendente Municipal.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Secuestro de un libro de versos. — Bolívar y Marx

●

JULIO 1936

Precio 0.50 cts.

Dialéctica, Año I, N° 5, Julio 1936, a 50 centavos

(se anuncia que tendrá más páginas y que es necesario suscribirse y difundirla)

-De la esencia de una constitución por Fernando Lassalle

-Materialismo Dialéctico y acción recíproca por Georges Friedmann

-A propósito de la cultura por Máximo Gorki

-Comentarios marginales por Aníbal Ponce

-Las Revistas y los Libros

Por qué cree en Dios la burguesía. Paul Lafargue. Edición Dialéctica. Buenos Aires, 1936

Nocturno Europeo, Eduardo Mallea. Ed. Sur. Buenos Aires.

Carta abierta al señor Intendente Municipal, en la revista Nativa, número 149, mayo 31 de 1936

Commune, Revista mensual. Órgano de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios. París. Mayo de 1936.

Europe. Revista Mensual. Aparece en París, Comité de dirección: Romain Rolland, Pierre Abraham, Aragon, René Arcos, Jean Richard Bloch, Dominique Braga, André Chamson, Luc Durtain, Georges Friedmann, René Lalou, René Maublanc, Jean Cassou, N° 161, 15 de mayo de 1936.

Vendredi, Semanario literario y político francés. Fundado por escritores y periodistas dirigido por ellos.

Leviatan, revista mensual de hechos e ideas. Director Luis Araquistain, Madrid, Mayo de 1936.

Nueva Cultura, revista mensual de Valencia. Dirigen: César M. Arconada, María Teresa León, Arturo Serrano Plaja y Rafael Alberti. 1° de mayo de 1936.

La nueva pedagogía. Revista mensual de Madrid.

-Noticias y Comentarios

Secuestro de un libro de versos.

Bolívar y Marx (respondiendo una inquietud que llegaba desde Cuba)

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE

●

**PLEJANOV - Agustín Thierry y
la concepción materialista
de la Historia.**

SCHILLER - Marx y la literatura.

BERNAL - Engels y la ciencia.

ANIBAL PONCE - Comentarios Marginales.

ANÁLISIS DE LIBROS LETRAS EXTRANJERAS

PAUL GSELL: "Le monde à l'endroit" — V. I. LENIN: El imperialismo,
etapa superior del capitalismo.

LETRAS NACIONALES

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: La ciudad del bosque. — CESAR CARRI-
ZO: El domador.

LAS REVISTAS

Europe. — Paix et Liberté. — Levintín. — Nueva Cultura. — La Nueva Peda-
gogía. — Commune. — Sech. — Polémica — Mediodía.

DE LA VIDA ARGENTINA

ANIBAL PONCE: El primer año de A. I. A. P. E.

●

Año I - N.º 6 - BUENOS AIRES - Maipú 220
AGOSTO 1936

Precio 0.50 cts.

Dialéctica, Año I, N° 6, Agosto 1936, a 50 centavos

-Agustin Thierry y la concepción materialista de la historia por Jorge Plejanov

-Marx y la literatura mundial por F. Schiller

-Engels y la ciencia por J. D. Bernal

-Comentarios marginales

-Las Revistas y los Libros

Le monde á la-endroit. Paul Gsell. Editions Sociales Internationales. Paris. 1936.

El imperialismo, etapa superior del capitalismo. V. I. Lenin. Ediciones Alfa, Argentina, 1936.

-Letras Nacionales

Rafael Alberto Arrieta: La ciudad del bosque, Biblioteca Humanidades, La Plata.

César Carrizo. El domador, Editorial Tor. Buenos Aires.

-Las revistas

Europe. N° 162, de junio de 1936.

Paix et Liberté. Semanario parisien. Organó del Comité Nacional contra la guerra y el fascismo.

Leviatán. Número de junio de 1936.

Nueva Cultura. Número 12, mayo-junio, 1936.

La nueva pedagogía. Madrid. N° 2.

Commune, N° 34, Junio de 1936. París.

Sech: Revista de la Sociedad de Escritores de Chile, Año I, N° 1 de julio de 1936.

Polémica: Revista mensual de la Habana, Cuba. Año 2, N° 4, junio de 1936.

Mediodía: Revista mensual de la Habana, N° 1, junio, 1936.

-De la vida Argentina

El primer año de A.I.A.P.E.

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE

Examen de la España actual Por ANIBAL PONCE

I. Sarmiento y España. 1º Introducción.— 2º La revolución burguesa de 1520.— 3º La España Negra.

II. La España del Siglo XIX. 1º Las revoluciones del siglo XIX.— 2º El proletariado del siglo XIX.— 3º Contradicciones de la España Anterior a la Gran Guerra.

III. La república del 14 de abril. 1º España y la Gran Guerra.— 2º La dictadura de Primo de Rivera.— 3º La república del 14 de abril.

IV. La crisis actual. 1º La comuna de Asturias.— 2º El Frente Popular.— 3º La insurrección del 17 de julio de 1936.— 4º El pueblo en armas.

ANÁLISIS DE LIBROS Y REVISTAS

NELKEN: Porqué hicimos la revolución. — *Commune*. — *Europe*. — *Nueva Cultura*. — *Leviatán*. — *La Nueva Pedagogía*. — *Monde*. — *Combat*. — *Vigilance*. — *Femmes*. — *Polémica*.

DE LA VIDA ARGENTINA

Raúl González Tuñón: Carta a Jacques Maritain. — Luis Muriel: El carácter del padre Laburu.

ECOS DEL MUNDO

Vickers, Bojors y Krupp. — Las «Cinco casas» del Japón. — Petróleo bruto. — ¿El final de la crisis? — Indochina, colonia. — La organización Hearst. — El juramento a la República.

Año I - N.º 7 - BUENOS AIRES - Maipú 220
SEPTIEMBRE 1936 **Precio 0.50 cts.**

Dialéctica, Año I, N° 7, Setiembre 1936, a 50 centavos

-Examen de la España actual por Aníbal Ponce

-Las revistas y los libros

Margarita Nelken. Por qué hicimos la revolución.

Ediciones Europa-América. Barcelona.

Commune, N° 35, Julio 1936.

Europe. Número 163, Julio de 1936.

Nueva Cultura. Valencia. Julio de 1936.

Leviatan. Madrid. Julio de 1936.

La nueva Pedagogía. Madrid. N° 3.

Monde. Montevideo. Año I, N° 7, Julio-Agosto 1936.

Combat. Órgano de información y de doctrina. Bruselas.

N° 1 (fuera de serie), Julio de 1936.

Vigilance, Boletín del Comité de Vigilancia de los
Intelectuales Antifascista. Paris. N° 40 y 41, 31 de julio de
1936.

Femme, Organo del Comité Mundial de Mujeres contra la
guerra y el fascismo. París. N° 24, Julio de 1936.

Polémica. La Habana, Año 1, n° 5, julio de 1936.

-De la vida argentina

Carta a Jacques Maritain de Raúl González Tuñón

El carácter del padre Laburu por Luis Muriel

Reproducción de la presentación de la revista *Dialéctica*

La revista *Dialéctica* en los siete números editados, a modo de introducción definía su propósito con este texto:

La revista Dialéctica aspira a poner al alcance de los estudiosos, con un mínimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura.

Universal por la amplitud de su horizonte, Dialéctica hará accesible una multitud de ensayos y monografías no traducidos jamás al castellano o que aún en el caso de haber sido traducidos, continúan siendo una rareza de bibliófilos.

En el momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer, -mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado,- los caminos que conducirán a la liberación del hombre.

En la realidad como en el espíritu, no es posible ascender de una etapa a otra sino negando y anulando. “El No –decía Hegel– es la palanca del devenir”. Pero la negación que la dialéctica impone no es destrucción ni aniquilamiento. De la cultura que agoniza, ella tomará los elementos legítimos para incorporarlos y desenvolverlos en la cultura más perfeccionada que le seguirá.

Y así, negando y afirmando, la marcha en espiral de la dialéctica nos conducirá victoriosamente hacia adelante. Demasiado bien sabemos lo que implica en el momento actual la responsabilidad de un pensamiento para quien no existen los

distingos de la teoría y de la práctica. Áspera es la ruta por la cual nos echamos hoy a caminar. Pero el viejo Heráclito, que entrevió la dialéctica, ahí está para enseñarnos todavía que la lucha —podemos— es la madre de las cosas.

Examen de la España actual*

* Fragmento del texto editado en *Dialéctica* N° 7, Setiembre de 1936.

III. La República 14 de abril

1º. España y la Gran Guerra

La guerra de 1914-1918 benefició en gran escala a la burguesía industrial y financiera de la península. La neutralidad política del estado español estimuló a la industria local y la lanzó no sólo a proveer a los países en lucha sino a participar también en el mercado mundial que los imperialismos comprometidos en la guerra debieron descuidar. El resultado fue asombroso. El comercio español, que en 1913 daba una pérdida de 247 millones, en 1917 dio un excedente de 580 millones.¹¹ La zona industrial de España se pobló de centrales eléctricas, los puertos se multiplicaron, centenares de sociedades anónimas aparecieron. Grandes fábricas reemplazaron a los pequeños talleres y empezaron a transformar, al mismo tiempo, el espíritu tan pequeño burgués del obrero español.

Ese año de 1917, que marcó la cumbre del desarrollo capitalista español, se reflejó políticamente en una nueva tentativa para batir al feudalismo. El vuelo que las industrias empezaban a cobrar hacía ver de manera cada vez más imperiosa, la necesidad de arrancar el poder a los feudales, para adaptar la agricultura al nuevo momento del desarrollo económico. Con una agricultura en las condiciones feudales que conocemos, la industria se sentía trabada. La rivalidad económica del Norte contra el Sur —carbón, hierro y algodón, contra el aceite, el vino y el trigo— adquirió por momentos una violencia que presagiaba la insurrección. Si la industriosa Cataluña, con sus tejidos, hubiera formado bloque con la minería de Asturias y la

¹¹ “Les problemes de la revolution espagnole”, pág. 30 y sig.: edición de “Les cahiers de Contre Enseignement Prolétarien”, diciembre de 1931, París.

metalurgia vizcaína, para librar batalla a los feudales de Andalucía, Galicia y Castilla, hubiera encontrado de inmediato el apoyo de la pequeña burguesía y del proletariado.² La revolución democrática que la burguesía española fue incapaz de imponer en el siglo XIX parecía a la vista en el año de 1917. Los países en guerra pedían más y más. De un salto, la industria pasaba al primer plano de la economía nacional; primer plano que durante siglos había sido ocupado por los representantes de la gran propiedad. Los dueños de la tierra habían hecho y deshecho en España desde la derrota de los Comuneros. Sentían que había llegado su hora en ese año de 1917, que ya había visto en febrero venirse al suelo la dictadura absoluta de los dueños de la tierra en Rusia. La revolución de Kerensky exaltó el entusiasmo de la burguesía española. Si algo hacía falta para decidirla, ahí lo tenían ahora en el ejemplo de afuera. La “Liga Regionalista” de Cataluña ya no ocultaba su decisión de imponerse. Pero en el tiempo que transcurrió de Febrero a Noviembre, la revolución de Kerensky se transformó en la revolución de Lenin. Ese segundo paso en las revoluciones de la burguesía no podía tomar a nadie de sorpresa: se lo había visto en la revolución francesa del 48 y en la Comuna del 71. Con esta diferencia: que por primera vez en la historia del mundo se sabía que esta revolución de obreros y campesinos no se iba a quedar en la mitad del camino. Si la revolución de febrero enardecía a la burguesía española, la revolución de noviembre le cortó el aliento. Transformar las condiciones económicas de España seguía siendo indispensable, pero el sector de la industria comprendió sin esfuerzo que el sistema de las revoluciones tiene sorpresas imprevisibles. Y desde entonces, el espectro de una posible revolución a lo Lenin le impidió realizar su revolución a lo Kerensky. El año de su mayor florecimiento terminaba para la burguesía española como el año de los presagios siniestros. En Noviembre de 1917, los industriales españoles resolvieron olvidarse de su revolución y formaron parte del Consejo del Rey junto a los viejos partidos hasta ayer enemigos.

El fin de la Gran Guerra terminó con la situación de privilegio que la neutralidad española había dado a la industria. En 1921 la balanza comercial señaló una caída vertical: el déficit volvía a ser de 500 millones. Los viejos imperialismos que salieron triunfantes de la guerra

² Maurín, “Los hombres de la dictadura”, pág. 101 y siguientes.

reconquistaban sus mercados, desalojando sin esfuerzo al imperialismo español. Las hidrocentrales de la península tenían ya muy poco que hacer; los puertos dormían en la soledad, y España se encontró al ser desalojada del mercado con una capacidad de producción muy superior a las posibilidades del país.³ Las fábricas de Cataluña y las minas de Asturias sintieron inmediatamente los efectos: millares de obreros quedaron sin trabajo. Con este agregado poco tranquilizador: si a la burguesía española la revolución rusa de noviembre le heló la sangre, a los obreros, por el contrario, les dio un ejemplo, una esperanza y un método. Industriales y feudales —mano a mano— trataron desde el gobierno de resolver su propia crisis. Y como las soluciones aconsejadas por los unos no complacían a los otros, la discordia entre los dos enemigos tradicionales recomenzó una vez más. Los agrarios aspiraban a reconquistar la totalidad del poder que los intrusos de los últimos tiempos querían compartir, y si pudiéramos reflejar en nombres propios las corrientes que se entrechocaban diríamos que lo que Cambó preparaba, Sánchez Guerra o Alba lo destruían. La clase obrera, mientras tanto, crecía en peso y en volumen. Ferozmente combatido en los años 1920-1921, el movimiento obrero renacía una vez más, poderoso y resuelto. Cogidos entre dos fuegos, los industriales que seis años antes, en pleno esplendor, suspiraban por una revolución, tramaban ahora, en plena crisis, la dictadura que los salvase. Los desastres en Marruecos que salpicaron a la monarquía y la dejaron en descubierto con su plena responsabilidad, vinieron a colocar de parte de la dictadura a los feudales amenazados. Y la dictadura de Primo de Rivera —13 de Septiembre de 1923— nació así, de una alianza entre los industriales que no sabían resolver su crisis y los feudales que ya sentían crujir su trono. Preparando la mordaza al movimiento obrero, el 10 de marzo del mismo año, uno de los más capaces jefes sindicalistas, Salvador Seguí, cayó miserablemente asesinado. La dictadura pasó sobre” su cadáver, alejó de un manotazo el control del Parlamento y un mal día se instaló en España.

³ Varga, *oc. cit.*, pág. 293.

2º. La dictadura de Primo de Rivera

Aunque poco después de su triunfo el mismo Primo de Rivera se compararía a Mussolini, lo cierto es que ni por su origen ni por su significación podría ser calificado de fascista; ni utilizó la demagogia que atrae a las clases medias y enseguece a los obreros, ni sirvió tampoco los intereses de una industria pesada que en España no existe. Si se analizan, en efecto, las cifras del comercio español se ve que aún después del desarrollo artificial que correspondió al período de la Gran Guerra, los dos tercios de lo que España exporta continúan siendo productos agrícolas. En igual forma un examen rápido de la industria española revela el considerable atraso de la producción metalúrgica, mecánica y química que son las que dan el tono a la gran industria contemporánea. En el bloque que inspiraba a Primo de Rivera —monarquía, ejército, agrarios, industriales— los últimos manifestaron públicamente “su adhesión intangible al programa de gobierno y de regeneración de nuestra patria”⁴ que había publicado Primo de Rivera. Pero la industria ligera no puede hablar con la voz de los Thyssen o de los Krupp. Nada más lejos de su capacidad que el gesto iracundo capaz de imponer gobiernos, voltear ministerios, desencadenar guerras mundiales. Un aliado en el bloque en que seguían dominando los agrarios, —y un aliado predispuesto más a la sumisión que a la irreverencia— eso fue la industria ligera durante la dictadura. Acostumbrada a la protección del Estado y no pudiendo vivir sino a su amparo, la vida de la industria continuó dependiendo de las cuotas y de los aranceles: feliz si conseguía alguna nueva “protección”, despavorida si se la negaban. La monarquía había hecho y deshecho, capitalistas como hacía y deshacía condes y marqueses.⁵ En nada varió a este respecto la conducta de la dictadura.

Durante seis años Primo de Rivera sirvió con bastante habilidad los intereses del bloque que lo apoyaba: a la monarquía, le había: conservado la corona; al ejército le dio ascensos y victorias —con la ayuda, es verdad, de los franceses—; a los agrarios, les dio tranquilidad en el campo y una vasta riqueza en obras públicas; a los industriales, tarifas proteccionistas y reducción de los jornales obreros; a los banqueros, empréstitos incesantes.

⁴ El manifiesto puede verse en Maurin, “Los hombres de la dictadura”, pág. 123.

⁵ Falcón, “Crítica de la revolución española”, pág. 91, Ed. Aguilar, Madrid, 1931.

Tan frecuentes y copiosos que al comenzar el séptimo año de la dictadura, Primo de Rivera no tuvo más remedio que confesar el desastre de toda su política. El 1º de enero de 1930 le amargó a la burguesía española la fiesta de año nuevo declarando en un artículo de “A B C”, de Madrid, que durante el período de su dictadura la deuda pública había aumentado en 5 mil millones de pesetas...⁶

La crisis propia de España se complicaba ahora con la crisis general del capitalismo que había empezado en 1929. Fuerzas internas y fuerzas externas convergían en contra de la dictadura. Durante la etapa anterior a Primo de Rivera, la monarquía significaba “un equilibrio de los intereses agrarios, industriales y financieros con, una ligera ventaja para los primeros. La industria podía desarrollarse solamente en la proporción que no significaba una destrucción del equilibrio creado”.⁷ Durante el período que fue de 1925 a 1928 la dictadura rompió ese equilibrio en favor del capitalismo industrial. Con un sistema proteccionista como no tuvo parangón, amparó a los industriales en detrimento natural de los agrarios. Hasta ese instante España seguía exportando sus productos agrícolas a Inglaterra, Francia, Italia, los Estados Unidos y recibiendo de ellos artículos manufacturados. Desde ese instante el “nacionalismo económico” de la dictadura disminuyó la entrada de los artículos manufacturados extranjeros, con lo cual si bien protegía a las industrias nacionales obligaba a los agrarios a disminuir sus exportaciones. El trigo de Castilla, el aceite de Andalucía, la fruta de Levante son las tres ramas principales del cultivo agrícola. A las tres perjudicó la dictadura;⁸ las tres reaccionaron empezando a suspirar por la república.

Por otra parte, los grandes países industriales que apoyaron a la dictadura durante los comienzos, le retiraron su apoyo tan pronto apareció el “nacionalismo económico” a cerrar la entrada a sus productos.

La crisis del trigo, del aceite y de la fruta de que ya habíamos hablado repercutió hondamente entre los trabajadores del campo. La caída de la peseta a consecuencia del desastre económico, con su repercusión sobre los salarios obreros, disminuidos ya en un 10 a 20% por la dictadura,

⁶ Araquistain, “El ocaso de un régimen”, pág. 228, nota 1.

⁷ Maurín, “La revolución española”, pág. 57, Cénit, 1932. Madrid,

⁸ Maurín, *ídem*, pág. 63 y sig.

levantó de pronto poderosas huelgas obreras en Sevilla, Galicia, Barcelona y Bilbao. A las huelgas obreras, respondió la pequeña burguesía con una campaña valiente y sostenida. Los grandes terratenientes, amenazados como nunca en sus intereses, comprendieron que la dictadura y la monarquía eran ya insuficientes para defenderlos; el ejército, a quien la victoria sobre los moros, que Francia impuso, le había quitado el paraíso permanente de la guerra colonial, se alejó cada vez más de la corona; los industriales, tan beneficiados por el dictador, se separaron también en cuanto vieron inminente la caída. Los mismos aliados que formaron el bloque inspirador de la dictadura se volvieron contra ella; pero el empuje de las masas obreras y campesinas les obligó a algo más. Si se recuerda que la primera insurrección contra la dictadura (Enero de 1929) tuvo como figura central a Sánchez Guerra, abogado de los terratenientes andaluces; si se observa que la segunda figura en torno de la cual comenzaba a cristalizar el descontento, era nada menos que Alcalá Zamora, gran latifundista de Andalucía, parecerá menos extraño lo que ahora vamos a decir: para continuar manteniendo el gobierno entre sus manos y salvarse a sí misma como clase social, la gran propiedad reconoció que debía sacrificar a la corona. De la noche a la mañana, los grandes terratenientes, monárquicos toda la vida, comenzaron a hacer galas de un republicanismo ostentoso. El problema consistía no en implantar la república, sino en lograrla de manera que no intervinieran las masas populares. En ese punto, los agrarios coincidían, ya lo veremos, con la burguesía y los socialistas. Ninguno de ellos, entiéndase bien, quería una revolución que implantara la República. Aspiraban tan solo a un cambio de poderes, en el que la república sucedería a la monarquía como un gabinete a otro en cualquiera de las crisis de ministros. Cuando Sánchez Guerra intervino en el complot de Valencia, exigió que no se movilizara para nada a los obreros. Ahora que el Comité Revolucionario tomaba las cosas por su cuenta, Alcalá Zamora se negó a darle un carácter popular al movimiento. La burguesía, por otro lado, no quería sino eso. Engranada hasta entonces en el sistema feudal, todos sus intereses estaban ligados a él. ¿Quién podría asegurar que la revolución una vez en la calle no arrasaría al mismo tiempo con el feudalismo y la burguesía? Las huelgas magníficas de los últimos tiempos, ¿no aparecían ya como un testimonio peligroso de la capacidad combativa de las masas obreras? Atraer a la causa de la república el mayor número

posible de “elementos de orden” empezó a ser una preocupación constante del llamado “Comité Revolucionario”. A tal punto que se ha podido decir con razón que “ser monárquico era entonces el mejor título para ocupar un puesto preponderante en las filas republicanas”.⁹ La labor de captación dentro del ejército obedecía a la misma orientación: se buscaban generales, se rechazaban, capitanes. El desdichado capitán Galán, con su ímpetu revolucionario, “aterraba al comité”¹⁰. Galán quería una revolución republicana; el Comité no aspiraba más que a un cambio de poderes. Galán, por otro lado, no ocultaba su desprecio por Alcalá y por Maura. y es posible que su anticipación al sublevarse Obedeciera en buena parte a la convicción de que Alcalá era ya, en ese mismo momento, un traidor a la república que aún no había nacido.

Los socialistas, por su parte, le dieron al Comité una desvaída significación de izquierda, pero lo suficiente todavía para hacer creer a las masas obreras que estaban allí como una garantía. Organizado e inspirado por un obrero excelente, pero de cultura escasa y de inteligencia limitada, el Partido Socialista Español no ocultó jamás su desgano revolucionario. Refiriéndose a los otros partidos socialistas europeos que en el curso de los años habían suplantado las luchas de clase por la colaboración entre las clases, Lenin dijo una vez que la socialdemocracia reformista había convertido el vino generoso en vinagre barato. El Partido Socialista Español, es verdad, no pasó nunca por semejante evolución: desde el comienzo fue vinagre barato. “Yo recuerdo —ha confesado Largo Caballero— que, cuando entré en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista, todos íbamos, salvo alguna excepción, por sentimiento nada más, como protesta contra las injusticias de la clase patronal; pero no teníamos una base teórica, un verdadero conocimiento de nuestras teorías; no conocíamos bien lo que era el socialismo y el marxismo; pronunciábamos “el Socialismo” y el “marxismo” como podíamos pronunciar otras palabras; pero conocerlo a fondo, no lo conocíamos, porque no había entonces donde estudiarlo en España”.¹¹ Sin violentar en lo más mínimo ni sus ideas ni su pasado, los jefes socialistas —aliados hasta

⁹ Falcón, “Crítica de la revolución española”, pág. 24, Editor Aguilar. Madrid, 1931.

¹⁰ Ídem, pág. 36.

¹¹ Largo Caballero, “Discursos”, pág. 103, “Juventud Socialista”, Rosario, 1931.

ayer de Primo de Rivera— colaboraron en el difícil proceso de voltear sin revolución a una monarquía. El procedimiento fue encontrado: había que derribar a la monarquía mediante una elección, porque la elección era el medio más seguro para impedir la acción revolucionaria. El 12 de abril de 1931 votó contra la monarquía la totalidad de España: los feudales, la Iglesia, la burocracia, la burguesía, la pequeña burguesía, los campesinos y los obreros.

El 14 de abril quedó proclamada la república. Extraña república que al nacer había derrotado, al mismo tiempo, a la monarquía y a la revolución.

3º. La República del 14 de Abril

En un ambiente festivo¹² había nacido la república: con los flecos de colores y los faroles de papel de las verbenas. Cantos, abrazos, banderas. “Nadie recordaba nada que pidiera venganza”.¹³ Desfiles regocijantes daban a España algo de la jovialidad de un carnaval, y para que nada faltara en semejante espectáculo, el tenor Fleta, del Teatro Real, fué a cantar la Marsellesa debajo de las ventanas de la Gran Peña, el más aristocrático de los casinos...

¿Qué era lo que el “pueblo” esperaba de la república? Al responder algunos meses después al señor Ossorio y Gallardo que le preguntaba cuál era su concepto sobre la revolución, el señor Azaña dijo: “Nosotros tenemos de la revolución el concepto de una obra de reconstrucción de la sociedad española; el concepto de una demolición de todas las partes viejas de la sociedad española: de una destrucción de todo lo podrido, de todo lo nocivo o arcaico de la sociedad y del Estado español, para sobré estas ruinas, construir una sociedad nueva desde los cimientos”.¹⁴

“Desde los cimientos”: eso era en realidad lo que se esperaba.

¹² Azaña habla de esa “revolución” como de una “revolución singular, toda jovial”. “Una política”, págs. 50 y 136). Jean Cassou, que entonces estaba en Madrid, recuerda esos días del nacimiento de la Niña —como se llamaba a la República— con estos términos: “Journées de renaissance et de verbeña”, (*Espagne nouvelle, France nouvelle, “Commune”, Juillet 1936, París*).

¹³ Nelken, “Por qué hicimos la revolución”, pág. 20, Ediciones Sociales internacionales, Madrid, 1936.

¹⁴ Azaña, “Una política”, pág. 693.

Una revolución de veras; una revolución llevada a fondo: la revolución antifeudal iniciada cuatro siglos atrás por los Comuneros de Toledo y las Hermandades de Valencia. Bajo el auspicio de esas sombras gloriosas se colocaba el mismo Azaña: “Es una cosa que emociona –decía– pensar que ha sido necesario que venga la república en 1931 para que en la Constitución republicana se consigne por vez primera una garantía constitucional (la garantía de la libertad individual) que los castellanos pedían a su vez en 1521”.¹⁵

Republicano sincero, pero con todas las incapacidades de la pequeña burguesía, el señor Azaña creía de verdad en lo que estaba diciendo. Para él una nueva era comenzaba en España; y bastaría que las Cortes sancionaran la Constitución que tenían entre manos para que la república española se mostrara inmovible. Algunos años atrás, sin embargo, el mismo Azaña había escrito a propósito de la Junta revolucionaria que dirigió la revolución de los Comuneros: “La candorosa Junta confió en la generosidad de la Corona. Pendiente la guerra, envió al César la Constitución, suplicándole que la aprobase. Don Carlos quiso degollar a los diputados de la Junta. Si se hubiesen preocupado de ganar primero la guerra y de ganarla a fondo, como pudieron, las Cortes habrían votado muy holgadamente cuantas leyes quisiesen... Los españoles de 1814, de 1823, que también tenían Cortes enemistadas con el rey, no supieron la lección. Presumo que mis contemporáneos todavía la ignoran”.¹⁶ El mismo Azaña iba a demostrar que la ignoraba. Porque si antes del 14 de abril, el monarca “reinaba” en nombre del feudalismo católico y del capitalismo industrial y financiero; después del 14 de abril, Alcalá Zamora –gran cortijero y fervoroso creyente– había empezado a gobernar en nombre del capitalismo industrial y financiero con el apoyo del feudalismo católico...¹⁷

¹⁵ Azaña, “Una política”, pág. 437-438. En igual sentido, pág. 374. El recuerdo de los Comuneros ha sido muy vivo en el movimiento liberal español. En 1820 tuvo actuación una logia de tipo masónico que llevaba por título “De los Comuneros o hijos de Padilla”. Ver Pi y Margall, obra citada, tomo II, pág. 253.

¹⁶ Azspa, “Plumas y palabras”, pág. 59.

¹⁷ No necesito decir que estoy, en éste punto, en total desacuerdo con Antonio Ramos Olivera para quien la pequeña burguesía gobernó durante los dos primeros años de la república española. Ver “La revolución de Octubre”, pág. 71, Editorial “España”, Madrid, 1935.

Para la pequeña burguesía, sin embargo, la Constitución de 1931 había implantado la república. Su máximo representante, el señor Azaña, en el prólogo al libro en que reunía sus discursos de dos años¹⁸ advertía a los lectores que la producción correspondía a dos épocas: la que va de la república “anunciada” a la república “lograda”. Fernando Lasalle nos ha enseñado, sin embargo, que hay constituciones de papel y constituciones reales, y que aquellas sólo valen, cuando traducen en lenguaje jurídico una constitución que ya está escrita en los hechos. “Si ustedes –decía Lasalle– tienen en el jardín un manzano sobre el cual colocan un cartel con la siguiente leyenda: es, una higuera, ¿el árbol se transformará por eso: en una higuera? No. Y ustedes podrán reunir a todo el país y hacer jurar solemnemente a todos los habitantes que es una higuera: el árbol continuará-siendo lo que era y al año siguiente se verá que da manzanas y no higos”.¹⁹

En lo que nos queda de este capítulo vamos a ver con qué sorpresa, la pequeña burguesía y una parte de las masas obreras y campesinas descubrieron que en el jardín de la república española continuaba dando manzanas la higuera del señor Alcalá.

La república de Alcalá-Azaña-Largo Caballero no resolvió ni uno solo de los grandes problemas que habían, levantado contra el feudalismo a las masas obreras y campesinas, y a los núcleos más progresistas de la pequeña burguesía: ni el problema agrario, ni la cuestión obrera, ni los reclamos de las nacionalidades, ni el oprobio permanente de Marruecos. En millares de discursos y centenares de proyectos se prometió a las masas campesinas y obreras el reparto de las tierras y la mejora en los jornales. Pero las “reformas” que se sancionaron no fueron nada más que humo y bambolla. La república del 14 de abril no pensaba en atacar ni a la gran propiedad, ni a la Iglesia, ni al ejército. Aquí o allá, es verdad, se “expropió con indemnización” alguna finca; se toleró el asalto de unos cuantos conventos; se dispuso el retiro “con pensión” de varios altos jefes; se quitó a la Iglesia, en el papel, el monopolio de la enseñanza; se distribuyó algún subsidio a los desocupados... Pero ninguno, absolutamente ninguno de sus compromisos, se cumplió al pie de la letra.

¹⁸ “Una política”, varias veces citado.

¹⁹ Lasalle. “De la esencia de una Constitución”, en *Dialéctica*, N° 5, pág. 225, Buenos Aires.

Todo el mundo esperaba que las Cortes recién reunidas empezarían a trabajar con el ímpetu de la Convención en 1793; a realizar, en fin, todo lo que no pudo ni la Junta Central en 1808, ni las Cortes, anteriores de 1812. Pero el mismo señor Azaña, que se las daba de jacobin,²⁰ se adelantó a decir que era “una frivolidad” imperdonable suponer que las Cortes pudieran convertirse en Convención.²¹

Las Cortes, es cierto, juzgaron al rey, pero lo condenaron a una pena moral.

La Iglesia fue separada del Estado. Pero ninguna orden religiosa fue expulsada; ni siquiera la Orden de los Jesuitas que en otros tiempos arrojó de España Carlos III, el rey muy cristiano.

La escuela fue declarada laica. “Pero desde que advino la república no hubo un solo ministro de Instrucción Pública que pudiera sustituir en la enseñanza a las Órdenes religiosas. En cuanto lo intentaba, caía”.²²

La Guardia Civil era uno de los instrumentos de la monarquía que más rencor despertaba. Brutales, tiránicos, arbitrarios, los “civiles” eran el terror de los obreros y los campesinos.²³ A los niños traviesos cuando se los retaba, las madres les decían: “eres peor que los civiles”. Y a esos “civiles” que el pueblo odiaba, la república, con ligerísimos retoques, los recogió en su seno. “La Guardia Civil –decía el señor Azaña en la sesión de Cortes del 6 de enero de 1932– tiene por espíritu la obediencia ciega al poder constituido, y lo mismo que obedeció, ciegamente, a la monarquía, obedece hoy ciegamente a la república... En la Guardia Civil no existe el menor espíritu de hostilidad, de rebeldía, de resistencia, de desamor o de disgusto al régimen establecido”.²⁴

El ejército fue reformado. ¡Ah, la reforma del, ejército! El señor Azaña, que era el estadista de la joven república, venía trabajando desde hacía diez

²⁰ “La república –decía– tiene derecho a ser respetada, y si no fuese respetada, el Gobierno la hará temer”. “Mi criterio se expresa en la acción de Pedro Crespo, que era alcalde popular: Si alguien derriba la silla, y o derribaré la mesa”. Azaña, “Una Política”, pág. 105 y 55

²¹ Azaña, *idem*, pág. 58.

²² Ramos Oliveira, “La revolución española de octubre”, pág. 36.

²³ Véase algunas escenas elocuentes en la novela de Joaquín Arderius, *Campesinos*, editorial “Zeus”, Madrid, 1931.

²⁴ Azaña, “Una Política”, pág. 224, 225.

años en la reforma del ejército. Cuando pudo realizarla, se las arregló de tal manera que los que pensaron ver en él a un Lázaro Carnot –ya que no a un Trotsky– se encontraron completamente defraudados. El señor Azaña –el “coronel Azaña”, como le dicen sus amigos– no rompió los cuadros del ejército monárquico para reemplazarlos por cuadros populares. Se limitó a podar la frondosidad de su burocracia –como ya en 1906 lo había propuesto el general Luque–²⁵ y a separar a algunos jefes excesivamente comprometidos con Primo de Rivera. Diez mil oficiales, de los 22.000 de antes, pasaron a retiro –con las pensiones por supuesto; quedaron reducidos a 90, los 300 capellanes de otros tiempos–; los regimientos de caballería tuvieron caballos... Pero lo esencial del ejército, como lo esencial de la Guardia Civil –su espíritu de clase– continuaba tan intacto que sólo pudo asombrar a los pazguatos la sublevación militar del 10 de agosto de 1932.²⁶

De la Reforma Agraria²⁷ se hablaba también desde la mañana hasta la noche. Funcionó, es cierto, y muy temprano, un “Instituto de Reforma Agraria”, con numerosas filiales, altos funcionarios, jefes y subjeses. Pero cuál era el sentido que animaba a la Reforma puede verse sin tapujos en estas palabras de Alcalá Zamora al presentar el proyecto de Reforma (25 abril de 1931): “La reforma agraria tiene por objeto prevenir el peligro que amenaza el orden social que nosotros tenemos interés en defender”.²⁸ Y en cuanto a los resultados prácticos de la misma y a la celeridad con que fue aplicada puede servir de indicio esta otra declaración terminante: a los tres años de república, el señor Filiberto Villalobos, siendo ministro de Instrucción, declaró que en su provincia, Salamanca, sólo se había dado tierras a cinco campesinos...²⁹

Por lo que concierne a la cuestión nacional –Vasconia, Galicia, Cataluña– todo quedó como estaba. Y en cuanto a la vergüenza de Marruecos, se puede medir hasta donde se intentó resolverla si se recuerda que el general Sanjurjo,

²⁵ Marvaud, obra citada, pág. 197.

²⁶ Ver un rápido perfil de Azaña, en general exacto, en Gorkin, Retrato político de Azaña, “La nueva Era”, Barcelona, Junio de 1936.

²⁷ Azaña, “Una Política”, pág. 38, dice que es el problema más urgente (17 de julio de 1931).

²⁸ Varga, *esc. cit.*, pág. 299.

²⁹ Ramos Oliveira, obra citada, pág. 174.

jefe de la odiosa guardia civil bajo la monarquía, pasó a ser el “alto comisario” de la república en Marruecos...

Los tilingos dijeron que la república del 14 de abril había sido “la más hidalga de las revoluciones”, porque había sido una revolución dentro de la “juridicidad”.³⁰ Está, sin embargo, en la memoria de todos, en qué forma respondió la república a las primeras manifestaciones del desencanto obrero y campesino: fusilando en España a las masas huelguistas, como Sanjurjo fusilaba en Tetuán a las masas indígenas. Castiblanco, Arnedo, Casas Viejas... ¿para qué seguir?

A pesar de la abundante fraseología de izquierda, y la hubo a torrentes, el gobierno republicano de Alcalá-Azaña-Largo Caballero repetía una situación similar a la de los gobiernos que en el 54, el 68 y el 73 se mostraron incapaces de imponer una “democracia” de la que empezaban ya a renegar. Las leyes llamadas de “orden público” y “contra la vagancia”, la ley sobre el “arbitraje obligatorio” y sobre “las huelgas” fueron de un clarísimo sentido antiproletario. En vano la joven república, continuaba empavesada con varios ministros socialistas. A cada delegación obrera que iba a solicitar mejoras, Largo Caballero le decía: “Amigos míos, tenéis que seguir sacrificándoos por la república. Nada de huelgas, ni de quejas ni de protestas. Lo primero, ahora, es consolidar el régimen”³¹ Y cuando le llegaba el turno a Indalecio Prieto, sermonaba así: “Los pueblos deben pedir al poder público y este debe cumplir sus promesas; pero antes han de hacer los pueblos otra promesa solemne: la de sacrificarse, la de callar resignadamente, si no llega lo que; se esperaba o llega con retraso”³². ¿Qué era, pues, lo que ocurría? “El Socialista”, del 27 de marzo de 1932 lo dijo sin eufemismos: “La colaboración leal de nuestros ministros, en el gobierno republicano burgués, implica un sacrificio de cada uno de nuestros principios y de muchas de las conveniencias de los proletarios.

³⁰ Marañón llama a la “revolución” de abril, “modelo en la historia del mundo”. Más adelante insiste sobre el hecho extraordinario de que se desarrolló “dentro de las normas jurídicas que suelen eclipsarse en las demás revoluciones”. Ver la colección “¿Adonde va la república?”, págs. 10 y 31.

³¹ Ver “El Sol”, de Madrid, 19 de diciembre de 1931.

³² “El Sol”, de Madrid, del 30 de Mayo de 1932.

Ellos, los ministros socialistas, ponen su inteligencia y actividad en estos momentos al servicio de la causa burguesa”.³³

Las elecciones legislativas de noviembre y diciembre de 1933 demostraron hasta donde había llegado la conducta antidemocrática de la república; hasta donde ésta se había entregado a los feudales, y con cuanta habilidad los grandes latifundistas que habían volteado a la monarquía para salvarse como clase, aspiraban ahora a desembarazarse de sus aliados ya inservibles para defender mejor sus intereses.

Mientras por un lado los socialistas aconsejaban la calma a las masas obreras prometiendo “el pasaje gradual del régimen burgués al socialista”, los viejos aliados de siempre —feudales, católicos, industriales, financieros— arrancaban una tras otra las máscaras de la república: con la caída de Largo Caballero, al principio; con el ministerio de Samper, después; con el ascenso de Lerroux-Gil Robles al final. De traición en traición, el bloque “republicano” desandaba el camino que sólo había recorrido porque el proletariado lo empujaba. En el Congreso Extraordinario del Partido Socialista, el señor Besteiro, que presidió las Cortes de la joven república, declaró una vez: “O nos dejamos arrastrar por los elementos que abusan de nuestra bondad, o tendremos que tener mano dura y ser dictadores. Y yo temo más una dictadura socialista que una dictadura burguesa”.³⁴ Republicanos y socialistas continuaban, como se ve, dentro de la “juridicidad”. Y la juridicidad había entregado el gobierno a unas manos tan adecuadas que el 9 de octubre de 1933 el señor conde de Romanones estimó oportuno levantarse en las Cortes a decir que por fin se hallaban en el poder los hombres que España precisaba...³⁵

Si eso ocurría, en el gobierno, ¿qué cosas ocurrían entre el pueblo de veras, el que trabaja y sufre? En algunas regiones “privilegiadas”, como por ejemplo la Vega de Granada, donde los obreros agrícolas ganaban en otro tiempo 6, 8 y hasta 12 pesetas, se comenzó a pagar 2, 3 y 4 pesetas. En cuanto a las regiones no privilegiadas, como Badajoz, las mujeres que iban

³³ Ver para más detalles, “Los socialfascistas en la revolución española”, ediciones Edeya, Barcelona, sin fecha.

³⁴ Citado por Gabriel Morón, obra mencionada, pág. 133.

³⁵ Ramos Oliveira, obra citada, pág. 24.

a recoger las aceitunas recibían como premio 85 céntimos al día...³⁶ ¿Se comprenderá ahora en virtud de cuáles razones “sobraron” en 1934, 6 millones de quintales métricos de trigo, y otros 6 millones en 1935? Cuando se perciben semejantes salarios, ¿quién va a poder consumir pan de trigo? ¿Y si para completar el panorama, añadimos ahora el número de los desocupados: 554.000 en julio de 1933; 666.000 en marzo de 1934?³⁷

* * *

Esa era, en su tercer año de vida, la república “festiva” del 14 de abril. Como en los tiempos sombríos de Isabel, el partido absolutista católico dirigía los destinos de España. Del brazo, esta vez, de los banqueros más viles y de los aventureros más siniestros, un tirano católico, Gil Robles, —a quien el Pontífice besó en la frente, como al otro tirano de Austria, Dolfuss, su hermano en Jesucristo—; emprendió la realización de un vasto plan. Reducción de jornales, aumento de la jornada de trabajo, amnistía para los monárquicos, devolución a los nobles de las pocas tierras expropiadas, reintegración de los militares a sus puestos; todo se fue realizando en poco tiempo, ante el asombro de algunos ingenuos y el aspaviento de algunos hipócritas.

Pero entre tanta Ignominia, un hecho de un alcance incalculable, la Comuna de Asturias, decidió para siempre, los destinos de España.

³⁶ Nelken, “Por qué hicimos la revolución”, pág. 48.

³⁷ Largo Caballero, Discursos, pág. 66.

IV. La crisis actual

1º. La Comuna de Asturias

Desde el instante –octubre de 1934– en que los mineros de Asturias no solo se alzaron contra la reacción encarnada en Gil Robles, sino que proclamaron además la “república obrera y campesina”, España dejó de dar las doce cuando todos los relojes señalaban las cinco. Durante quince días los obreros de Asturias defendieron gloriosamente la “primera comuna proletaria”; durante quince días –armas al hombro– demostraron al mundo que el proletariado asturiano, vanguardia de todas las masas explotadas de España, estaba resuelto a no dejarse engañar ni por los abogados de la burguesía ni por ciertos dirigentes que se decían sus “jefes”.

Gil Robles había elegido el momento oportuno y se dispuso a dar el golpe. En su discurso del 15 de diciembre de 1934 lo dijo sin ambages: “Tenía la seguridad de que la llegada nuestra al poder desencadenaría un movimiento revolucionario”.³⁸ Dentro de su táctica nada torpe era preferible atajar a los obreros cuando no estaban suficientemente unificados, que dejarlos organizar hasta que se volvieran invencibles. Con una ferocidad que sólo puede compararse a la de Thiers en la Comuna de París, Gil Robles desencadenó sobre Asturias la más espantosa de las represiones. Fusilamientos, torturas, prisiones, destierros, de todo cayó sobre Asturias. La denuncia presentada ante el fiscal de la República por Vicente Marco Miranda; la solicitud de interpelación de Félix Gordon Ordas; el informe de Fernando de los Ríos; la carta de Julio Alvarez del Vayo al presidente

³⁸ Jesús Hernández, *Hacia el frente único*, pág. 4, “Ediciones sociales internacionales”, Barcelona.

del Consejo,³⁹ documentos todos de una exactitud terrible, no reflejan; sin embargo más que una parte de aquel horror inenarrable. Porque nadie podrá contar jamás lo que hicieron en Asturias, aterrorizados por la revolución, el bloque indisoluble del ejército, el feudalismo y la banca. Puedo certificarlo yo que poco tiempo después de la masacre he vivido en Oviedo; y en Gijón una de las semanas más emocionantes de mi vida. En el hospital y fuera de él, he visto sobre el cuerpo de millares de obreros las heridas, frescas aún, que dejaron las torturas más infames; puedo certificarlo yo que he visto centenares de mujeres por cuyas espaldas se había hecho correr finos chorros de agua hirviendo; decenas de muchachos cuyos labios fueron cosidos con agujas colchoneras...⁴⁰

Pero en vano las cárceles se llenaron de obreros, de estudiantes, de profesionales, de pequeños comerciantes: ochenta mil o doscientos mil, según algunos. Y en vano, digo, porque los mismos torturados que me mostraban sus heridas hablaban de su revolución como de un “ensayo” y me anunciaban para pronto la victoria segura.

Algún tiempo después el ministro Lucía, uno de los agentes de Gil Robles, le respondió a un periodista que trataba de obtener declaraciones precisas: “¿Qué más queréis que os diga? Las organizaciones revolucionarias prosiguen sus actividades con el mismo espíritu y en las mismas proporciones que antes, como si no hubiera sucedido ninguna revolución en Octubre”.⁴¹ El ministro se expresaba mal porque así le convenía: “Como sí no hubiera ocurrido la represión más terrible”, es lo que no quiso decir.

¿Por qué cayó deshecha la insurrección obrera de octubre en las Asturias? Me limité a indicar las causas principales. Una de ellas, quizá la esencial, ya la dijimos: la clase obrera no eligió el momento para librar la batalla. La insurrección fue una respuesta a una maniobra que la reacción sabía infalible. Pero si esa causa vale en línea general, hay varias otras tan esenciales como ellas. Asturias, por ejemplo, no debía constituir más que un foco en la sacudida que pondría de pie a toda España. Por insuficiente

³⁹ Margarita Nelken las reproduce en su libro ya citado *Por qué hicimos la revolución*, págs. 172-255.

⁴⁰ Ponce, Desde París, en revista “Cursos y Conferencias”, de Buenos Aires, tomo VII, pág. 553 y siguientes.

⁴¹ Hernández, loc. citada; pág. 6.

madurez del movimiento, los grandes centros de la península contestaron a destiempo o respondieron débilmente.⁴² Pero aún así ya pesar de la represión pavorosa, la Comuna de Asturias ha tenido en la historia contemporánea una influencia tan extraordinaria que en mi opinión comienza con ella el más glorioso capítulo de la España Nueva.

Si recordamos un momento la desigual conducta de las masas frente a la reacción en los últimos quince años, los ejemplos de Italia, Alemania, Austria y España representarían otras tantas formas que han venido a enriquecer la experiencia de los trabajadores. En Italia no se supo comprender la situación política y una gran ocasión quedó perdida. En Alemania, las masas mal dirigidas fueron retrocediendo sin presentar batalla: la batalla que en Austria se dio cuando ya era demasiado tarde. En España, en cambio, las masas no esperaron a que la reacción asumiera la plenitud de su fuerza: tan pronto la vieron erguirse se lanzaron a luchar con heroísmo ejemplar. Faltó el enlace suficiente con los otros centros que sólo hubiera podido levantar la insurrección a una escala nacional; faltó el apoyo de los campesinos, que casi no se empeñaron en la lucha; faltó la colaboración de una parte del ejército, y sobró, en cambio, para desdicha del movimiento, el alboroto y la fanfarronada del pequeño burgués, que después de haber lanzado en Cataluña el grito de “república independiente”, sintió a las pocas horas que el corazón desfallecía.

La insurrección de Asturias, derrotada porque no tuvo la colaboración que le era necesaria, dejó sellado, creo yo que para siempre, el frente único del proletariado revolucionario: socialistas, anarquistas y comunistas pelearon hombro a hombro con igual denuedo. Y esa unidad de los trabajadores que la lucha impulsó, repercutió en la doctrina y en la táctica de sus propios jefes. A los pocos días de la revolución, Araquistain expresaba el sentir del Partido Socialista en estas líneas por demás elocuentes si se piensa que pasaron bajo el ojo del censor: “Los socialistas nos olvidamos de lo que éramos y fuimos durante dos años sólo liberales y

⁴² Véase un análisis en Maurin, *Hacia la segunda revolución*, pág. 256 y siguientes. Edición “Alfa”, Barcelona, 1935. Manuel Grossi, un minero que tuvo parte destacada en el movimiento, nos ha dejado un relato de un gran interés en *La insurrección de Asturias*, ediciones “La Batalla”, Barcelona, 1935.

demócratas, como lo eran los liberales y demócratas del mundo entero”.⁴³ En la timidez aparente del lenguaje hay la confesión de un gravísimo pecado, con la promesa implícita de redimirlo. Y esa rectificación de la táctica hasta ayer suicida del Partido Socialista, no ha sido por cierto una de las consecuencias menores de la insurrección. Refiriéndose a la “Comuna” de París, Marx escribió: “Los canallas burgueses de Versalles han colocado a los parisienses en la alternativa de aceptar el reto o sucumbir sin combate. En este último caso, la desmoralización de la clase obrera sería una desdicha mayor que la pérdida de cualquiera de sus jefes”. Por eso, por haber aceptado el reto, y librado la batalla, el proletariado de Asturias salvó al proletariado de España y dio a la marcha de la política la orientación que trajo la caída de Lerroux-Gil Robles y el triunfo del Frente Popular.

2º. El Frente Popular

Antes que ninguno, el proletariado de París había lanzado con motivo de la intentona fascista del 6 de Febrero, la consigna del Frente Popular. En las calles y en las barricadas se había constituido la militante alianza de todas las izquierdas. En oposición al frente internacional de las derechas, con su cortejo siniestro de dictaduras fascistas, se ponía de pie ahora ese otro frente aguerrido de la izquierda en que formaban por igual los obreros y los sabios. Pero si en París nació el Frente Popular entre el tumulto de las plazas públicas, en Asturias nació entre los cañones y las ametralladoras, bajo el signo famoso de las letras simbólicas: “U. H. P.” “¡Uníos, Hermanos Proletarios!”

El ejemplo de Octubre fue tan decisivo contagió de tal manera a las masas obreras españolas, dio una tan poderosa impresión de firmeza que arrastró consigo a todas esas otras capas vacilantes que no siendo obreras en el sentido estricto –pequeña burguesía, intelectuales, empleados,

⁴³ Araquistain, La incompatibilidad con los socialistas en “Leviatan”, noviembre de 1934, pág. 2, Madrid. Compararla con esta frase de Besteiro, pronunciada un año antes, el 14 de Octubre de 1933: “Con el Estado Democrático que hemos creado, con la carta fundamental como pieza jurídica que tiene nuestro país, existe margen suficiente para defender los intereses generales de la clase obrera”. Ver Octubre, pág. 35, Editorial “Renovación”, Barcelona. Folleto redactado por el Comité Ejecutivo de la Federación Nacional de las juventudes socialistas.

estudiantes— son, sin embargo, a igual que los obreros, las víctimas directas del fascismo. La desmoralización de la derecha había llegado a tal extremo a pesar de su “triumfo”, que en el espacio de un año se produjeron no menos de seis crisis ministeriales. Constituido en España el Frente Popular, las elecciones del 16 de Febrero de este año lo llevaron al poder. Gracias a él, la república fue reconquistada; pero la alianza de feudales y banqueros no había sido, ni con mucho, eliminada. Para colmo, Azaña, que reaparecía, había demostrado de sobra que no era un enemigo de temer. Y entre las fuerzas obreras que tironeaban a la izquierda, y Azaña que ponía la proa hacia el centro, las fuerzas de la derecha no se inquietaron demasiado. El jefe del fascismo clerical, señor Gil Robles, declaró sin apurarse mucho: “Debemos confiar en el sentido político del señor Azaña”...

Verdad que apenas las elecciones demostraron el triunfo de las izquierdas, 30.000 revolucionarios encarcelados recobraron su libertad; volvieron los antiguos Ayuntamientos que habían sido depuestos por la reacción; fueron reintegrados gran parte de los obreros despedidos; quedaron restablecidos los derechos de huelga y de reunión; desaparecieron los alardes de las bandas fascistas. No por eso el bloque temible que dirigió durante siglos los destinos de España se consideraba definitivamente desplazado. Por más aplastante que sea, una elección no puede reemplazar jamás a una revolución. En las sombras, primero con menos prudencia después, los agrarios y los banqueros continuaron; movilizandó sus reservas desde las nuevas posiciones a que habían retrocedido.

El gobierno, por otra parte, no era en el sentido estricto un gobierno de Frente Popular, sino un gobierno de izquierda que el Frente Popular apoyaba y presionaba, pero un gobierno temeroso siempre de que las masas lo desborden. En una entrevista concedida al diario “París-Soir”, Azaña declaró el día 20 de Febrero: “Nosotros hemos establecido en vísperas, de la campaña un programa mínimo de reformas. Nosotros nos atendremos a él. Yo quiero gobernar de acuerdo con las leyes. Nada de novedades peligrosas. Nosotros queremos la paz social y el orden. Somos moderados”.

Casi cinco años habían transcurrido desde aquel 14 de Abril en que nació en España la república “jovial”. Experiencias terribles se habían acumulado desde entonces, y ya estaba, entre todas, la Comuna de Asturias con su clara palabra. Como en los tiempos de las Cortes Constituyentes, Azaña seguía

siendo el hombre de la “juridicidad”. A pesar del impulso de las masas, el programa del Frente Popular —nada excesivo, quedó dicho— empezó a cumplirse con desgano. Por desgracia algunas disensiones entre grupos socialistas, comunistas y sindicalistas —que no habían dominado del todo sus viejas rivalidades o que las sintieron renacer bajo la influencia interesada de los provocadores—, llegaron muchas veces hasta el atentado a mano armada. Si eso ocurría entre las filas de la revolución, ¿qué tiene de extraño si los elementos más tibios del gobierno, cuya apatía es difícil distinguir a menudo de la traición, trababan o retardaban: la realización del programa prometido?

Esta vez, sin embargo, las masas obreras y pequeño-burguesas ya estaban curadas de ilusiones reformistas. Los mismos que hace años prometían la “lenta y progresiva realización” de todas sus aspiraciones, eran los mismos que ahora —dicho sea en honor del Partido Socialista Español, que supo salir a tiempo del pantano— las ponían en guardia contra los viejos errores.⁴⁴ Nada ya de confiar a otras clases el cumplimiento de lo prometido. Por sus propios medios, los obreros y campesinos empezaron al día siguiente de las elecciones de Febrero a conquistar las mejoras que deseaban. Mientras los abogados discutían, los campesinos ocupaban las tierras, los obreros se apoderaban de las fábricas. Eremburg, que anduvo por España en esos meses, nos ha dejado un cuadro singularmente expresivo.⁴⁵ Pocos ejemplos nos permitirán reconstruirlo. En Asturias, algunos, patrones decretaron el “lockout” a sus obreros. Con el pretexto de que había demasiado carbón, suspendieron los trabajos. Los obreros, entonces, resolvieron continuar la explotación por ellos mismos. —En Barcelona, los trabajadores de una vidriería dirigen también la fábrica que su dueño abandonó. —En Madrid, los empresarios de los tranvías no querían reincorporar a los obreros despedidos en Octubre de 1934. Y no los reincorporaron a pesar de los decretos del gobierno. Las cosas hubieran quedado ahí, si los obreros no se hubieran apoderado de la empresa: los tranvías llevan ahora las letras gloriosas que los obreros de Mieres lanzaron en Octubre como santo y seña: U. H. P.

⁴⁴ Largo Caballero, Discursos. Edición de la “Juventud Socialista Deportiva y Cultural”, Rosario, Argentina, 1936.

⁴⁵ Eremburg, La revolución española vista por un escritor soviético, en “Leviatán”, 1º de Julio de 1936, Madrid.

Adonde el gobierno del Frente Popular no puede llegar, porque no tiene prisa o porque no se decide, ahí están los obreros para alcanzarlo. Porque lo cierto es que en los cinco meses de gobierno, el Frente Popular no demostró, no digo; ya la celeridad con que en Francia impuso su programa, sino, ni siquiera la capacidad defensiva que le hubiera llevado a desmontar la máquina que Lerroux y Gil Robles armaron laboriosamente. Bajo el gobierno de Gil Robles fueron concedidas 250.000 “licencias de armas”: para los monárquicos, los carlistas, los católicos, los nacional sindicalistas, los primorriveristas. Es decir, todos los matices de la reacción. Día tras día, en la República del Frente Popular, los militares anunciaban su golpe de mano, el clero predicaba la guerra santa contra el marxismo, los fascistas disparaban sus pistolas contra los obreros. En las calles de Navarra podía leerse en cualquier esquina, “¡Viva Dios y muera Azaña!”. Y mientras el ex duque de Hornachuelos seguía siendo propietario de 50.000 hectáreas sin cultivar, 11.000 campesinos de Olivenza no tenían a su disposición ni siquiera una lonja de terreno.

Cierto es que en algunas regiones, los campesinos resolvieron, sus asuntos como los obreros hicieron con los suyos. El 9 de Marzo de este año —y es posible que la fecha quede marcada para la historia—, los campesinos del pueblo de Cenicientos, de la provincia de Toledo, se dirigieron al dominio de un señor, desarmaron a los guardias, levantaron un inventario minucioso, devolvieron los objetos de lujo que no servían para el trabajo, y dejaron constancia en acta pública que la finca pasaba a ser propiedad común. Nada más que en la provincia de Toledo hay ya casi una cincuentena de estas explotaciones colectivas, que espontáneamente han creado los paisanos. Signo bien elocuente de la voluntad y la conciencia de las masas españolas, pero signo no menos elocuente también de la debilidad, la indecisión, la tibieza, o lo que sea, de la República del Frente Popular. Los campesinos y los obreros deben conquistar por sus propias fuerzas las nuevas formas de vida que la República de Abril y la República de Febrero no hicieron nada más que prometerle.

En estas circunstancias y en esta atmósfera estalló el 17 de Julio de 1936, en la plaza de Melilla, el movimiento restaurador que ha convertido a España en un campo de batalla.

3º. La insurrección del 17 de Julio de 1936

Tan pronto llegaron las primeras noticias de la sublevación algunos hechos significativos se destacaron: Lerroux y Gil Robles habían huido de España; Franco y Sanjurjo aparecían como jefes militares; March, como uno de los tantos banqueros que financiaban la revuelta. De los dos primeros, ya sabemos lo bastante: Gil Robles, como representante de los grandes terratenientes y como agente convicto del Vaticano; Lerroux, como abogado vil de la burguesía industrial y financiera, formaron la pareja sangrienta que aplastó en Octubre la insurrección de los obreros. A Sanjurjo ya lo vimos como jefe de la Guardia Civil y como primer insurrecto contra la república de Azaña. De los otros dos, nada hasta ahora habíamos dicho en esta síntesis apresurada que apenas si se detiene en los nombres personales. Pero ahora es importante dedicarles cuatro líneas.

Un escándalo notorio hizo popular dentro y fuera de España a la siniestra figura del banquero Juan March; aventurero de la peor especie que Manuel Benavidez ha llevado a la novela bajo el título por demás elocuente de “El último pirata del Mediterráneo”.⁴⁶ Entre crímenes y estafas, el contrabando le permitió reunir una fortuna inmensa. La opinión pública veía en él ya tal extremo la repugnante corrupción de la Monarquía y la Dictadura, que la república del 14 de Abril no tuvo más remedio que llevarlo hasta la cárcel (15 de Junio de 1931). Pero la república del 14 de Abril —ya sabemos por qué— tenía el corazón tan blando que se dejó enternecer. En las salas de la cárcel, en el centro de vigilancia, en las galerías, March recibía a sus colaboradores, discutía con sus amigos, transmitía órdenes y firmaba cheques... Los oficiales de la cárcel se sacaban la gorra cada vez que le hablaban. Y un buen día, lo dejaron escapar.⁴⁷

Ese es el hombre en quien no falta una sola de las lacras del antiguo régimen y que contribuye a financiar hoy con sus millones la restauración del mismo régimen que lo engendró y protegió.

La represión de Asturias dio vasta nombradía al general Franco, que hasta entonces no tenía otra reputación que la de un buen “africano”. Para deshacer las insurrecciones del proletariado, las burguesías con

⁴⁶ Editorial “Cosmos”, Barcelona, 1934.

⁴⁷ B *El último pirata del Mediterráneo*, pág. 3-15 y siguientes.

imperio colonial en África han tenido siempre en sus generales de Argel o de Marruecos los instrumentos más adecuados de su venganza. Fue un general de África, Cavaignac, el que masacró a los obreros de París en la primera gran insurrección del proletariado (jornadas de Junio de 1848): es ahora, Franco, otro general de África, el que repite contra la República del Frente Popular la misma marcha que en tiempos de Lerroux-Gil Robles trajo la derrota de la “Comuna” de Asturias. A Franco se debe, en efecto, el feroz hallazgo del Tercio extranjero como la más adecuada de las armas en las luchas contra el proletariado. Formado con la escoria de todos los países, los tercios de África están acostumbrados desde hace muchos años al asesinato y el pillaje. En esa forma se les dijo que se debía “pacificar” a los indígenas; en esa forma se les repitió después que debían pacificar a los obreros. Con esos miserables, Franco aconsejó que se pusiera punto final a la protesta de Octubre; con esos mismos miserables se dispuso ahora a poner punto final al ascenso revolucionario de las masas. Porque todos estos grandes de España que se han pasado la vida haciendo gárgaras con la religión y con la patria, aceptan invariablemente los aliados más inverosímiles cada vez que sienten temblar el suelo bajo los pies. En el momento más difícil de la sublevación de los Comuneros, cuando el poder de Carlos V estuvo en un tris de derrumbarse, el condestable de Castilla le aconsejó al emperador que pidiera el apoyo de los turcos... Ahora que los bisnietos degenerados de ese mismo condestable comprenden que la Historia los ha arrojado para siempre, no vacilan tampoco en reclamar el auxilio de los banqueros más turbios, ni en prometer a Italia y Alemania pedazos de la patria, ni en confiar a las armas de los moros herejes el rescate de sus Santos Doblores.

...

Terratenientes, obispos y banqueros, se encontraron reunidos otra vez. Desde meses atrás se venía hablando de este golpe. Y así como ya dijimos que la derecha terrorista tenía relativa impunidad para disparar sus armas contra Jiménez de Azúa o Caballero, o para asesinar a mansalva a dirigentes obreros de renombre escaso, hubiéramos podido agregar también que los generales y los coroneles enemigos de la República del Frente Popular tenían la suficiente libertad para realizar las maniobras en los lugares que elegían, para fortificar de antemano los puntos; estratégicos, para apostar en los centros más vitales las tropas que les respondían.

En vano la prensa de la izquierda denunciaba diariamente la restauración feudal-capitalista que se acercaba a toda marcha. Con fecha 20 de Junio, un mes antes de la sublevación, el editorial de la revista “Juventud” de Madrid decía lo siguiente: “Todavía no se ha realizado dentro de los cuerpos armados del Estado la labor de republicanización precisa para que éstos sean una garantía segura de la revolución democrática”. Y pocas páginas más adelante denunciaba con fotografías la organización fascista titulada “Unión Militar Española”, asegurando que tenía sus cuarteles en Burgos y Zaragoza; que March les había abierto un crédito ilimitado, y que el gobierno podía encontrar los el día que quisiera en la taberna tal y cual, de los Cuatro Caminos. Siete días después, el mismo semanario denunciaba de qué manera los carlistas se aprestaban en Navarra, con el apoyo financiero de Joaquín Bau, el millonario de Tolosa, fabricante de aceites; y cómo recibían además las oportunas sugerencias del secretario del “Fascio Italiano”, de Barcelona, y de unos sospechosos ingenieros alemanes de la casa Siemens. “¿Qué espera el gobierno de la República?”, se preguntaba “Juventud”. Y el 4 de Julio, dos semanas antes del estallido, el editorial llevaba por título “¿Hasta cuándo?” “¿Hasta cuándo el gobierno –dice–, cuyo principal punto de apoyo son los trabajadores, va a mantener su actitud vacilante?”.

Para responder a la tempestad que se acercaba, la República apenas si disponía de algunas milicias y unas tropas de asalto. Cuando el asesinato de Calvo Sotelo –jefe civil del movimiento– precipitó la fecha del estallido, el gobierno de Madrid se encontró en el desamparo.

4º. El pueblo en armas

Los primeros días, lo sabemos bien ahora, fueron de un desconcierto que pronosticaba el desastre inminente. A través de unas sobrias palabras de Alvarez del Vayo nos ha llegado el testimonio directo: “No negamos que cuando estalló la revolución nos encontramos en una posición extraordinariamente grave”. La lealtad de los marineros de la armada impidió el transporte de los 40.000 soldados de África con que Franco contaba y que le hubieran dado la victoria instantánea. Pero a pesar de tan grave tropiezo, la sublevación estudiada largamente se inició y desarrolló con un empuje extraordinario. El gobierno del Frente Popular hubiera

caído ineludiblemente si las circunstancias no le hubieran obligado a echar mano del recurso que salvó a la Convención francesa en 1793: lanzar al pueblo armado en defensa de la república en peligro. A pesar de la distancia y del ambiente un fenómeno similar se ha repetido: contra la coalición de los monarcas, ayer, y contra la rebelión fascista en la España de hoy, sólo el fervor de los obreros y campesinos, los estudiantes y los empleados, los muchachos y las mujeres ha sido capaz de atajar la insurrección.

El ejemplo magnífico de los mineros de Asturias renació en las milicias del Frente Popular, y lo que no se había podido realizar en cinco meses de gobierno, se impuso en un día bajo el peligro de los mercenarios de Franco: la unidad antifascista de la España Nueva.

Una nueva república, en verdad, es la que está luchando, hace ya irías de un mes: una nueva república cargada de porvenir como jamás lo tuvo España. ¿Es, acaso, la república burguesa esta que ahora defienden los obreros y los campesinos, los profesores y los ex ministros, los chiquillos y los viejos? ¿Es la “democracia”, tal como hasta ahora se conoció en España, esta república vestida de “overall” que ha movilizado ya en su contra a la Italia lictoria y a la Alemania parda?

¿Una guerra defensiva, nada más, contra la agresión armaba de los viejos enemigos: el terrateniente ocioso, el fraile parásito, el industrial voraz, el financiero ávido? ¿O se trata, acaso, de algo nuevo, que asomó por vez primera en las revueltas obreras del 28 de Junio de 1854, que se afirmó con más conciencia en el 73, que se encrespó y aumentó de volumen en las olas huelguísticas del final del siglo XIX, que asestó en Octubre de 1934 una herida mortal al fascismo de España?

Plantear las preguntas equivale ya a resolverlas. La república de “overall”, que está ahora con el arma al brazo, es el hecho más decisivo de la historia de España. Desde la insurrección de los mineros asturianos, dijimos ya que España había puesto en hora su reloj; desde la actual república en traje de mecánico, España acaudilla a los trabajadores del mundo. Porque un hecho es seguro, inevitable, fatal: el proletariado en armas que ha calvado al gobierno del Frente Popular no ignora por qué ideales se está haciendo matar. Tiene ya a su lado, a todas las fuerzas vacilantes de la pequeña burguesía que hasta ayer lo miraban con recelo. Y si es alianza se ha formado sobre todos los frentes es porque resulta

indudable que en este momento de la evolución del mundo no hay más que dos líneas de enemigos: de un lado, un puñado de explotadores que el capitalismo internacional apoya; del otro, la totalidad de los explotados que la vanguardia proletaria arrastra. No es la defensa de un orden lo que ha hecho levantar a España su puño cerrado: es la convicción ardiente de que ha llegado la hora de cumplir las promesas tantas veces traicionadas. Y puesto que la burguesía se mostró incapaz, ahí está la clase obrera para cumplirlas con sus propias manos. Con esta diferencia que señala la altura del tiempo en que vivimos: cuando la clase obrera de hoy se dispone a realizar la revolución democrática ésta no puede ser sino el prólogo de la revolución socialista.

Se dirá, con razón, que lo anterior implica una buena dosis de profecía. En el momento actual no se ha definido todavía dé qué lado se inclina la *balanza*, y por lo mismo, todo lo que se diga sobre las consecuencias del actual momento no puede resultar sino incierto.

No hemos ocultado — no podríamos hacerlo — que para nosotros, no sólo la suerte futura de España está definida a favor de la revolución obrera, sino también que la suerte inmediata está favorecida por la misma corriente de los hechos. No vamos a caer en la ingenuidad de discutir la insurrección desde el punto de vista militar. La superioridad técnica innegable de los fascistas ha quedado compensada por la decisión combativa de las milicias obreras y por la duración de la lucha que permitió organizarlas. Fanatismo religioso enardece a algunas de las tropas irregulares del fascismo; pero con ser estas muy escasas —la mayoría la forman como sabemos, la resaca miserable de la Legión Extranjera— no pueden encontrar en las regiones que ocupan la cordial simpatía que acoge en todas partes al proletariado en armas.

Admitamos como una hipótesis posible, aunque no probable, que a pesar de todo eso, el golpe restaurador llegase a triunfar. Una ola de terror blanco, más terrible que la posterior a octubre en las Asturias, inundaría a España durante quién sabe cuánto tiempo. En los lugares donde han impuesto ya su tiranía, los fascistas han implantado en todas partes los tenebrosos “campos de concentración” de la Alemania parda. Pero permítaseme, por segunda vez, que invoque ahora un testimonio personal. He

pasado por Asturias, ya lo he dicho, poco tiempo después de la sublevación de octubre bajo el terror, de Lerroux y de Gil Robles, En Oviedo y en Gijón he tenido el honor de compartir, durante algunos días, la amistad de los mineros. Las tendencias políticas en que antes se dividían se habían atenuado dentro de un firme bloque antifascista. De la represión espantosa sólo quedaba el recuerdo de una gran infamia a vengar. Algunos años atrás, tal vez, el movimiento obrero habría quedado deshecho. En los días que vivimos no hay posibilidad de detenerlo. He contado en otra oportunidad cómo una tarde en el hospital de Oviedo, mientras visitaba a los obreros no repuestos aún de las heridas, uno de ellos me contaba los episodios en que había intervenido, con una imprudencia tan innecesaria, que me creí obligado a señalarle con un gesto, el soldado de fusil y bayoneta que se paseaba en la puerta de la sala. Mirándolo con desprecio, se volvió después hacia mí para decirme: “¿Cuidarme?... ¿y para qué? Los fuertes... los fuertes somos nosotros”.

Ese era el espíritu no sólo de las masas obreras después de la reacción sangrienta, sino también el de la pequeña burguesía que sufrió igual que aquella los crímenes y los tormentos del terror fascista. Y si eso ocurría en los tiempos en que para defenderse del fascismo habían tenido las masas que arrancar con sus propios medios las armas al gobierno, ¿qué no será ahora en que el mismo gobierno se las ha confiado y en que ha llegado por fin la anhelada ocasión de vengar la “vieja afrenta”?

Unas cuantas preguntas se imponen, sin embargo. En el supuesto de que la insurrección quede deshecha, ¿las milicias obreras que han salvado a la República, serán capaces del suicidio que implicaría deponer las armas? Si las retienen, y se convierten de hecho en el brazo armado de la nueva República, ¿podrán resistir a la ofensiva fascista Internacional que apoya ahora a los insurrectos y que provocará después la inevitable intervención? ¿Disponen las masas obreras, en este mismo instante, de la organización adecuada y de los “cuadros” suficientes? Las dos primeras preguntas son imposibles de contestar, pero dependen, en gran parte, de la última.

Si antes del estallido del 17 de julio me la hubieran formulado, quizá hubiera dicho que no. Pero en este mes y medio que llevamos de lucha, la defensa de la República no sólo ha cohesionado en torno del proletariado a los sectores más heterogéneos, sino que ha entregado a las masas mismas el control casi total de su propio gobierno: organización de suministros, di-

rección de la producción, régimen de justicia, etc. Este hecho tiene de por sí una significación que quizá sea decisiva. Gracias a él, cuanto más dure el conflicto, más ascenderán las masas y sus jefes en la tarea difícil de su propio esclarecimiento. “La revolución –escribía Lenin en 1905– enseña de un modo tan rápido y fundamental que parecería increíble en los períodos pacíficos de desarrollo económico. Y, lo que es particularmente importante, enseña no sólo a los directores, sino también a las masas”.

Detengo aquí las conjeturas. Las deficiencias del movimiento obrero en España –resabios pequeño-burgueses, fragmentación en varios partidos que se entrechocan, escasez de equipos sólidamente capacitados– irán desapareciendo en el curso mismo de la lucha actual y en el largo y doloroso conflicto que vendrá después de la victoria. La capacidad creadora de las grandes masas tiene reservas incalculables. La defensa de la República ha demostrado ya, de lo que es capaz el entusiasmo y la voluntad de todo un pueblo.

De lo que será capaz quizá podamos entreverlo a través de este rasgo que Eremburg ha relatado y que bien merece quedar al final de nuestro examen como una afirmación varonil de emocionante belleza. A un obrero de Turón, a quien después de octubre de 1934, un tribunal militar condenó a la última pena, Eremburg le preguntó durante cuánto tiempo había estado esperando la muerte. Y el obrero le dijo: “En capilla estuve quince meses. Pero yo no esperaba la muerte; esperaba la revolución”.

(*Discursos*. Edición de la “Juventud Socialista Deportiva y Cultural”,
Rosario, Argentina, 1936.)

La cuestión indígena y la cuestión nacional*

* *Aníbal Ponce, Obras completas*. Tomo IV. Revisadas y anotadas por Héctor P. Agosti, Editorial Cartago, Bs. As., 1974

I. Evolución del Problema Nacional

El problema llamado “nacional” no es un problema formal de esos que se plantean en lo abstracto y se resuelven para siempre; ni es tampoco un problema circunscripto cuya solución no interesa más que a lo próximo inmediato. Configurado por todo el curso del desarrollo social, ha aparecido en cierto momento de la historia, ha experimentado transformaciones varias y exige, por lo tanto, un planteamiento desigual según las épocas, el medio social, el carácter del poder establecido en cada país y la correlación de fuerzas entre las clases sociales que se enfrentan. Con el deseo de asentar sobre premisas firmes el desarrollo de las consideraciones relativas a la cuestión indígena en la América nuestra, esbozaremos hoy, en un esquema rapidísimo, la evolución del problema llamado “nacional”.

Es bien sabido que el movimiento nacional corresponde, por su origen, al período ascendente del capitalismo. Tan pronto las burguesías europeas, en sazón juvenil, empezaron a trepar con paso cada vez más firme, el aislamiento propio del régimen feudal cedió ante la progresiva centralización que las exigencias del comercio iban imponiendo. Asegurar un mercado “propio” para sus productos, y desplazar de ese mercado a los rivales, eso fue para cada burguesía la aspiración que dio en llamarse “nacional”. Cuando la colmaron, los estados “nacionales centralizados” aparecieron en la historia.

Pero si en el occidente europeo el capitalismo comercial levantó a las nacionalidades sobre las ruinas del feudalismo, otras circunstancias crearon también “estados centralizados” de Europa, con anterioridad a la formación de un mercado propio o “nacional”. A causa de las invasiones de los turcos y de los mongoles, por ejemplo, muchos principados de Oriente debieron unificarse en condiciones distintas y precarias. Arrastrando a sus raquíticas burguesías, dichos principados constituyeron un “Estado

multinacional”, dentro del cual la burguesía menos débil se alió con los restos feudales más vigorosos para tomar la hegemonía. Resultaron así Estados “mixtos” que se convirtieron con el tiempo en verdaderos campos de batalla de la “cuestión nacional”. Lo que en el oeste de Europa fue excepcional –el caso de Irlanda, en Inglaterra– se dio en el este como lo habitual: dentro de Austria, Rusia, etc., muchas nacionalidades se agitaban bajo el yugo de una “nación”. Mientras que en los Estados “nacionales centralizados” –que llamaremos “uninacionales”, para excusar y ahorrar letras– una burguesía pujante había aplastado al feudalismo, eliminando a las burguesías rivales y conquistando el mercado “propio”, en los Estados “multinacionales”, las burguesías escasamente desarrolladas que coexistían de mala gana no pudieron sino pactar con el feudalismo y someterse a la presión de los rivales más emprendedores: los magiares en Hungría; los alemanes en Austria; los grandes rusos en Rusia.

A medida que el comercio y las vías de comunicación se desarrollaban en el interior de los Estados “multinacionales”, los conflictos internos se agudizaban. Cada una de las burguesías oprimidas aspiraba a conquistar también su “propio mercado” y a romper el yugo de la burguesía opresora de la metrópoli que le negaba no sólo la libertad de industria y de comercio, sino de lengua y religión.

En representación no sólo de los intereses de su clase, sino además de los de “su pueblo”, las burguesías oprimidas empezaron a agitar la “cuestión nacional”. La importancia y la violencia de cada problema nacional dependió, en buena parte, del grado de participación de las clases obreras y campesinas, que aunque tenían intereses propios y hasta antagónicos a los de la burguesía, se sentían asfixiadas, también, por la opresión de la metrópoli.

Durante todo este período, marquémolos bien, la “cuestión nacional” –que nació con la burguesía en su etapa ascendente– continuó planteándose dentro del orden burgués, y aunque asumió a veces carácter “popular”, con apariencias de cuestión “común” a la burguesía y los obreros, siguió siendo un conflicto entre clases burguesas, que en lo esencial sólo a ellas interesaba y aprovechaba. Nadie habrá olvidado cómo fue de eficaz, en manos de los Aliados, durante la Gran Guerra de 1914, la consigna relativa al “derecho de los pueblos a su libre determinación”. Pero nadie habrá

olvidado, tampoco, porque es historia de ayer, cómo al día siguiente de la “solución” del problema nacional en Europa –con el desmembramiento del estado “multinacional” austríaco, por ejemplo, y la “liberación” de una serie de naciones oprimidas– pudo verse, con toda claridad, que las naciones recién nacidas sólo habían pasado, de la servidumbre a la vieja metrópoli, al vasallaje de la nueva metrópoli del “grupo imperialista” que la había incorporado. Cuatro o cinco “grandes potencias”, en efecto, se habían dividido el control económico del mundo, y dentro del campo de sus influencias respectivas cada nueva “nación” comenzó a sufrir el dogal de una opresión más sutil pero no menos tremenda que la de antes. Basta abrir un libro contemporáneo de geografía política, aunque sea el muy humilde de Horrabin, para ver cómo ha sido “resuelta” la cuestión nacional en la época del capitalismo imperialista...

Pero si la cuestión nacional se ha mostrado insoluble dentro del ámbito burgués, la historia contemporánea nos demuestra cómo se ha desplazado y engrandecido al trasladar su centro de gravedad desde el orden burgués al orden proletario. Y ese nuevo aspecto del problema, que trataré de modo más pausado en otro artículo, es lo que ahora debemos tan sólo subrayar.

En la última etapa de su desarrollo, el “problema de la liberación nacional” se ha revelado tan inextricablemente unido a la lucha antiimperialista que lo que fue, hasta ayer, consigna de la burguesía, ha pasado a ser, con distinto contenido, consigna del proletariado. Ese cambio radical en la manera de plantearlo –no hay solución al problema nacional sin ruptura con el imperialismo– nos está indicando no sólo el nuevo clima dentro del cual ha comenzado a vivir la “cuestión nacional”, sino la jerarquía que ha asumido en la lucha revolucionaria de las grandes masas.

Quede apuntado, por hoy, ese viraje del problema. Tan fundamental que nos guiará en lo sucesivo para plantear y resolver en términos precisos la emancipación económica y política de América latina.

[México, 17 de noviembre de 1937]

II. El nacionalismo contra las naciones

En una ocasión memorable, el ministro austríaco Beist dijo a su colega húngaro: “Gobierna tus hordas, que yo me encargo de las mías”. Aunque

la frase casi no necesita traducción, equivalía a decir en buen romance: representamos a dos naciones privilegiadas dentro de “una nación” y tenemos por lo mismo el derecho de aplastar a las demás. Las demás –“las hordas”– nunca encontraron equilibrio dentro del orden burgués. Y aun peor: con deliberada perfidia, las nacionalidades que asumieron la hegemonía fomentaron las rivalidades entre las “hordas” para hacerlas servir mejor a sus designios. Y si dentro de Austria, los polacos sometidos subyugaban a su vez a los eslavos de Galicia –doblemente oprimidos–, dentro de la vieja Rusia el odio entre los armenios y los georgianos había licuado a tal extremo que en la región del Zanguezur la mayoría armenia degolló a todos los tatares, como en la provincia de Najichevan la mayoría tatar degolló a todos los armenios...

Ya Platón sabía y enseñaba que la mejor manera de impedir la rebelión de los esclavos consistía en atizar sus diferencias nacionales. Y si el consejo era válido para la “turba vil” en que reposaba el mundo antiguo –“instrumentos que viven”, “bestias dotadas de palabra”– ¿cómo no habría de aplicarse con igual eficacia a las masas explotadas del mundo moderno cuya temida unidad se; retrasaba así bajo la atmósfera asfixiante de la desconfianza recíproca? Obreros checos rompían las huelgas de los obreros alemanes y hasta formaban alianzas con su propia burguesía expoliadora con tal de derrotar a sus “odiados enemigos” de la misma clase.

Aisladora de naciones, fomentadora de discordias, eso fue y sigue siendo la “cuestión nacional” dentro del orden burgués. Y mientras, por un lado, las burguesías sobreponían siempre los permanentes intereses de “clase” a sus rivalidades transitorias como “naciones” –hasta el extremo de que el “patriota” Thiers mendigó y obtuvo el apoyo del “odiado” Bismarck para mejor masacrar a sus “connacionales”, los obreros de París–, no dejaban de estimular, al mismo tiempo, las rivalidades nacionales entre los pueblos oprimidos para impedirles que alcanzaran la clara conciencia de su unidad proletaria.

Una hábil propaganda contribuía, además, al mismo fin. Cuando los pueblos oprimidos levantaban demasiado la voz y llegaban a convertirse en un peligro, sus burguesías respectivas empezaban a hablar de legislaciones y reformas, como si la “cuestión nacional” –vinculada

orgánicamente a la íntegra estructura del sistema económico— pudiera ser resuelta agregando o suprimiendo un artículo a la constitución. Regularizar mediante leyes las relaciones de las nacionalidades dentro del Estado burgués, ésa fue la solución que propusieron los teóricos de la burguesía y que aceptaron alborozados hasta algunos “socialistas”... El 30 de marzo de 1925, el “camarada” Semitch aseguró en la comisión yugoeslava, con todo desenfado, que la cuestión nacional se reducía a una cuestión constitucional...

¿Y qué otro significado tenía también la “autonomía cultural” quo dos notorios líderes obreros, Springer y Bauer, habían saludado, años atrás, como la más acabada solución del viejo pleito?

“Constitucionalistas”, por un lado; “culturalistas”, por el otro, marchaban a lo mismo: a conquistar algunas posiciones en la letra, dejando todo el poder económico y político en manos de las nacionalidades opresoras.

Cuestión interna y local, en apariencia, el “problema nacional” fue mostrando poco a poco la enorme complejidad de su estructura y cómo para resolverlo de verdad hay que transformar no esta institución o aquel artículo, sino la totalidad del régimen social que lo ha creado. La liberación política a la manera de Polonia o de Finlandia ya sabemos que elude lo más esencial de la cuestión: bajo la opresión nacional o la opresión imperialista, las masas populares siguen siendo “hordas” despreciables, “instrumentos que viven”.

Ligada a la lucha contra el imperialismo, la “cuestión nacional” es insoluble dentro de un régimen social que no puede subsistir sino con el vasallaje económico y político de las naciones “inferiores”. Dentro del orden burgués, el “nacionalismo” es el peor enemigo de las nacionalidades.

[27 de noviembre de 1937]

III. El totalitarismo y las nacionalidades

El siglo XIX conoció una “cuestión nacional” exclusivamente reducida a un conjunto de pueblos que constituían una “élite”. Porque hasta en este problema aparentemente único de las nacionalidades oprimidas aparecieron también las jerarquías y los distinguos según que entraran en juego el nacionalismo “culto” o el “inculto”.

La liberación de Irlanda, de Polonia o de Finlandia, formaban parte de la cuestión nacional “civilizada y culta”: la única que merecía la atención de las burguesías, y por la cual era legítimo arrebatarle o indignarse. ¡Qué horrible fastidio para las pequeñas burguesías románticas de Europa si les hubieran prohibido declamar sobre la desdichada Polonia esclavizada!

Pero al lado de Polonia, de Irlanda o de Armenia, otra cuestión nacional, “incivilizada” e “inculta”, se agitaba en África, en Asia y en América. Millones de individuos, pertenecientes algunos a pueblos de historia milenaria, sufrían la opresión nacional más espantosa. Nadie reparaba en ellos, nadie los creía dignos de inspirar un discurso en el mitin o en la cátedra. ¿Qué burgués liberal con suficiente estima de sí mismo se hubiera dignado levantar la voz por los indígenas “bárbaros” o los negros “bestiales”? Para que las burguesías europeas redondearan sus negocios, los negros, los amarillos y los indios debían morir en las “colonias”. Y como las metrópolis imperialistas más opulentas entregaban de cuando en cuando a los obreros “blancos” los relieves de su mesa, fue cundiendo entre la “aristocracia” del proletariado y entre los teóricos de la socialdemocracia un despego cada vez más acentuado por todas las cuestiones relativas a la liberación de los pueblos coloniales. ¿Quién podría olvidar la conducta del laborismo inglés cuando tuvo la ocasión de “resolver” el problema de la India? Ramsay MacDonald, Ramsay MacDonald... ¡Ah, si se pudiera como en otros tiempos abofetear a los cadáveres!

No se engañaba Federico Engels cuando atribuía “el paso lento y medido” del proletariado inglés a su situación privilegiada en el más vasto imperio colonial del globo. Mientras la aristocracia obrera participó con unas migajas en el monopolio de la burguesía, ¿cómo iba a colocar sobre un mismo plano de igualdad a los checos “cultísimos” y a los hindúes “atrasados”? El problema de las colonias y semicolonias, con sus decenas de nacionalidades incultas” —ochocientas nada más en la India—, tenía que quedar, como quedó, totalmente alejado de su reflexión y su interés.

En circunstancias parecidas al laborismo inglés, la socialdemocracia alemana se había echado a caminar por el desvío peligroso que en 1914 la llevó a votar los créditos de guerra. Y si para Kautsky el problema de las nacionalidades nada tenía que ver con la lucha abierta contra el imperialismo, no puede extrañarnos que afirmara al mismo tiempo que si la revolución

proletaria hubiera triunfado en Austria, los checos oprimidos hubieran sido fatalmente germanizados: “la cultura moderna –decía– llevada por los alemanes hubiera, sin la menor presión, transformado en alemanes a los pequeños burgueses, campesinos y proletarios checos atrasados, a los cuales nada podía dar su nacionalidad raquítica”. ¡Con el triunfo del proletariado las “naciones raquíticas” estaban, pues, condenadas a desaparecer! La coherencia es, por lo tanto, perfecta. El que adopte frente al problema de las nacionalidades el punto de vista de la burguesía –la cuestión nacional es un problema que se soluciona con reformas– no puede sino llegar a las soluciones que la burguesía aplaude: aun bajo el poder obrero las nacionalidades “superiores” están destinadas a devorar a las “raquíticas”...

¿Los hechos han confirmado la previsión de Kautsky? El único ejemplo de poder obrero que hasta hoy conocemos no sólo constituye el desmentido más rotundo, sino que nos indica el camino en que el problema de las nacionalidades encontrará su solución cabal. Al ensanchar el cuadro de la cuestión nacional y vincularlo a la liberación de las colonias y semicolonias “incultas”, el proletariado revolucionario ha formado el vasto frente de lucha que, desde la América indígena hasta la China de los ejércitos libertadores, resolverá en día no lejano el secular problema de las nacionalidades oprimidas. En el primer Estado obrero y campesino, ¿las nacionalidades “raquíticas” han desaparecido de pronto al contacto irresistible de las nacionalidades “superiores”? Basta recurrir al testimonio de los propios enemigos de la URSS para encontrarse con esto hecho evidente a todas luces: después de demostrar con acciones decisivas su voluntad de no agresión –retirada de los ejércitos en el norte de Persia y de Mongolia, reconocimiento del derecho de Finlandia y Armenia a su libre determinación–, el poder obrero y campesino reconoció a todas las nacionalidades como Estados independientes; proclamó como únicas legítimas las alianzas libremente consentidas; y ayudó a las “nacionalidades atrasadas” en su ascenso económico y cultural. Calmucos y kirguises, buriatos y cheremisos –pueblos desconocidos, pueblos “bárbaros”, pueblos “incultos”– ascendieron de pronto a una vida superior, liberada y digna, y en vez de sucumbir al contacto de los pueblos cultos, un hecho extraordinario se produjo: la revolución socialista no ha disminuido sino aumentado el número de idiomas ...

Mientras la “cuestión nacional” aguardó su solución dentro del orden burgués, la respuesta no llegó jamás. Y no llegó porque son inconciliables

los intereses del libre desarrollo de las nacionalidades con la voracidad de una clase social que sólo puede subsistir ensanchando cada vez más su sistema general de explotación.

[16 de diciembre de 1937]

IV. Los Pueblos “Inferiores”

En su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, que lleva fecha de 1754, Rousseau expuso con agudeza hasta qué punto el hombre primitivo llevaba a los otros animales la enorme ventaja de su capacidad de desarrollo. Es casi de la misma época la definición de Franklin: “el hombre es un animal que fabrica útiles”. De acuerdo en lo esencial, los dos cargaban el acento sobre la originalidad propia del fenómeno social humano. Asentadas indudablemente sobre las leyes de la biología, las sociedades humanas obedecen además, y en especial, a otras leyes que les son privativas. Sólo el desconocimiento de esas comprobaciones elementales puede llevar a transferir a los problemas humanos, los métodos y el criterio de la llamada “historia natural”.

Tratándose del hombre pasan a segundo y hasta a tercer planos cuanto atañe a la fuerza, la resistencia y el vigor físicos. Para nosotros los modernos, acostumbrados al desarrollo fantástico de la técnica, resulta de una comicidad trágica el asombro y el desconcierto de los caballeros feudales frente a los primeros villanos armados de mosquetes. Era, sin embargo, toda una concepción del mundo la que se derrumbaba, y no anduvo descaminado Paolo Vitelli cuando en defensa de sus prejuicios sobre la sangre y el linaje mandó arrancar los ojos y cortar las manos a los arcabuceros que había hecho prisioneros: “porque le parecía monstruoso —dijo— que un noble caballero pudiera ser herido de tal modo por un infante despreciable”.

Ya no nos parece “monstruoso” lo que a Vitelli inspiró una reacción tan feroz: la superioridad de un grupo sobre otro —nación, tribu, clase— es la posesión o no posesión de los útiles, de la técnica, de los instrumentos de trabajo y de combate. En el triunfo del arcabuz sobre la armadura no hay otra cosa que el triunfo del modo de producción burgués sobre el modo de producción feudal. “Superioridad”

o “inferioridad” no representan más que etapas transitorias en la vida de un pueblo. Mientras el señor feudal fue dueño de la tierra y los molinos –porque el Cid Campeador también cobraba sus “maquilas”– el villano despreciable hasta pudo creer que la superioridad le venía del mismísimo Dios. Dejó de creerlo cuando con su oro rescató las tierras, cuando con sus armas destruyó el castillo. Nada, pues, de inferioridades “congénitas”, invariables, eternas; nociones, por el contrario, susceptibles de variar y que reservan, a veces, sorpresas que desconciertan. Por “superioridad biológica” los ciudadanos de Atenas se otorgaban el derecho de esclavizar a los bárbaros. Pero a Aristóteles, que dio expresión doctrinaria al deseo de conquista de los dueños de esclavos, le tocó la amarga experiencia de asistir a la quiebra de la “superioridad natural” entre las manos del mismo príncipe “bárbaro” que ayudó a educar.

“Inferior y despreciable”, en opinión de la nobleza, la burguesía tuvo muy pronto la ocasión de transferir a otros pueblos los mismos adjetivos que durante algunos siglos había soportado como una marca de fuego en la mejilla. Tan pronto los mercaderes de esclavos se lanzaron sobre África, los Aristóteles de la burguesía se adelantaron a asegurar que el negro no sólo posee un “umbral para el dolor” mucho más alto que el del blanco, sino que no puede “humanizarse” más que sometiéndose al europeo...

Y puesto que la conquista y “evangelización” de las Indias planteaba idénticos problemas, teólogos y doctores se apresuraron a descubrir la “perversidad natural” y el “horrible desamparo espiritual” de los indígenas.

Con idéntica oportunidad fueron apareciendo, al mismo paso del capitalismo, todas las doctrinas que se necesitaban: cuando Inglaterra sentía algún escrúpulo por su dominio en la India, no faltaba algún Wilckinson para decir que la educación no dará jamás a un hindú la inteligencia de un gentleman; y cuando había que justificar en Francia alguna masacre de obreros, ya estaba listo también Vackerde Lapouge para afirmar que es una inferioridad en el metabolismo de las células lo que hace que los pobres se mantengan en lo más bajo de la escala social...

¿Es necesario recordar hasta dónde se ha llegado en este asunto, hasta dónde lo grotesco y lo infame ha sido consagrado últimamente en las academias y en las universidades, en la legislación y en la eugenesia de ciertas dictaduras? Después del libro de Teodoro Balk, magistral por la

sabiduría y el sarcasmo, no hay una sola línea que añadir a la condenación de esa vergüenza. Pero vale la pena recordar estas prudentes reflexiones del profesor Harold Laski, de la Universidad de Londres, porque nos irán acercando a los problemas de la “cuestión indígena” en América. Nosotros los ingleses –dice Laski– “hemos establecido principios admirables para salvaguardar los intereses de las razas indígenas; pero inmediatamente que se descubre oro en los territorios a ellos reservados, hemos agotado los recursos de la razón humana para descubrir fundamentos en qué apoyar la invasión de esos territorios”. Laski alude a la historia de la explotación inglesa en África, pero casi sin cambiar una sola palabra, ése es también el cuadro dentro del cual entraron a vivir, al llamado de España, las desgraciadas masas aborígenes de la América nuestra.

Los “principios admirables” se llamaban aquí el Código de Indias; los “principios admirables” se transmitieron después a la profusa legislación que las colonias “liberadas” le agregaron. Pero bajo el signo de España o de las otras metrópolis imperialistas que le sucedieron, las masas indígenas siguieron siendo los “nativos malditos” –*damned natives*– que debían esperar de los pueblos “superiores”, su salvación.

[17 de diciembre de 1937]

V. De la Metrópoli del Coloniaje a la del Imperialismo

Las diez plagas, “más crueles que las de Egipto”, de que hablaba el buen Motolinia, no sólo hirieron a los indígenas de la Nueva España sino a los de la totalidad del continente. Con acento de tragedia, los caciques indígenas que en 1570 se dirigieron al rey Felipe II, hablaban sin saberlo no sólo por las tribus de México sino por sus hermanos de la América entera: “porque los animales –decían– vemos que son tratados mejor que nosotros y son trabajados con templanza y aun regalados y nosotros estamos vejados peor que los caballos y bueyes”...

Palabra más, palabra menos, ésa fue la realidad tremenda durante la colonia. En vano algún noble virrey, como Luis de Velasco, consiguió interrumpir durante breve plazo “el atropello de las leyes humanas y divinas”. Frente a la cruda explotación de las masas indígenas, resultaron de un humorismo sangriento las graciosas mercedes de las Leyes de

Indias: jornada de ocho horas para los obreros de las fortificaciones; indemnización para todos en caso de accidentes del trabajo; jornales estipulados por los mismos aborígenes... “Peor que los caballos y bueyes” continuaron viviendo durante siglos, si vivir puede llamarse a semejante horror, y no había concluido la centuria inmediata a la del descubrimiento cuando Zurita anotaba este balance trágico: “no hay la tercia parte de la gente que había”.

Verdad es que la revolución de la Independencia multiplicó las proclamas y las promesas. “Nosotros y vosotros que hemos nacido en este suelo, seremos los gobernadores”, decía un emisario de la Revolución, en 1812, a las indios pampas de la Argentina. Pero “nosotros” y “vosotros”, una vez conseguida la independencia de España, continuaron viviendo con el abismo de por medio que la Colonia había cavado. En condición no muy distinta a la de los “intocables” de la India, los desdichados aborígenes arrastraron sus días bajo la República, en las haciendas y en las minas de los nuevos amos. Los mismos que se decían sus tutores les arrebataban las tierras con un cinismo frío, y mientras los abogados ladinos declamaban en las legislaturas sobre los “derechos del hombre”, los indígenas desposeídos buscaban en el alcohol y en la “coca”, una tregua de horas a los espantos de su infierno inenarrable.

Pero la República les trajo, además, una nueva servidumbre. En el último tercio del siglo XIX, el capitalismo imperialista incorporó a su órbita a los grupos burgueses y feudales que tenían en sus manos las flamantes “democracias” de la América latina. Esa última desdicha es casi historia de hoy. Con rapidez en unos casos, con marcha más pausada en otros, lo cierto es que pasó a manos extranjeras el control económico y político. Dóciles entregadores de sus propias “patrias”, los aliados feudales y burgueses que hoy gobiernan todavía la casi totalidad de la América nuestra redoblaron en obsequio del capital extranjero la explotación inicua de las grandes masas. Las reservas enormes de los trabajadores indígenas permiten que el capital invertido consiga un resultado imposible de lograr en los países no fascistas del mundo occidental. Salarios miserables, jornadas de trabajo incontroladas, debilidad o ausencia del movimiento sindical, venalidad escandalosa de gobernantes y burócratas, ofrecen posibilidades que la voracidad capitalista aprovecha al máximo. Por las mismas tareas que el obrero del país inversor de capitales cobra un salario

igual a uno, los obreros nativos perciben de cinco a quince veces menos. Y para que la diferencia sea aun más irritante, la proporción se mantiene entre los mismos trabajadores de la empresa imperialista, según que sean éstos aborígenes o extranjeros. Según una estadística oficial de 1928, que Pedro E. Muñiz transcribe en *Penetración imperialista*, el sueldo medio de los empleados peruanos que trabajaban en la International Petroleum Company era de 90 soles al mes; en iguales condiciones, el sueldo medio de los empleados extranjeros era de 230 soles... En forma parecida, en el hospital de Chuquicamata —la famosa montaña del cobre chileno de que es propietaria “The Chile Exploration Company”— las enfermeras chilenas ganan de 300 a 400 pesos mensuales por un trabajo idéntico al que reporta 1.200 pesos a las enfermeras americanas del mismo hospital. Con el agregado —que subraya Ricardo A. Latcham en un libro cuyo título no necesita comentario: *Chuquicamata, Estado yankee*— de que las enfermeras norteamericanas trabajan ocho horas diarias y atienden ocho enfermos a lo más, mientras sus colegas chilenas trabajan doce horas por día en salas con un promedio de cincuenta enfermos...

Machuales, mitayos, pongos, bajo la conquista; obreros bajo la república, la situación sigue siendo tan dramática como en los tiempos en que los aborígenes elevaron sus quejas a Felipe II. Y si en el siglo XVI la metrópoli española contestó a las súplicas con los nueve libros de las Leyes de Indias —“acátese, pero no se cumpla”—, en el siglo XX los descendientes de esos mismos aborígenes escuchan de sus nuevos señores la terrible respuesta que una comisión de obreros chilenos recogió del gerente Mr. Wheeler: “Yo he venido aquí a conseguir el máximo de producción de cobre con el mínimo de costo. Lo demás no es de mi incumbencia.”

Los de hoy como los de ayer: “peor que los caballos y bueyes”.

[4 de febrero de 1938]

Índice

Prólogo - Claudio Spigel.....	7
Introducción	11
Por qué Ponce	13
El periplo de Ponce	16
De la guerra a la crisis mundial: el impacto de un mundo en transición	21
La línea política y cultural del PC hacia la década del 30	25
Ponce, el marxismo y el PCA.....	29
Ponce en un año clave	41
Los siete números de Dialéctica	46
Dialéctica y los ecos de la AIAPE.....	68
La exoneración y su último giro, ignorado por sus biógrafos.....	71
Ponce, emblema del intelectual de izquierda.....	79
Bibliografía consultada	89
Anexos:	93
Índice temático de los siete números de Dialéctica.....	95
Reproducción de la presentación de la revista <i>Dialéctica</i>	110
Examen de la España actual - Aníbal Ponce.....	113
La cuestión indígena y la cuestión nacional - Aníbal Ponce.....	145

"Este trabajo de Cristina Mateu configura un valioso estudio sobre un momento clave de la historia cultural argentina. En él se analiza la revista **Dialéctica**, con sus 7 ejemplares aparecidos en 1936, y a través de ella un período decisivo en el recorrido intelectual y político de Aníbal Ponce, su fundador, director y redactor.

Dialéctica fue un jalón fundamental en la difusión en la Argentina de las ideas marxistas y leninistas, en el terreno filosófico, histórico y cultural. En sus páginas se plasmó un rico trabajo de traducción de textos rusos, franceses y europeos en general, así como una elaboración crítica del propio Ponce en ensayos y comentarios que procuraban integrar la teoría marxista con diversas facetas del proceso social e histórico, la ciencia y la cultura". (Incluimos en esta edición fragmentos de *Examen de la España actual* y *La cuestión indígena y la cuestión nacional*.)

"La autora encuadra esta producción intelectual en el contexto social y político de un año decisivo: el del estallido de la revolución, la Guerra Civil Española y el sitio de Madrid, de resonancias políticas y culturales de alcance universal. Un año en que se despliega en la Argentina un ascenso de luchas obreras y el esbozo de un reagrupamiento de fuerzas sociales y políticas populares contra el régimen ferozmente antidemocrático y entreguista del fraude y la "década infame". Un proceso en el que el Partido Comunista Argentino –partido con el cual Ponce había desarrollado íntimos lazos ideológicos y prácticos– iba desplegando una intensa actividad, sobre todo en el movimiento obrero."

Claudio Spiguel